



*La más*

*hermosa*

*melodía*

*Rose S. Jackson*

**La**

**más**

**hermosa**

**melodía**

# Parte 1

## 歲月人を待たず

Saingetsu hito wo matazu

El tiempo no espera a la gente.

1982

Iwao Kurosawa sabía bien lo que quería, en los negocios era un hombre despiadado y exitoso por igual. No distaba mucho de su manera de vivir en general. Es por eso que en cuanto conoció a Hye Rhee en su viaje de trabajo a través de Corea del Sur, supo que se convertiría en su esposa.

A pesar de haber peleado con su padre por defender su elección y a su amor, allí estaba de nuevo atendiendo sus ocupaciones empresariales en Corea, mientras Hye Rhee estaba en Japón dando a luz a su primogénito, Hitoshi.

Pasaron años y él siguió anteponiendo su trabajo a su vida familiar, así lo había educado su padre, los negocios no esperan, la familia sí.

Aunque los niños japoneses aprendían de pequeños a ser autosuficientes, Hitoshi había tenido que aprender a ser independiente aun antes. Su madre se había esforzado el doble debido a que su esposo era en extremo exigente con él. De todas maneras, Hitoshi siempre se las arreglaba solo, así lo quería Iwao, debía crecer y ser implacable, a su imagen y semejanza.

—Sé que lo haces por tus instintos maternales, pero si continúas así el niño será un fracasado —la reprendía Iwao por enésima vez—. También sus calificaciones son patéticas, los maestros creen que necesita educación especial.

—Lo siento, es que siempre tiene esa expresión tan triste. Tiene solo cuatro años y posee una sensibilidad muy especial —explicaba Hye Rhee con amor incondicional—. Es muy inteligente, nadie lo comprende o lo alienta como él requiere.

—Debe convertirse en un hombre, la sensibilidad es para las mujeres —espetaba él—. No debe creerse tan especial, la estaca que sobresale es golpeada— aseguró citando un proverbio.

—Se burlan de él llamándolo *Hafu* por ser solo mitad japonés. Es muy duro para él soportar las constantes burlas.

—No le des tanta importancia —terció Iwao—. Forjará su carácter, es lo que necesita. Se acostumbrará.

Poco después de esa discusión, Hye Rhee y Hitoshi fueron en busca de víveres. Mientras ella seleccionaba los ingredientes para cocinar *Yakisoba*, los fideos fritos predilectos de Iwao, no se percató de que su hijo se alejaba. Cuando miró a su lado y no lo encontró, entró en pánico. Hitoshi era un niño muy retraído debido a que lo molestaban en la escuela, una de las causas de su frecuente tristeza. Si se había extraviado, ella sabía que no se acercaría a nadie para pedir ayuda.

Corrió por la acera mirando a los lados y finalmente lo vio al otro lado de la calle, mirando arrobado el escaparate de una tienda de instrumentos musicales.

Hye Rhee permaneció de pie junto a él unos instantes, admirando el brillo de sus ojos al mirar a través del cristal. Hacía tanto tiempo que no le notaba ese entusiasmo que estuvo a punto de llorar. Extendió su mano hacia él con una sonrisa, esperó a que la tomara y entraron a la tienda.

—Elige lo que desee tu corazón, no te preocupes por su tamaño —dijo ella, riendo.

Observó a su hijo caminar y analizar cada instrumento, se maravillaba al ver que con tan corta edad presentara esa madurez.

Hitoshi tocó tecla por tecla de un piano, como memorizando cada sonido, disfrutándolo.

Ella se lo describiría luego a su esposo como amor a primera vista, claro que a él no le pareció tan buena idea. De hecho, el tema ocasionó un grave disgusto a la pareja.

—Mira lo que has causado por tu debilidad —reprendió Iwao a su hijo—. Serás el culpable de que tu madre y yo nos divorciemos.

—¿Cómo puedes decir esas cosas tan horribles y culparlo por tus errores y obstinaciones? —Hye Rhee sollozaba—. Abandoné todo por ti, por venir contigo y te comportas tan cruel con tu hijo y conmigo, si algo nos separa serás el único culpable.

No obstante, Iwao amaba a su esposa y a su hijo, aunque no supiera demostrarlo, y al día siguiente la llevó a que le indicase el piano elegido por Hitoshi y de paseo al atardecer bajo los cerezos en flor.

Iwao recordaría ese día con especial afecto ya que sería el último paseo junto a ella.

Poco después fue diagnosticada de cáncer, el cual remitiría y regresaría los próximos tres años, para finalmente arrancarle la vida a principios del mes de agosto, cuando Hitoshi contaba apenas siete años.

Hye Rhee antes de morir le hizo prometer a Iwao que nunca lo alejaría de la música por mucho que deseara que Hitoshi siguiera sus pasos en los negocios.

Luego de la muerte de su madre, los días para Hitoshi eran rutinarios y tristes. Asistía a la escuela, sufría el desprecio y las burlas de sus compañeros, para más tarde correr a la academia de música donde se refugiaba y su alma encontraba paz.

可愛い子には旅をさせ

Kawaii ko ni wa tabi wo sase

Deja viajar a tu querido hijo.

Iwao pensó que se acostumbraría a la falta de su esposa, si bien no pensó que fuera a pasar pronto, tuvo confianza en que lo lograría. Sin embargo, al pasar el tiempo se sentía cada vez más solo y desdichado. El desapego entre él y Hitoshi hacía más evidente la falta de Hye Rhee.

Dejaba transcurrir el tiempo meditando acerca de su pasado más próximo. Habiéndose convertido en CEO de la compañía familiar muy joven, dedicó todo su tiempo allí para complacer a su padre después de haberlo desafiado contrayendo matrimonio con una coreana que acababa de conocer.

Por momentos se arrepentía de haber llevado consigo a la vivaz y bella Hye Rhee, no porque no hubiera disfrutado de su compañía, sino porque la había obligado a dejar todo, su familia, su país y sus tradiciones, todo por su amor ingrato, lo único que lo consolaba era que su esposa había tenido a su niño adorado, al que había amado con intensidad y el cual había sido la alegría de los días que él le había arruinado.

Su familia comenzaba a preocuparse, Iwao se había confinado a su habitación en los momentos en que no estaba trabajando. Hitoshi se ocupaba de sus estudios y la casa sin decir una palabra.

El padre de Iwao, ya anciano, decidió llamar a un casamentero y practicar el *omiai*, las tradicionales citas para matrimonio. Su hijo conocería otra mujer y se casaría nuevamente, esta vez con una mujer adecuada, una de su propio país y estatus social. Necesitaba alguien para atender sus necesidades y darle más hijos, el padre de Iwao consideraba a Hitoshi débil y poco capaz.

Fue así como Iwao Kurosawa contrajo matrimonio con Midori Himura dos años después de la muerte de su primera esposa. Había entendido en parte el razonamiento de su padre sobre tener más hijos, no porque no considerase apto a Hitoshi, puesto que desde que había comenzado a tocar el piano sus notas habían mejorado al punto de haberse colocado entre los

mejores alumnos de su escuela, sino porque cumpliría la promesa hecha a Hye Rhee, nunca lo alejaría de la música que lo hacía feliz.

Gracias a la obstinación de ella había descubierto que el lugar de Hitoshi en el mundo estaba sentado frente al piano, aunque no lo decía estaba muy orgulloso de su talentoso pianista.

Midori no tardó mucho en quedar encinta y la convivencia que ya no era fácil, se tornó imposible. Hitoshi no lo notaba, pero su madrastra no soportaba el sonido del piano y se quejaba con Iwao de que el niño la miraba con intención y se sentaba al piano haciendo que el sonido llegara lo más lejos y fuerte posible.

Midori era una buena esposa e Iwao comprendía su situación, no quería que el hijo que tendrían fuera considerado menos importante que Hitoshi, su primogénito. Él sentía que tenía que elegir a uno u otro y no estaba nada feliz.

Un día cuando regresó de trabajar, encontró a su esposa radiante de felicidad.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Iwao con cautela.

—Mi padre ha conseguido una oportunidad única para Hitoshi —respondió sonriente.

El padre de Midori era un socio de su padre antes, y de él en ese momento, lo había puesto entre la espada y la pared, desestimar una idea de su suegro lo metería en problemas también en el plano laboral, pero si tenía que defender a Hitoshi lo haría.

Iwao lo envió a su habitación, aunque la cena estaba servida.

—Lleva algo de comer contigo —le dijo cuando estuvo de pie—. Te ves muy delgado, debes alimentarte.

El niño asintió y tomando un tazón de arroz y unos palillos se puso en camino a su cuarto, Iwao lo detuvo y le sirvió vegetales y carne de cerdo en el tazón. Hitoshi se inclinó en agradecimiento y abandonó el comedor.

El hombre esperó unos segundos y miró de forma interrogante a su esposa.



—Mi padre ha conseguido un lugar para Hitoshi en el *Royal College of Music* de Londres. Tienen un programa especial para jóvenes a partir de los ocho años de edad, y aunque está a punto de cumplir los diez, han dicho que con su talento lo hubiesen admitido aun con la mitad.

—¿Tu padre y tú han planeado la vida de mi hijo apartándolo de mi lado para enviarlo a Inglaterra? Tomas como enemigo a un niño inocente — dijo furioso.

—Lamento haber pasado sobre tu autoridad, Hitoshi tiene mucho talento y esa es una oportunidad única para cualquier aspirante a músico — razonó Midori, usando la estrategia de su padre.

—Y una oportunidad única de que ya no te moleste su presencia y estorbe a tus planes. —Iwao estaba muy enojado, aun así, pensaba cada palabra, había otro hijo suyo de por medio—. No valoraré menos a ese niño solo porque no es el primero y sabes que tendrá preferencia para ser mi sucesor, no entiendo tu encono hacia Hitoshi.

—No soporto el sonido del piano, los momentos en los que él se encuentra en sus estudios son mis mejores instantes del día —confesó Midori con desesperación—. No entiendo por qué tampoco, solo sé que sus maneras taciturnas me asustan. No quería tener que mencionarlo; el doctor dice que si continúo tan tensa mi embarazo corre peligro.

—Estas exagerando y te harás responsable por lo que acabas de decir, mañana iremos al doctor, si es cierto lo que has dicho, tomaré una decisión. Si has mentido, acabaré este matrimonio en ese mismo instante.

Al día siguiente asistieron al médico de Midori, y en efecto, era como su esposa le había confesado. Iwao la dejó en la casa de regreso y se marchó. La época coincidía con el último paseo que dio con Hye Rhee y decidió caminar bajo los cerezos en flor, quizás así ella pudiera iluminar su mente y decidiera lo mejor para todos.

Cuando regresó por la noche, Iwao sabía exactamente lo que haría.

## 負けるが勝ち

Makeru ga kachi

Quien pierde, gana.

Hitoshi llegó a Kensington, Londres, para vivir como si fuese un joven adulto en Tokio. El padre de Midori le había conseguido alojamiento a solo una calle del colegio, un apartamento amplio y bello, aunque también solitario.

Sus primeras semanas allí fueron difíciles, al menos en ese prestigioso colegio nadie se burlaba por sus orígenes, pero tampoco se acercaban para hablar con él ni ofrecer su amistad y Hitoshi era demasiado retraído como para tomar la iniciativa.

Su desempeño empezaba a verse afectado y según había notado su maestro, Mark Reed, asignado a vigilarlo de cerca, tampoco se estaba alimentando bien a juzgar por el aspecto lánguido que presentaba.

Hitoshi había pedido permiso para practicar después de clases en una sala desocupada. Mark comenzó a dejarle un recipiente con comidas caseras sobre el piano.

Intercambiaron recipientes vacíos por llenos durante semanas, en las que por fortuna Hitoshi mejoró su aspecto, al paso que su desempeño en la música y la escuela también mejoraban. Pronto Mark también comenzó a dejarle nuevas partituras para sus prácticas, había notado el inmenso potencial que tenía.

A pesar de sus esfuerzos, Hitoshi pasaba solo todo el tiempo. El profesor se atrevió a hablar con las autoridades para llevar al niño a su casa en ocasiones y tratarlo como a un hijo más, por supuesto debieron pedir autorización a su padre quien envió una carta formal de manos de sus abogados donde daba su consentimiento por las noticias inquietantes sobre el estado de su hijo, sin embargo, si Hitoshi resultaba afectado en cualquier forma, se enfrentarían a una demanda millonaria.

Mark Reed era uno de los más prometedores y talentosos profesores, y poner en sus manos el bienestar y la educación del joven prodigio extranjero no les pareció mala idea.

De ese modo Hitoshi conoció a Emma, la hija de Mark de tan solo seis años, él con casi cinco años más la veía como una pequeña hermana, o al menos eso imaginó que uno sentiría por una hermana, un sentimiento de protección y ternura infinitos. Emma era muy dulce, de cabello castaño cobrizo, dos coletas torcidas, realizadas por Mark, imaginaba, y llevando mayas y tutú de colores pastel en cada ocasión que la veía.

Ella siempre le juraba que sería bailarina como su madre y que se casaría con él. Al principio Hitoshi no sabía cómo reaccionar ante esas locuras de la niña, pero con el tiempo se acostumbró y lo tomaba con humor.

El trato familiar con ellos hizo que dejara de ser tan huraño, aunque no tuvo amigos hasta que Emma creció.

Ella a los catorce años, contaba amigos en todas partes, era una popular bailarina de una escuela de danzas y también en el Royal College donde estudiaba violín acústico y electrónico. Era popular entre los muchachos también por su temprano desarrollo. Aunque ella únicamente prestaba atención a los estudios, no parecía notar lo bella que se estaba volviendo, por fortuna, porque de otro modo Hitoshi hubiera estado muy ocupado oficiando de guardaespaldas.

Cuando Emma estaba a punto de cumplir dieciséis años, Hitoshi notó que sus celos no eran solo fraternales como había pensado en el inicio y decidió tomar un poco de distancia. Ella advirtió que él ponía excusas evitando su presencia y decidió respetarlo, al menos en parte; sabía que si no era su amigo se quedaría solo como años atrás, a pesar de haber tenido novias sus relaciones habían fracasado.

Entonces lo invitó a formar parte de una orquesta que había formado con sus amigos del Royal College. No se sentiría mal porque había alumnos de todas las edades, lo único que les importaba era divertirse y distenderse después de clases, Hitoshi se sorprendió al ver que eran realmente buenos.

Se hicieron amigos casi de inmediato, al igual que lo adoptaron como líder. Todos reconocían su talento en distintos instrumentos y sabían que bajo su guía podían aprender mucho.

Un año después, Emma y Hitoshi solo se veían en las prácticas de la orquesta, pero algunas lesiones de danza, dos fracturas consecutivas y el diagnóstico del doctor sobre que el cuerpo de la muchacha no toleraba la presión de la difícil rutina del ballet, la sumieron en la depresión. El sueño de juventud de Emma estaba acabado.

Fue Hitoshi quien con su insistente compañía y amistad durante el año siguiente logró ayudarla a salir adelante, haciendo que con sus duetos se enamorara del violín y obtuviera un nuevo sueño. Todos expresaban que la música que creaban juntos era extraordinaria.

También dedicaban más tiempo a su improvisada orquesta, donde incluso las guitarras eléctricas tenían un lugar. Todo era un caótico despliegue de talento, que en muchas ocasiones creaba excelentes obras.

Entre risas nacían nuevas versiones de piezas existentes, tocaban la partitura que alguien del grupo había escrito o simplemente improvisaban. Había en el grupo hasta una cantante lírica francesa, Sophie. Asistía con su hermano gemelo Richard que era chelista, por completo prendado de la belleza de Emma, cuatro años menor que él.

Después de una sesión especialmente divertida, irrumpió Mark en la sala donde se reunían los amigos. Llevaba como siempre el cabello largo y rubio algo despeinado, y detrás de sus gafas caídas sobre el puente de la nariz, sus ojos tenían un brillo travieso.

—Muchachos, lo lamento, me tomé el atrevimiento de ofrecer su música a un antiguo amigo de la universidad, quien es creador de videojuegos en un estudio de Francia. —Ante las sorprendidas miradas, continuó—. Se lo ha enseñado a los encargados de la musicalización y les han hecho una oferta.

Todos rompieron en risas y felicitaciones, al instante Richard y Sophie ofrecieron su casa para hacer la celebración.

—¿Puedo ir con ellos, papá? —rogó Emma.

—¿Podrás llevarla luego a casa, Hitoshi? —preguntó Mark volviéndose hacia él, y teniendo que mirar hacia arriba sobre sus gafas por su altura.

—Por supuesto. —Rio él ante la anhelante mirada de Emma.

Caminaron unas calles hasta llegar a la lujosa casa que les habían comprado los padres a sus amigos franceses para que se radicaran allí durante sus estudios.

Entre bailes brindaban por su éxito y continuaban felicitándose mutuamente.

—Hitoshi. ¿Crees que Emma aceptará salir conmigo? —preguntó Richard, alentado por el alcohol—. Eres como su hermano, debes conocerla bien.

A Hitoshi lo enfureció esa observación, o más bien el hecho de que ella en realidad pudiera verlo de esa manera.

—Otros ya lo han intentado esta noche y los ha rechazado, ve a probar suerte —dijo, ocultando su enfado, ansioso por saber cuál sería la respuesta

de ella.

Richard se acercó a Emma temeroso y al igual que a los otros dos que la habían abordado, lo rechazó con amabilidad explicando que le interesaba alguien más. Se despidió de él y caminó algo ladeada hacia Hitoshi.

—¿Cuánto has bebido? —preguntó riendo él, feliz por el resultado.

—No mucho más que tú —respondió riendo también—. Llévame a casa.

—¿Te has vuelto loca? Ambos estaremos en problemas si tu padre te ve en ese estado. Iremos a mi casa y beberás café —decidió Hitoshi.

—«Ambos» estaremos en problemas, querrás decir —aclaró Emma luego de cruzar la puerta de salida.

—Es lo que acabo de decir. —Hitoshi rio, luego la besó en los labios y se separó en un rápido movimiento.

—¿Qué acabas de hacer? —preguntó sorprendida Emma.

—¿Tan ebria te encuentras? —dijo deteniéndose para verla a los ojos.

—Me has tomado por sorpresa —el fresco de la noche le había aclarado los pensamientos, aunque no por completo.

—Has rechazado a todos esta noche, no quería sumarme al grupo, de modo que atacé primero. —Sin esperar su reacción intentó andar de nuevo.

Emma lo sujetó del brazo.

—Creí que me veías como una hermana —dijo obligándolo a detenerse.

—Y yo que tú me veías como un hermano, además Richard ha sugerido...

Emma se movió y esta vez fue ella quien lo tomó por sorpresa. Se puso de puntillas con su mejor pose de exbailarina y pegó su boca a la de él. Hitoshi no esperó más, no lo deseaba ni podía resistirse.

Después de unos minutos se separaron.

Él extrajo algo de su bolsillo y se lo tendió a Emma con algo de nerviosismo.

Ella lo miró sorprendida al ver el simple objeto, sin embargo algo en su interior le dijo que era importante. Tomó el pequeño botón que descansaba en la palma de la mano de él.

—¿Qué significa? —dijo al notar que en su camisa faltaba el segundo botón.

—Consévalo, algún día te lo diré, si aún lo tienes.

Ella sonrió y aceptó el desafío.

Hitoshi cruzó el brazo por la espalda de ella y comenzó a caminar, Emma se aferró a su delgada cintura y anduvieron en silencio. Por fin disfrutando de estar como deseaban.

Entraron al apartamento de Hitoshi y antes de que este pudiera prender la luz, Emma volvió a besarlo. Esta vez dejaron que la pasión los arrastrase un poco más al saberse a solas. La luz de las calles se colaba por las ventanas ofreciendo un romántico ambiente en penumbras.

Él le quitó la coleta que sujetaba la trenza floja, su cabello largo y ondulado cayó por sus hombros y su espalda en una suave caricia. Le encantaba verlo suelto, representaba la perfecta metáfora de lo que ella misma era, un torbellino colorido y lleno de vida, felicidad en estado puro.

Besó sus carnosos labios hasta volverlos rojos. Acarició su espalda y luego sus manos bajaron más, apretando con suavidad sus glúteos.

—Debemos detenernos —dijo Hitoshi de repente, apartándose, notando que sus manos habían cruzado una frontera invisible—. Tienes diecisiete años y yo veintidós, además hemos bebido, es como si estuviera aprovechándome de ti.

—Estoy a punto de cumplir dieciocho, y también podría estar aprovechándome de ti —sugirió Emma tomándole el rostro entre las manos.

Hitoshi puso sus manos sobre las de ella, cerró los ojos disfrutando el contacto. Intentando calmar su agitada respiración. Lamentando de antemano las palabras que diría a continuación.

—Mi padre me llamará en cualquier momento para que regrese a Japón, no podré negarme, tengo obligaciones...

—Hitoshi —comenzó con ternura Emma—. Nada de lo que digas me hará cambiar de opinión, aunque fuera la única noche que compartiéramos en toda nuestra vida, la atesoraré y recordaré con cariño. Si debes marcharte mañana, ámame ahora como si fuera la última oportunidad. Te he deseado desde que me acompañaste después de mi retiro, estuviste a mi lado en mi peor momento. Vivir lejos de ti, sin poder tocarte, es un tormento.

Él miró sus brillantes ojos verdes iluminados apenas por el plenilunio. Su declaración lo había desarmado.

—*Kimi wo zutto aishiteiru. Kono te wo hanasanaidekudasaide* —dijo Hitoshi en su idioma natal y pegó sus labios a los de ella de nuevo.

Emma no sabía que significaba aquello, pero la frase le sonó a embrujo. El inmediato placer de sus labios le hizo olvidar preguntar su traducción y juntos se entregaron a la pasión. No ardiente y desenfrenada, o caprichosa, sino dulce y paciente, disfrutada a cada segundo.

Aun sin saber que esa iba a ser su primera y última noche juntos, se entregaron por completo como si en realidad lo hubiesen sabido.



## Parte 2

苦しみがあればこそ、人は考え、 思索があればこそ、人は賢くなり、 さらに知恵があればこそ、人は厳しい人生にも耐えることができるのである

Kurushimi ga areba koso, hito wa kangae, shisaku ga areba koso, hito wa kashikokunari, sara ni chie ga areba koso, hito wa kibishii jinsei ni mo taeru koto mo dekiru no de aru

El dolor hace pensar al hombre. El pensamiento hace al hombre sabio. La sabiduría nos conduce a la verdad.

# 1

Presente

Emma observó por última vez el papel arrugado que llevaba en el bolso y se detuvo frente a un portal de madera. Era una enorme propiedad rodeada de un muro gris no demasiado alto. A los lados del gran portal, canteros hechos con enormes piedras que albergaban pequeños arbustos cortados a la perfección.

Se sentía feliz de haber llegado. Nunca había salido de Londres y allí estaba. Desde que bajó del avión había consultado con su Smartphone los mapas y preguntado en inglés hasta dar con el camino, era una desgracia no haber aprendido su idioma. Por fortuna, todos a quienes había consultado le habían entendido y la habían ayudado con gran amabilidad.

Presionó el timbre con la alegría del viaje completado. Al fin estaba en Kioto, frente a la puerta de Hitoshi.

Nadie respondió.

La noche era oscura y comenzaba a inquietarse. Presionó varias veces más hasta que decidió asomarse sobre el muro.

Con cuidado se subió a las rocas y la imagen de la lujosa casa la dejó sin aliento. Al instante se sintió enfadada, las luces estaban encendidas. Estaba siendo ignorada.

Decidió saltar el muro y llamar a la puerta, había recorrido una formidable distancia como para detenerse por ese contratiempo.

Usó su maleta como escalerilla y subió a la tapia.

Estirándose para alcanzar su equipaje, un joven de poco más de veinte años se detuvo en la acera y la miró con curiosidad.

—Regreso de un largo viaje y extravié mis llaves —explicó Emma con su mejor sonrisa.

El joven hizo un esbozo de sonrisa y asintió, pese a que ella dudaba que la hubiera entendido, el amable muchacho sujetó la maleta y se la tendió.

Emma hizo una inclinación con su cabeza en agradecimiento y continuó con su tarea, debía saltar con cuidado, la distancia hacia el suelo en el interior era considerable y ella ya no era una chiquilla.

Se deslizó con cuidado y flexionó las rodillas al tocar el suelo, aún conservaba la gracia de una bailarina, un aterrizaje perfecto.

Al voltear se encontró al mismo joven del exterior dentro de la propiedad y con las llaves en la mano.

—Confieso que estuve a punto de llamar a la policía —dijo en excelente inglés—. Picaste mi curiosidad al ver que traías equipaje, es usual que un ladrón se lleve objetos, no que los traiga. Por otro lado, el violín sobre tu espalda me sugiere que tal vez conozcas a mi hermano.

Emma se sintió inmensamente apenada y enrojeció.

—Lo siento, estaba aquí en la puerta y nadie abrió, no pude anunciar mi llegada porque hace tiempo no veo a Hitoshi y no tengo como contactarlo, tú debes ser Kai, su hermano menor. —Emma estiró su mano para saludarlo—. Soy Emma Reed.

Kai la miró y se inclinó, como era usual saludar en Japón, recordó ella. Hitoshi le había hablado sobre muchas de sus costumbres.

Emma retiró su mano y lo imitó, corrigiendo su error inicial.

—Mi hermano debe estar encerrado en su estudio de música, por eso no oyó el llamado. Y mi hermana estará de nuevo oyendo música con los audífonos —dijo Kai—. Espera frente a la puerta. Y este encuentro nunca sucedió.

Ella, confundida, lo vio subir con habilidad por unos postes de la decoración exterior de la casa y entrar al segundo piso por una ventana.

Era muy atlético, vestía de manera juvenil y llevaba una sudadera con gorro tapando su cabello liso y despeinado, además de masculinas muñequeras de cuero que le daban un aspecto rudo y rebelde.

«De seguro muchas muchachas se interesan en él», pensó Emma.

Después de varios minutos la puerta se abrió. Emma esperaba ver a Kai, pero quien abrió fue Hitoshi, su hermano menor permanecía en segundo plano vestido con un sobrio pantalón gris oscuro y camisa, su cabello hacia atrás peinado de forma severa.

Hitoshi la miró y sin ningún atisbo de reconocimiento o alegría por verla doce años más tarde, giró hacia Kai.

—Acabas de regresar, ¿verdad? Sabes que al único que engañas con ese aspecto es a nuestro padre.

Kai lo miró con desprecio y desapareció por las escaleras ubicadas en la cercanía.

—Adelante —le dijo a ella con sequedad.

Emma se sintió un poco atemorizada de no ser bienvenida. Temía que la echara a la calle en mitad de la noche.

Hitoshi la guió por la casa hasta una especie de sala de reuniones, se sintió algo dolida por ser tratada con tanta frialdad.

—¿Deseas algo de beber? —ofreció él.

Emma negó con la cabeza.

—¿Acabas de llegar a Kioto? —preguntó suavizando su tono al ver la pequeña maleta que acababa de dejar Emma en un rincón.

—Así es —respondió ella con una sonrisa tímida—. He venido por encargo de mi padre.

Hitoshi se envaró en su asiento.

—No sé qué fue lo que sucedió entre ustedes, está claro que algo

terrible los distanció. Tiempo después de que falleciera Ayame...

—No la menciones —interrumpió él en tono osco.

—Lo lamento —continuó Emma—. Mi padre enfermó hace unos años y luego murió. He estado ocupada desde entonces, hace poco tiempo tomé la decisión de vender la casa. Empacando descubrí un sobre para ti. No lo he abierto.

Emma sacó la carta de un bolsillo de su equipaje y se la entregó. Hitoshi pudo reconocer su nombre escrito en la letra de Mark.

—Aún existe el correo, no era necesario venir hasta aquí —dijo cortante.

—Lo pensé, pero no quise arriesgarme a que le sucediera algún percance y no llegara a destino —se excusó mirando el suelo.

—Imagino que no tienes alojamiento —dijo Hitoshi levantando una ceja y apartando la carta.

Ella negó con la cabeza.

—Quería cumplir con la voluntad de mi padre lo más pronto posible. Hace dos años que él falleció. —Sus ojos se inundaron en lágrimas.

Hitoshi tomó una de sus manos en un impulso, soltándola al instante.

—Descansa aquí esta noche. Ya veremos mañana.

Él se levantó de su asiento y ella hizo lo mismo. La escoltó hasta un cuarto en el piso superior y se marchó.

Emma se vistió con ropa de cama y comenzó a escuchar los acordes de esa espantosa melodía, no porque fuera mala, sino porque su padre siempre la tocaba cuando estaba triste.

Hitoshi entró en su estudio de música tan abstraído que ni siquiera recordó cerrar la puerta, dejó el sobre cerrado sobre el piano y comenzó a tocar la sonata para piano N°14 de Beethoven, aquella que su esposa Ayame siempre le pedía que tocara cuando regresaba de sus giras.

Necesitaba relajarse unos instantes antes de comenzar a leer, tenía

mucho material para esa noche. Por años había archivado e-mails de sus compañeros de la improvisada orquesta por ver de reojo el nombre de Emma mencionado. No sentía que pudiera tolerar saber de ella, aunque algún comentario había leído por descuido o debilidad.

Sin que hubiera dado señales de ello, su aparición repentina había hecho estragos en él. Había tenido que reñir a su hermano menor para darse tiempo de convencerse de que ella no era una aparición de su perturbada mente.

Se veía enfermiza y temerosa, tan diferente al ser poderoso y vivaz que había tenido entre sus brazos. Su ropa se veía limpia, aunque pasada de moda, de colores tristes, todo en ella había cambiado y le produjo una angustia infinita. Tenía que saber esa misma noche qué demonios le había sucedido.

Acordes de violín comenzaron a llegar a sus oídos en medio de sus cavilaciones y se colaban entre los sonidos del piano, era la pieza *Lacrimosa* de Mozart. Hitoshi sonrió en medio de su pesar, esa sí se parecía a su amiga. Cesó con su melodía y a los pocos segundos también se detuvo ella, había dejado en claro que no le gustaba lo que él tocaba.

## 2

Hitoshi despertó sobresaltado, era casi mediodía, la noche anterior había optado por leer primero los e-mails archivados por la preocupación que le había despertado Emma. Ya por completo turbado con los descubrimientos, había abierto la carta, aunque con intenso desagrado.

Arrojó las sabanas a un lado y corrió escaleras abajo pensando en la endemoniada misiva.

La manera en la que había escrito Mark era devastadora, líneas nerviosas, saltaba de un tema a otro. Podía sentirse la angustia y desesperación volcadas en esas letras.

Y también la preocupación hacia su hija, nada había allí sobre ella que no le hubieran informado ya sus amigos, aun así era conmovedor a pesar de su odio hacia su antiguo profesor. Le recordaba una promesa que él le había hecho respecto a cuidar a Emma y le daba una sentida disculpa sobre un hecho que había cambiado su vida para siempre.

Cruzó la casa rogando que Emma no se hubiera marchado. Oía cantar la dulce voz de Yumiko en la cocina y se dirigió allí.

Sentada en el desayunador estaba Emma oyéndola con los ojos cerrados, conociéndola estaba agregando notas de violín en su mente para acompañar el canto de su hermana, pensó.

Yumiko se detuvo y dijo unas palabras en japonés. Emma abrió sus

ojos de repente por el tono tan alegre de la muchachita de quince años. Al girar vio a Hitoshi mirándola como si fuese un extraterrestre robando su desayuno.

—Tu gentil hermana me invitó a almorzar, pero solo beberé café, imaginó que la sopa de miso no me sentaría bien, acabo de dejar la cama, en un momento me vestiré y me marcharé —explicó Emma, apresurada.

—¡No! —dijo Hitoshi, alterado.

Las sorprendió tanto con su tono que Yumiko hizo volar por los aires el pescado asado que estaba sacando del sartén.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Emma, preocupada al ver las bolsas bajo sus ojos—. ¿No has podido dormir?

—¿Quién ha podido? Imagino que todos oyeron el concierto que se produjo anoche dentro de esta misma casa —mencionó Kai, sarcástico, mientras se unía al grupo—. Fue un poco desentonado en mi opinión.

Hitoshi lo miró levantando una ceja, aunque su comentario lo había hecho regresar de nuevo en sí, además lo tranquilizó ver a Emma aun en pijama, no se le escaparía al menor descuido.

—Emma, cuando termines debemos conversar, no te marches antes de que lo hagamos, por favor —dijo mientras se servía café, no había dejado esa costumbre occidental.

Ella lo miraba con la boca abierta y asintió. Yumiko rio con dulzura.

—*Onii-san*, estas siendo descortés con nuestra invitada, deberías vestirte de manera adecuada.

Hitoshi se observó, llevaba un pantalón corto negro que llegaba a la mitad de sus poderosos muslos y una ajustada camiseta blanca que dejaba notar su musculoso torso.

—Pasé parte de mi juventud en su casa, no es nada que no haya visto antes —se justificó malhumorado ante la observación de su hermana.

—Eras mucho más delgado... —mencionó Emma con suavidad y sin poder apartar la mirada de él.



Kai dijo algo en su idioma que enfureció a sus hermanos.

Yumiko comenzó lo que parecía ser una reprimenda también en su idioma. Emma miraba a uno y otro con ojos como platos.

Hitoshi la vio por completo descolocada.

—¡Basta de hablar en japonés frente a ella! —dijo haciéndose oír sobre los gritos de sus hermanos.

—¿Cómo te atreves a ser tan descortés con una persona tan agradable como ella? —recriminaba Yumiko, ahora de manera entendible para Emma.

—Solo pregunté si tenía que colocarle un plato bajo la barbilla, parecía a punto de babear... —rebatía Kai, también cambiando de idioma.

Hitoshi se ponía una mano sobre la frente al tiempo que Emma enrojecía como un tomate.

—¡Tenían que dejar de discutir, no humillar a nuestra invitada! —gritó Hitoshi, furioso.

—*Gomen-ne* —Se apresuró a decir Yumiko llevándose una mano a un lado de la cabeza y poniendo una expresión de ternura.

—*Gomen-na* —dijo Kai apenado, rascándose detrás de la cabeza.

Hitoshi les lanzó otra mirada furiosa con la que ambos respondieron a coro con un «lo siento» en perfecto inglés.

—Yo lo lamento. Has cambiado mucho Hitoshi, estoy sorprendida —se disculpó Emma por haber ocasionado el alboroto—. Tenías el cabello más largo y usabas esos enormes y horribles anteojos. Aun así, las muchachas te perseguían, tu sonrisa tímida era adorable.

—Una cirugía sencilla al regresar arregló mi problema de visión y he hecho ejercicio, me ayudaba a concentrarme luego para componer. El cabello así es más práctico —explicó molesto ante la mirada de sorpresa de sus hermanos—. ¿No tienen nada en que ocuparse ustedes dos?

Al instante Kai y Yumiko parecían las dos personas más atareadas del mundo.

—Terminen con eso y salgan de aquí, nosotros tenemos que hablar a solas —ordenó Hitoshi mientras se sentaba con su café frente a Emma.

A pesar de la incomodidad, cortesía de sus hermanos, estar junto a ella era como en la adolescencia. Las mañanas en las que desayunaban luego de haber trasnochado junto a Mark, los tres retándose a tocar piezas difíciles y votando por un ganador.

—También lo recuerdas —le dijo Emma de repente con una sonrisa—. Nos despertábamos tarde en la casa después de tocar hasta la madrugada. ¿Acaso no fue la mejor época? Eso y nuestra amistosa orquesta.

Ambos permanecieron en silencio hasta quedar a solas, recordando los días felices del Royal College.

—¿De qué querías hablarme? —preguntó Emma cuando los jóvenes salieron de la cocina.

—Ya me has entregado el mensaje —comenzó Hitoshi—. ¿Qué harás ahora?

—Buscaré alojamiento, quiero conocer los templos cercanos antes de marcharme, he leído mucho sobre la ciudad y me tomaré unos días para recorrerla —contestó Emma—. Luego volveré a Londres y buscaré un empleo.

Hitoshi la observó hacer ademanes vagos con su mano izquierda mientras hablaba, una costumbre de su juventud que aún conservaba, lo hacía cuando inventaba cosas sobre el paso, si en cambio movía la derecha; estaba furiosa.

Sabía por los correos de sus amigos que le había quedado muy poco dinero después de la enfermedad de su padre y debió vender su hogar de la infancia para completar el pago de las deudas. Entendía por qué mentía, siempre había sido muy orgullosa, de modo que tenía que encontrar una manera de ayudarla sin que se sintiera humillada.

—Podrías quedarte aquí, tu padre... —dijo deteniéndose por la dificultad de mencionarlo—. Él me trató como a un hijo, me llevó a su casa. Quiero de alguna manera pagarle el favor y alojarte aquí el tiempo que desees. Los gastos también correrán por mi cuenta, siendo mi invitada me

sentiría ofendido si no fuera de esa manera.

—No lo sé, no quisiera aprovecharme de tu hospitalidad, ni siquiera pude anunciarme como es debido —dudó Emma.

Ella movía sobre la mesa su Smartphone. Hitoshi lo miró, un modelo bastante antiguo para los tiempos de la tecnología y aún más allí en Japón, estaba quebrada la pantalla en varias partes y los bordes no se salvaban del mal aspecto general.

—Fue el último regalo que me hizo mi padre —confesó Emma al seguir su mirada—. Me apena dejarlo.

Hitoshi asintió, demostrando que la comprendía.

—Lamento apresurarte, Emma, necesito la respuesta de inmediato —apremió Hitoshi—. No quisiera presionarte, confieso que sería agradable para mí tenerte aquí un tiempo, incluso podría ayudarte a encontrar un empleo si lo deseas, muchos me lo han ofrecido, pero no estoy interesado, quizás si te recomendara...

Hitoshi esperaba que su táctica funcionase, era imprescindible convencerla. Nada había en Londres para ella, según comentaban sus amigos.

—¿Si obtuviera un empleo me permitirías aportar dinero para los gastos en la casa? —preguntó en tono de negociación.

Hitoshi sonrió recordando ese tono también de su adolescencia.

—Si lo obtienes y lo utilizas primero en algo que tú desees, podremos hablar sobre el tema otra vez. —Hitoshi la miró levantando las cejas—. ¿Entonces te alojarás aquí?

—De acuerdo —aceptó Emma, sonriendo—. Gracias, Hitoshi, sé que debe ser difícil para ti revivir el pasado.

Detrás del recodo de la pared de la cocina, Yumiko daba palmas silenciosas de alegría mientras Kai la miraba ceñudo por la forma de actuar de su hermano.

Yumiko sugirió celebrar esa noche la decisión de Emma y se esforzó preparando platos típicos como los deliciosos *onigiri*, el arroz en forma

triangular con algas y deliciosos rellenos y las frituras de mariscos llamadas *tempura*. También cocinó las croquetas de pulpo con harina, *takoyaki*, las cuales se acabaron demasiado pronto.

Antes de cenar insistió en tomar una *selfie* con el grupo. Hitoshi y Kai tenían cara de pocos amigos, pero se posicionaron de todas formas, Yumiko y Emma colocaron sus cabezas juntas y sonrieron. La joven envió la fotografía a todos. Emma de inmediato la colocó como fondo de su pantalla y Yumiko la imitó. Los hombres no le dieron importancia y despejaron su pantalla con un movimiento de sus dedos.

—Qué crueles —dijo Yumiko con un tierno mohín.

Apenas hablaron al comenzar el festín por disfrutar de las delicias, entre risas Yumiko intentaba enseñar a Emma a usar los palillos.

—Ya lo sabe. —La detuvo Hitoshi—. Se lo enseñé hace años.

—He perdido práctica —terció Emma agradeciendo el esfuerzo de Yumiko por hacerla sentir bienvenida.

Después de los sabrosos *mochi*, los coloridos dulces redondeados con diversos rellenos que comieron como postre, aporte de Kai a la celebración y un improvisado brindis con *shochu*, hecho a partir de un fermentado de arroz, todos estaban saciados y felices.

Kai observaba con disimulo a Hitoshi, hacía tiempo no se lo veía tan relajado y lo que parecía aún más raro, se lo notaba pacífico. Incluso sonreía de tanto en tanto ante algún comentario de Yumiko o de Emma.

Tenía la impresión de que esta última había sido más importante en su vida de lo que les había contado, tal vez ella le hubiese traído esa paz con su presencia.

Decidió entonces hacer una prueba. Con disimulo, tomó su móvil y envió un mensaje de texto a su hermana sugiriéndole que propusiera jugar al karaoke.

—Juguemos karaoke, Hitoshi, por favor —pidió Yumiko con sonrisa dulce.

Hitoshi miró con ojos interrogantes a Emma, no quería presionarla.

—Sabes que no se cantar —rio Emma—. Podría acompañarlos con el violín.

—¡Oh, sí! —festejó Yumiko—. Y Hitoshi tocará el piano, hace mucho tiempo que no toca para nosotros.

Yumiko miró a Kai, quien asintió ante el comentario.

—De acuerdo, ve y trae tu violín, Emma. —Hitoshi emprendió el camino detrás de ella que obedeció al instante.

Kai lo observó sonreír, apenas antes de darles la espalda.

Hitoshi permanecía sentado al piano mientras todos se acomodaban en su estudio, Kai se sentó con desparpajo en el piso alfombrado desde un sitio donde podía observar todo, Yumiko permaneció de pie junto al piano mientras hacía ejercicios vocales y cuando Emma regresó con su instrumento, se sentó en el borde del banquillo de Hitoshi como cuando eran adolescentes.

Él se sorprendió de que no le molestara esa familiaridad, al casarse fue descubriendo que la compañía en ese espacio personal le molestaba mucho. En ese momento, en cambio, le agradaba tener a sus hermanos como público. Y también tener de vuelta a su amiga y compañera.

Comenzaron con canciones populares del momento, en las que Yumiko demostraba que sería una gran cantante, Hitoshi y Emma se las arreglaban para seguir la melodía sin desentonar. Kai disfrutaba de la velada memorizando cada detalle.

Para seguir entonaron melodías de *animes* japoneses, le explicaron a Emma al respecto, ya que no conocía mucho sobre ese tema, aunque por supuesto conocía a la famosa heroína *Sailor Moon*.

En ese momento ella se convirtió en espectadora y en su honor, Kai acompañó con su voz a su hermana, demostrando que él tampoco había escapado al talento musical de sus hermanos, aunque no le interesaba tanto como a ellos.

Al finalizar, Emma y Hitoshi, todavía sentados juntos, interpretaron algunas de las canciones que habían creado en su adolescencia, errando algunas notas y riendo.

Kai podía sentir la atmosfera que se estaba creando entre ellos y con una señal disimulada le hizo entender a Yumiko que se retirara, después él hizo lo propio, cerrando la puerta del estudio al salir. Los músicos, compenetrados en sus asuntos, apenas notaron las suaves despedidas.

### 3

Al día siguiente se reunieron para desayunar, Hitoshi y Emma se veían cansados, aunque también felices, ella corregía una partitura y pedía el consejo de él.

Kai casi cae de espaldas al ver a su hermano trabajando con la música, hacía años que no tocaba por más de veinte minutos al día y ahora hasta ayudaba a componer.

—Kai, serás el representante de Emma —dijo Hitoshi—. Por favor llama hoy mismo a todos los que me han ofrecido empleo este último mes y diles que no acepto sus ofertas y que recomiendo a mi antigua compañera de estudios.

—Podrían tomar los empleos juntos —sugirió Kai, como al pasar.

Por respuesta, Kai recibió una mirada adusta, a lo que asintió aceptando la decisión de su hermano, se había apresurado. Quizás debería hablar con Emma para que intercediera, si resolvía que podía confiar en ella lo suficiente.

Unas horas más tarde, trabajaba con Hitoshi enviando correos electrónicos y haciendo llamados mientras Yumiko y Emma realizaban la limpieza.

Kai oyó a lo lejos que Yumiko le indicaba que aspirara su cuarto, como estaba en medio de una llamada, no podía detenerla sin que Hitoshi sospechara. Se apresuró cuanto pudo, pero al menos tardó otros diez minutos en poder colgar el teléfono.

Se excusó con Hitoshi diciendo que iba por unas bebidas y corrió escaleras arriba, cuando entró en su cuarto vio a Emma sentada en su cama observando sus dibujos.

—¿Soy yo? —preguntó con una sonrisa.

—No deberías ser tan entrometida —dijo Kai por respuesta.

—Eres muy buen dibujante —alabó sin darle importancia al comentario.

—El término es *mangaka*, dibujo en estilo *manga*. —Ante el elogio se sintió confundido y se evaporó su mal humor—. Aunque también deseo crear una serie de anime.

—Lo harás muy bien, dibujaste a la perfección mis gruesas cejas —mencionó burlándose de sí misma.

—Fue sencillo —aceptó Kai—. Luego de nuestro primer encuentro supe que eras el personaje perfecto. Y decidí dibujar lo que pasa desde entonces.

Él se dirigió a su escritorio y sacó de un cajón un boceto, estaba dibujando la fotografía de la noche anterior.

—Es magnífico... —suspiró ella al verlo.

—Es solo el comienzo, llevará tiempo. Por favor no se lo menciones a Hitoshi, se supone que dejé el dibujo antes de la ceremonia de mayoría de edad —pidió Kai, y dudando continuó—. Ahora deberás contarme lo que suceda en tu vida cuando no esté presente.

Emma sonrió y lo vio marcharse, notó que se había avergonzado luego de la petición.

—Todos hacemos cualquier cosa por nuestro arte —mencionó para sí misma.

Tomó papel y lápiz y aunque le parecía irrelevante, le relató lo sucedido después de que se marcharan del estudio la noche anterior, le dejó la nota sobre el escritorio y terminó de aspirar la alfombra para continuar con otro cuarto.

Luego era el turno de la habitación de Hitoshi, después de dudar un instante, se convenció de que estaba siendo irracional y abrió la puerta.

Parecía un apartamento, al entrar tenía una sala de estar con sofá y televisor incluidos, un librero, reproductor de música, y hasta una pequeña nevera, hacia la derecha, separada por paneles japoneses, la habitación con la enorme cama y un armario que ocupaba toda una pared, una pequeña mesa lacada frente a la gran ventana que daba a un bosquecillo que había detrás de la casa.

Cruzando el cuarto estaba el baño, igual de lujoso que el resto, decorado en gris oscuro que combinaba con el mármol negro vetado de dorado. Era un golpe de masculinidad a la vista.

Además de toda esa suntuosidad, sentía como si estuviera entrando en un templo, puesto que allí reinaba el orden y la tranquilidad.

Aspiró hasta el último rincón con parsimonia, disfrutando del aroma de Hitoshi, siempre había elegido deliciosas fragancias para perfumarse.

Caminó hacia atrás al terminar dando una última inhalación hasta que se le cortó el aire por chocar contra algo firme pero cálido. Sintió en su espalda el movimiento del pecho de Hitoshi al subir y bajar, primero tranquilo, aumentando el ritmo con rapidez.

—Lo siento —dijo apartándose cuando sus piernas al fin la obedecieron.

—Prepárate, iremos de compras —soltó un poco turbado—. Tienes tres entrevistas laborales esta semana y debes verte profesional.

—¡Gracias! —dijo abrazándolo—. Iré a tomar un baño.

Salió apresurada y regresó a los pocos segundos tras haber recordado que había abandonado la aspiradora allí en el medio del camino. Hitoshi la observaba sonriendo hasta que se encontró con la escrutadora mirada de Kai.



Cerró la puerta sin apartarle la mirada, su rostro neutro de nuevo, a veces su hermano menor era muy extraño, pensó.

Salieron poco antes del atardecer, era un día muy caluroso, el verano estaba a punto de comenzar. Hitoshi la esperaba aparcado afuera de la casa en su Toyota último modelo, no había podido resistir comprarlo cuando vio el llamativo color marrón oscuro metálico.

Cuando Emma entró al auto se quedó sin aliento, además de que la golpeó de lleno el aroma masculino de él que también acababa de tomar un baño, lucía terriblemente apuesto. Su cabello peinado hacia arriba sobre la frente formando pequeños picos, los lentes de aviador cubriendo sus hermosos ojos rasgados. Llevaba una camisa celeste arremangada con los dos primeros botones del cuello abiertos, dejando ver los huesos de la clavícula y el inicio de los trabajados músculos pectorales. Aunque cuando bajaron del coche abotonó uno.

Después del corto viaje en el que Hitoshi la invitó a elegir lo que deseara y ella prometió que le devolvería luego el dinero, entraron al centro comercial.

Hitoshi insistió en que renovara todo su guardarropa, por lo que pensó que tardarían horas y que tendría que opinar sobre cada prenda que ella eligiera como había sucedido con su esposa Ayame. No obstante, Emma lo tomó por sorpresa, tomaba las prendas y se dirigía al probador, salía de él con lo que compraría en un brazo y lo que no en el otro.

Sincerándose consigo mismo, se sintió un poco decepcionado, no le hubiese molestado tanto verla con distintos trajes, seguía siendo tan atractiva como siempre.

Emma solo se demoró un poco en la tienda de zapatos y de ropa interior, la conocía lo suficiente como para saber que le fascinaban ambas cosas y le costaba decidir, por supuesto se comportó como un caballero y no la acompañó a esta última, le dejó su tarjeta y la esperó sentado en una cafetería cercana con los paquetes.

Cuando ella terminó las compras se sentó feliz a su mesa y le devolvió la tarjeta con infinitos agradecimientos.

—Hace mucho tiempo que no salía de compras —informó mientras recibía el pedido que él había realizado al verla llegar.

Emma respiró el aroma del café y observó un trozo de delicioso pastel de crema y fresas perfectamente cortado.

—Aun lo recuerdas —mencionó nostálgica.

—No podría olvidar tu pastel favorito aunque lo deseara, durante tu recuperación lo compré decenas de veces —recordó con una sonrisa.

Hitoshi permanecía sentado plácidamente mientras la observaba disfrutar del pastel, por momentos le recordaba a cuando era niña. Los correos de sus amigos continuaban pasando por su mente.

—Los muchachos me dijeron que comenzaste a salir con Richard poco después de que regresara a Londres —soltó él de repente—. Por los comentarios imaginé que contraerían matrimonio.

—También Richard y yo —se sinceró apartando el platillo vacío—. El fallecimiento de Sophie en el atentado al metro en Londres entre *King's Cross* y *Russell Square* lo cambió todo. El resto de ese año fue espantoso y para el año siguiente, Richard decidió que quería abandonar todo y volver a Francia. Yo no quería dejar a mi padre solo, aunque todavía no estaba enfermo, entonces rompimos. Fue mi culpa por no haber comprendido su dolor.

—Continúas haciendo eso —dijo Hitoshi, molesto.

—¿Haciendo qué? —preguntó sorprendida Emma, ante su duro tono.

—Justificando a las personas, culpándote a ti misma —reclamó enojado.

—¿Qué esperabas? Acababa de perder a su hermana gemela, fui malvada al no querer acompañarlo para que sanara sus heridas en su tierra natal, junto a su familia —se defendió Emma, sin comprender su enojo.

—Si en realidad te hubiera amado se hubiese refugiado en ti más que nunca en lugar de querer alejarse. —Y sin poder reprimirse, continuó descargando su rabia—. Richard siempre fue un cretino egoísta al igual que tu padre.

—¿Cómo te atreves a involucrar a mi padre en esta conversación? No me importa qué fue lo que sucedió entre ustedes, no tienes derecho a decir eso de él que siempre tuvo para ti el más puro de los afectos —reprochó Emma, furiosa.

En lo que a ella concernía, también podía acusarlo a él exactamente de lo mismo que acusaba a Richard, ambos la habían abandonado.

Hitoshi veía como aferraba el desbaratado teléfono y lo ponía todavía más nervioso.

—¿Podrías soltar esa maldita cosa? Mira, está apagado, ni siquiera funciona bien —dijo con más rudeza de la que pretendía.

—Es el último regalo que él me hizo, te lo dije, jamás dejaré de usarlo —murmuró con ojos brillantes.

Hitoshi intentó serenarse, había cosas que él mismo acababa de enterarse y que ella al parecer no sabía, por eso no podía entender su rabia.

—Lo lamento, no debí decir esas cosas —dijo Hitoshi al fin—. Iré a pagar la cuenta.

Emma lo esperó y juntos llevaron las compras. El regreso fue silencioso.

En la cena, Kai y Yumiko se preguntaron qué habría sucedido, la tensión en la mesa era palpable.

Al marcharse a su habitación, Kai lo supo. Emma había vuelto a dejarle una nota con lo ocurrido durante la tarde. Meditó largamente y si ella confiaba lo suficiente como para revelarle aquello, él podría hacer lo mismo y rogarle ayuda para su hermano.

## 4

Yumiko apresuró a su invitada, tenían cita en el salón de belleza. Hitoshi le había informado a su hermana que esa tarde Emma tendría su primera entrevista y ella debía asegurarse que estuviera radiante.

La adolescente se presentó en la habitación de su hermano para decirle orgullosa que Emma ya estaba lista.

Hitoshi bajó las escaleras, ella lo esperaba en su estudio.

Al verla se quedó sin palabras, por fortuna ella no había notado su presencia, de modo que se tomó su tiempo para admirarla.

Se había hecho reflejos más claros en el cabello, que llevaba peinado de lado. El suave maquillaje en tonos cálidos resaltaba sus ojos verdes y sus labios rellenos. Vestía una falda negra que iba desde su cintura hasta las rodillas, delatando sus torneadas curvas. Una blusa blanca entallada de mangas cortas con botones negros en la parte superior y unos tacones negros completaban el atuendo. Además de hermosa, se veía como toda una profesional de pies a cabeza.

—Lamento lo sucedido ayer por la tarde, no debí enojarme tanto —dijo Emma en cuanto lo vio en el umbral de la puerta.

Hitoshi estaba a punto de decir que de nuevo se culpaba por errores ajenos, cuando recordó que eso había sido lo que inició la discusión anterior.

—También lo lamento, dije cosas incorrectas. —Prefirió decir él para acabar con el tema, por el momento—. Kai irá contigo, además de representarte, oficiará de traductor.

Emma se sintió un poco decepcionada de que Hitoshi no la acompañara, aunque se dijo que no era justo, él estaba haciendo mucho por ella.

Kai también se reunió con ellos unos minutos después. Vestía traje negro con camisa blanca y una corbata color café que hacía juego con sus penetrantes ojos. El cabello peinado hacia atrás le daba un aire implacable, se sentía segura en su compañía.

Hitoshi le entregó las llaves del Toyota a su hermano, Emma sujetó su violín y partieron.

—Te invitaré un café luego de la entrevista, debemos conversar sobre algunos temas de mutuo interés —dijo Kai, en parte para distraerla, se la veía nerviosa.

—¿Mutuo interés? —preguntó Emma—. ¿Se trata de Hitoshi?

—Así es —respondió Kai, sonriendo—. Ahora concéntrate en tu música, es posible que te pidan una improvisación, es para musicalizar ciertos momentos de un drama.

Guardaron silencio el resto del viaje, Emma repasaba improvisaciones

anteriores en su mente, algunas de las cuales habían surgido junto a Hitoshi hacía poco tiempo.

Entraron y Kai la presentó a dos hombres de unos cuarenta años, vestidos con traje. Emma saludó al estilo japonés, recordando su error al saludar por primera vez al hombre que la representaba en ese momento.

Al comenzar la entrevista, mencionaron el nombre de Hitoshi, Emma era consciente de que era una especie de premio consuelo, no obstante, se esforzaría por hacer que su amigo se sintiera orgulloso en agradecimiento por recomendarla.

Luego de que él mencionara los correos electrónicos donde sus amigos le informaban acerca de su relación con Richard, supo que también sabría de su desesperante situación y por eso había sido tan insistente para que ella permaneciera allí, además de que ahora la ayudaba a retomar su carrera.

Sin embargo, rondaba en su cabeza el momento en que Kai había sugerido que tomaran trabajos juntos y por respuesta había recibido una mirada de total desaprobación.

Kai necesitó tocarle el brazo para sacarla de sus pensamientos, como él le había advertido, querían que improvisara una melodía que pudiera musicalizar un momento de tristeza entre los protagonistas.

Emma cerró sus ojos y pensó en la pena que le ocasionó la partida de Hitoshi sin aviso, la alegría cuando supo un año después que regresaría para en seguida recibir la estocada final, saber que se había casado. Su mano izquierda levantó el violín, con la derecha tomó el arco y comenzó a hacer suaves movimientos.

Al terminar luego de unos minutos, abrió sus ojos de nuevo y vio el rostro sorprendido de sus entrevistadores además del de Kai.

Él la había oído tocar hacía solo unas noches, sin embargo lo que acababa de suceder no tenía comparación.

Uno de los hombres que la entrevistaban comentó algo con Kai y este le transmitió lo que acababa de decir.

—Ha dicho que esta conmovido, tu música le ha evocado la imagen de

una mujer muy hermosa llorando.

—Oh, cielos, muchas gracias —dijo Emma dirigiéndose a los hombres con una inclinación de respeto.

Kai tradujo y los hombres se mostraron encantados. La contrataron al instante y le dieron total libertad de crear la música como se sintiera más cómoda, la única condición es que cumpliera con el plazo.

Alentada por Kai, Emma decidió trabajar en el estudio de música de Hitoshi. Los hombres también le ofrecieron, a modo de inspiración, unas imágenes del drama con los momentos que debía musicalizar, firmando previamente unos documentos en los que se comprometía a no divulgar dichas imágenes.

Salieron y se instalaron en el coche de Hitoshi.

—Ahora como prometí, te invitaré un café para celebrar —informó Kai—. Y podremos conversar a solas con tranquilidad.

—Por favor envía un texto a Hitoshi para informar el resultado de la entrevista, mi móvil ha dejado de funcionar de nuevo —dijo con tristeza.

—Lo haremos esperar hasta que regresemos. —Sonrió él con mirada enigmática.

Emma no insistió, probablemente él ni siquiera estaría pensando en ello o esperando alguna información.

Kai se desvió un poco del camino a la casa, pero el lugar lo merecía. El *Yojiya Cafe Ginkakujiten*, un edificio espectacular, de típica casa de té, rodeado por un jardín tradicional que quitaba el aliento. Al ingresar por los senderos de grava rodeados de árboles de distintas clases y arbustos de azaleas, ya podía sentirse que la paz invadía el cuerpo y el alma.

Entraron y se sentaron sobre el *tatami*, frente a una enorme ventana desde donde se podía admirar otra parte del jardín igual de fabulosa que la anterior.

Emma ordenó un té de *matcha*, hacía tiempo que le daba curiosidad su color verde intenso. También eligió un pastel de chocolate que le fue presentado en un plato con un copo de crema a un lado, debajo de unos frutos

rojos.

Ese lugar era una explosión para todos sus sentidos y se encontró deseando que Hitoshi estuviera ahí para compartir su experiencia.

—Quiero agradecer que me confiaras lo que sucedió durante su paseo —empezó Kai imaginando en quien pensaba ella.

—Lo que haces es muy hermoso y debe ser liberador para ti. ¿Dibujar te hace feliz?

Emma lo tomó por sorpresa, nadie le había preguntado nunca qué lo hacía feliz.

—Occidentales entrometidos —dijo con una sonrisa, mirándola con ternura.

—Lo siento —dijo Emma, contagiándose de su sonrisa.

—Sí es liberador y, sí, me hace feliz —respondió al fin—. Como imagino debe ser para ti y Hitoshi con su música. Por desgracia él ya no compone, por eso me sorprendió verlo con una partitura después de tu llegada.

—¿Fue por la muerte de Ayame? —preguntó Emma sin poder evitar tener dificultades para nombrar a la esposa de Hitoshi—. Debió amarla mucho para casarse tan pronto, imagino cuánto sufrió al perderla.

—Siente culpa por haberla dejado sola tanto tiempo —confesó Kai—. Aunque en mi opinión no debería, ella era su representante y organizaba sus extensas giras, si me preguntas, lo quería fuera de la casa.

Emma pensó que Kai era algo cruel, no obstante, era muy sincero y, por ende, confiable.

—Quizás ella no correspondía tanto a su amor —aventuró Emma.

—Emma, ellos no se amaban. Fueron los padres quienes organizaron el matrimonio. Hitoshi no se negó, sin embargo no parecía nada conforme, y Ayame fue criada para ser esposa, el padre de ella también es muy estricto y tradicional.

—Algunos matrimonios arreglados deben funcionar, quizás no se



amarán al principio, y más tarde naciera el amor durante la convivencia — razonó Emma.

—Es como si quisieras convencerte de que él la amaba —mencionó Kai, observador—. ¿Qué sucedió entre ustedes en Londres?

Emma estuvo a punto de atragantarse con un sorbo de té.

—Solo éramos amigos, crecimos juntos y compartimos muchas cosas —respondió vagamente.

—Cuando Hitoshi regresó para su ceremonia de mayoría de edad estaba alegre, pero pronto se mostró apurado por regresar, dijo que había una muchacha que le interesaba —recordó Kai—. Emma Reed fue odiada sin saberlo por algunas jóvenes japonesas que al verlo de regreso creyeron que podrían pescarlo. Cuando regresó para su boda estaba resignado, y más tarde, cuando repatrió los restos de su esposa estaba convertido en el ser sombrío que es ahora.

Emma permaneció pensativa.

—Creo que volver a tocar y componer lo sacaría de su letargo, necesita vivir —dijo Kai, lleno de frustración—. Él no habla con nadie sobre su vida, no quiere trabajar, vive como un eremita. Mi padre se encarga de sus gastos. Yumiko y yo lo visitamos todos los años en esta época, pasamos el aniversario de la muerte de su madre y de Ayame con él, ya que desgraciadamente coinciden en el mismo mes, y luego nos acompaña a Tokio a visitar a nuestro padre. Pasa allí unos días llenos de tensión y se regresa.

—Él siempre fue muy solitario, también en el Royal College, hasta que se unió a la orquesta en la que tocaba, me apena mucho verlo tan solo de nuevo —dijo Emma con ojos vidriosos.

—Cuando nos marchemos el mes entrante Yumiko y yo, cuida de él. Intenta hacer que vuelva a tocar. Hasta que lo vi contigo, creí que eso era lo único que lo hacía feliz.

Emma se ruborizó ante el comentario. Por fortuna sonó el móvil de Kai. Intercambió unas pocas palabras y cortó la comunicación.

—Será mejor regresar, Hitoshi no está de buen humor, no debemos

tardar en avisarle el resultado de la entrevista —comentó riendo.

De camino se detuvieron a comprar un pastel para Yumiko y Hitoshi que ansiosos esperaron las novedades que no llegaron hasta que Kai y Emma regresaron.

Día y noche, Emma trabajó en sus melodías, había decidido crear las que pudiera y luego que los ejecutivos decidieran cuales eran más apropiadas para lo que quisieran expresar.

Hitoshi, después de que Emma abandonara el estudio, revisaba las grabaciones y creaba duetos agregando su piano. Como la habitación tenía aislación acústica, podía hacer cuanto quisiera sin molestar el sueño de nadie.

En los días sucesivos, Emma asistió a las dos entrevistas restantes consiguiendo ambos empleos, las melodías ya habían sido escritas, solo necesitaba interpretarlas con el violín.

En cuanto acabó los encargos los entregó. Feliz de trabajar en lo que amaba y agradecida, con su paga devolvió el dinero de las compras a Hitoshi y adquirió un violín electrónico.

Hitoshi sabía que había tenido que vender el que tenía desde niña para poder pagar deudas, por lo que evitó mencionar o hacer preguntas sobre el instrumento anterior.

Por esos días, Kai recibió una llamada, era de una productora de dramas y películas llamada Nakamura Corporation. Estaban interesados en Hitoshi, no era la primera vez que lo intentaban. Habían ofrecido una fortuna para contratarlo y él siempre se había negado, su desagrado hacia ellos iba más allá del plano laboral.

Takumi Nakamura era el hijo del dueño y según se rumoraba, próximo CEO de la productora, también un antiguo compañero de escuela y vecino de la casa de Iwao Kurosawa en Tokio. Era él quien había llamado *Hafu* por primera vez a Hitoshi, revelando que era mitad coreano. También lo había dejado en ridículo en su *Seijin-shiki*, ceremonia de mayoría de edad.

Kai recordaba ese día, le había dado rabia verlo humillar a su hermano, gritar *Hafu* delante de todos, burlándose de él porque había pasado muchos años lejos del hogar diciendo que debía inventar una palabra para describir a

una persona que fuera un híbrido entre japonés, coreano e inglés, ridiculizándolo por su profesión sin saber que en Londres lo consideraban un prodigio y genio musical.

Y Hitoshi no se quejó, soportó estoico cada palabra. Para volver a abandonarlo en cuanto pudo, le guardaba rencor a su madre por haber alejado a su hermano de su vida y también a Hitoshi por haberse ido tan pronto.

Aunque no lo demostrara, adoraba a su hermano y había sido su ejemplo antes del cambio tan drástico que había sufrido. También intuía que Ayame había sido determinante en ese cambio, aunque Hitoshi no dijera nada por respeto a su memoria, intuía que ella había hecho algo terrible.

## 5

Takumi Nakamura había encontrado a la violinista perfecta. Recomendada por un amigo suyo que había oído la música que la muchacha había tocado en una entrevista laboral.

Expresó en una junta que sería la correcta elección. Ya que nunca podría convencer a Hitoshi Kurosawa, contrataría a su amiga.

Ese sería el golpe decisivo para que su padre y los accionistas inclinaran la balanza de la sucesión hacia su lado y no hacia su tío Satoru, su principal competidor.

En ese momento, su principal detractor intentaba convencer a todos de su ineptitud.

—Esa mujer estudió en Londres y según me informan mis contactos, pasaron años desde la última vez que tocó de manera profesional —dijo Satoru para desestimar el trabajo de su sobrino.

—Eso no es cierto, acaba de hacer tres trabajos de magnífica calidad —dijo Takumi defendiendo su argumento—. Dejó sus trabajos a un lado por cuidar de su padre enfermo, no porque la encontraran falta de talento.

—Llevas años intentando contratar a Hitoshi Kurosawa y no has podido, ahora renuncias a él y quieres contratar a una desconocida.

—Asistieron juntos al Royal College de Londres, juntos dirigían una orquesta estudiantil. Ella vive en su casa, de todas maneras, el talento de Kurosawa estaría presente. —Al momento de haber revelado esa información, se arrepintió.

—¿Vive en su casa? —preguntó Osamu Nakamura, que hasta el momento se había mantenido al margen—. Será más sencillo que puedas tenderle una trampa a Kurosawa para que se vea obligado a trabajar para nosotros.

Takumi dudó un momento ante las palabras de su padre, no pensaba que fuera correcto usar a la mujer como carnada.

—Si logras que Hitoshi Kurosawa firme un contrato serás el próximo CEO, no me importa lo que debas hacer para conseguirlo, de lo contrario apoyaré a Satoru —advirtió Osamu a su hijo, para luego concluir la reunión.

Cuando todos se marcharon dejando vacía la sala de juntas, Takumi permaneció largo tiempo meditando. Una idea vino a su mente, no le gustaba, pero su carrera estaba en juego, no podía permitir que su tío sea el sucesor de

su padre, llevaría la empresa familiar a la ruina.

Al salir ordenó a su secretaria que contactara al representante de Emma Reed, Kai Kurosawa, y le ofreciera una entrevista, además que incluyera información sobre el abultado sueldo que ganaría si aceptaba trabajar con ellos.

Kai informaba a Hitoshi sobre la propuesta de Takumi Nakamura.

—Su padre es el CEO de la compañía, no veo inconveniente para que Emma acepte trabajar con él si es lo que desea, la paga es tentadora y ella necesita ganar dinero, aunque odie admitirlo Nakamura Corporation es la más prestigiosa productora de Japón. —razonaba Hitoshi, pensando en lo que era mejor para su amiga.

—¿Permitirás que trabaje con ese cretino? —preguntó Kai sin poder dar crédito a lo que oía.

—Ella decidirá eso —dijo tajante.

Kai tomó el teléfono, molesto con su hermano, y llamó a la compañía de Nakamura.

La entrevista fue pactada para el día siguiente. Llegaron al edificio de la productora y los hicieron pasar de inmediato a la oficina de Takumi.

Emma se sorprendió por los modales toscos que presentaba Kai esta vez, mostrándose en desacuerdo en todo momento.

Por desgracia, Takumi hablaba inglés y él no pudo officiar de mediador.

—Muchas gracias por haber decidido venir —expresó Takumi haciendo gala de sus buenos modales y su impecable educación.

—Hitoshi fue quien me convenció, opina que la productora es muy prestigiosa —comentó Emma.

—Sabes, estudié con él e incluso de niños jugábamos juntos, fuimos vecinos en Tokio.

Kai le dirigió una mirada de reproche, además de haberse burlado de su hermano, ahora lo usaba para simpatizar con Emma que firmó el contrato allí mismo y sin dudarle un segundo. Aunque Kai no estaba de acuerdo en que ella trabajara con el sujeto, el contrato era perfecto.

Cuando estaban por cruzar la salida para retirarse, Takumi la detuvo y con rapidez e hizo que plasmara su firma en una página que había saltado en el contrato.

Se despidieron y volvieron a casa. Esta vez Kai no sentía ganas de festejar por obtener el trabajo.

Cuando Hitoshi supo que ella había conseguido el empleo, se mostró tan distante como de costumbre y se retiró a su habitación.

## 6

Por la mañana siguiente, el ambiente fue denso durante el desayuno. Nadie hablaba además de Yumiko que luchaba por crear un contexto de normalidad.

Al terminar, Emma ayudó lavando los utensilios, Hitoshi se retiró al estudio, Kai revisaba sus correos en su computador portátil y Yumiko escribía la lista del mercado en su idioma. El timbre sonó y todos se miraron sorprendidos, saltaba a la vista que no era habitual recibir visitas en esa casa.

Kai se dirigió al comunicador y preguntó quién era presionando un interruptor.

El cambio en su rostro fue drástico.

—Takumi Nakamura quiere hablar contigo —dijo molesto, dirigiéndose a Emma.

—¿Qué querrá? Estaba a punto de ponerme a trabajar —preguntó Emma dirigiéndose a la salida.

—Desvergonzado —comentó Yumiko ofendida—. Aparecer en esta casa después de todo el mal que hizo a Hitoshi.

Juntos fueron a poner al tanto de la situación a su hermano mayor,

entraron sin llamar y lo vieron con la mirada fija en un punto distante, sus puños cerrados sobre las teclas del piano, tan fuerte que sus venas sobresalían.

Antes de que pudieran decir nada, Emma se les unió.

—Iré a dar un paseo con Takumi, me ha dicho que conocer las tradiciones y los paisajes puede ayudarme a crear las melodías perfectas, pienso que puede tener razón —anunció Emma.

—¿Te marcharás tan fácil con alguien que apenas conoces? —reprendió Kai al ver que su hermano no reaccionaba.

—Es amigo de Hitoshi. ¿Qué podría suceder? —preguntó un poco enojada ante el reproche—. Volveré en la tarde.

Emma dio media vuelta y salió. Kai miró a su hermano, furioso.

—¿No la detendrás?! —reprochó.

—Es adulta —señaló Hitoshi—. Puede hacer lo que le plazca.

Sus palabras serenas contradecían sus gestos, aun no aflojaba los puños, incluso parecía haberlos apretado aún más.

—¡Reacciona, maldita sea! Te la están robando delante de tus ojos —gritó Kai.

—No me están robando nada porque ella no es mía —dijo con voz grave.

Yumiko lloraba silenciosamente sintiendo el dolor de su hermano, imaginando que deseaba hacer algo para cambiar la situación, aunque no lograra moverse.

—Ya deja de pensar en la egoísta de Ayame que no ye ha causado más que tormentos —dijo Kai sin poder refrenar sus palabras—. Vuelve a tomar las riendas de tu vida y haz algo para conquistar a Emma.

—¡No vuelvas a mencionar a Ayame! —gritó Hitoshi poniéndose de pie de un salto.

El banquillo salió volando hacia atrás, Yumiko corrió para interponerse



entre sus dos hermanos.

Kai miró con rencor a Hitoshi y se marchó.

—Sabes que él tiene razón, aunque sus palabras sean crueles. Se siente impotente al no poder ayudarte, Kai te adora desde pequeño, por eso rechaza a nuestra madre y guarda rencor a la memoria de tu esposa.

—Lo sé —dijo Hitoshi más calmado, poniendo el banquillo en su lugar y sentándose nuevamente—. Necesito estar a solas, Yumiko, gracias por tus palabras.

La adolescente salió, dejando la puerta abierta unos centímetros. Se reunió con Kai en la cocina y empezaron a escuchar las notas del piano, una sinfonía que no habían oído antes. Eran sonidos fuertes, furiosos, pero muy bellos.

La melodía se detuvo de manera abrupta y se oyó un grito de Hitoshi.

—¿Y de dónde demonios sacó que Nakamura era mi amigo?!

Los hermanos se sonrieron. Emma continuaba dando vueltas en la mente de Hitoshi.

—Debí decirle a Emma la verdad —dijo Kai disolviendo su expresión.

—Quizás no sea tan malo que Emma se acerque a Takumi —meditó Yumiko—. Tal vez así nuestro hermano despierte de su pesadilla y pelee por poner en orden su vida de nuevo.

Takumi llevó a Emma hacia el este de Kioto.

—Este es el *Tetsugaku no michi*. «El paseo del filósofo» en tu idioma —explicó Takumi.

Comenzaron a recorrer el sendero que iba paralelo al canal *Shishigatani*, construido para alimentar la primera planta hidroeléctrica de Japón.

Emma oía la explicación mientras admiraba los cerezos a ambos lados,

por desgracia el tiempo de floración había pasado, aun así el paisaje se veía muy hermoso y además se sentía una fresca brisa que ayudaba a combatir el intenso calor de Kioto.

—Debes llenarte de la belleza de este país y así poder volcarla en tu música. El lugar fue nombrado en honor a Nishida Kitaro, era profesor de la universidad y solía meditar aquí —explicó Takumi—. Presiento que, si haces lo mismo, el proyecto tendrá un éxito rotundo y serás la violinista más requerida.

Takumi se detuvo y tomó las manos de Emma. Ella, sorprendida, lo miró con ojos enormes.

—Estas manos expresan la magia de tus melodías; lo que crea tu corazón. Eres una mujer talentosa y muy bella —dijo él mirándola fijamente.

Emma se sintió incómoda y separó sus manos con suavidad. Algo en ese hombre la perturbaba.

—Lo lamento, me dejé llevar por lo idílico del sitio —dijo Takumi—. Debí preguntar antes si Hitoshi y tu retomaron el romance.

—Cómo sabes que nosotros... —dijo Emma perturbada.

—Te lo dije, nos conocemos hace muchos años —mencionó esquivo él.

—Creí que nadie lo sabía —confesó Emma.

Takumi supo que la había convencido de que Hitoshi y él eran amigos, había aventurado una suposición y ella había sido lo suficiente ingenua como para caer en la trampa. Ahora podría iniciar su plan, se había apresurado un poco hacía un momento, repararía ese error de inmediato.

—No conozco todos los detalles, él es siempre muy reservado. —Continuaba él, suponiendo y acertando—. Solo que todo acabó cuando Hitoshi regresó y contrajo matrimonio. En realidad, amaba a esa mujer, tanto que dejó de trabajar por la pena que le causa sentarse al piano. Su esposa se sentaba junto a él y pasaban horas en mutua compañía prodigándose cariño, todos envidiábamos su amor.

Emma se sintió molesta consigo misma por haberse permitido pensar que podía ser verdad lo que había dicho Kai sobre la relación de Hitoshi y

Ayame. Con seguridad, lo único que él había querido lograr era que pensara que había sido muy importante en su vida cuando en realidad no era así.

Takumi observó feliz el cambio de expresión en el rostro de la mujer a su lado. Al verla por primera vez había pensado que no era la clásica belleza occidental que había imaginado, su frente era ancha y sus cejas algo más gruesas de lo normal, pero al pasar ese corto tiempo observándola, tenía algo que atraía, además de sus labios en extremo tentadores, sus ojos verdes chispeaban. Era misteriosa, aunque sus emociones más intensas eran sencillas de leer.

Ahora que la había visto mejor, no tomaría ese trabajo como un sacrificio, sería agradable enamorarla. En realidad, le parecía muy agradable, aun con eso los intereses de su familia estaban primero, si su tío asumía el cargo de su padre la empresa acabaría en la ruina, el prestigio de su apellido estaba en juego.

Emma se sentía molesta y quería regresar. Saber que Hitoshi se había enamorado de manera tan apasionada poco después de haber hecho el amor con ella había sido devastador.

Takumi notó la repentina impaciencia y actuó con rapidez, había plantado la semilla de la desconfianza entre los amigos, ahora esperaría unos días para que creciera. Necesitaba que Hitoshi no influyera en sus decisiones, al parecer aun no le había revelado el maltrato sufrido por él y era preciso que ella lo considerase al menos un amigo cuando eso ocurriera.

—No tienes buen semblante, te llevaré a casa para que puedas descansar, Kioto es demasiado caluroso en esta época, el verano está próximo —dijo fingiendo inquietud—. Acabarás acostumbrándote al clima.

Emma se sintió agradecida ante la preocupación de su acompañante.

Takumi se detuvo frente a la casa de Hitoshi, descendió y dio la vuelta para abrirla a ella la puerta de manera caballerosa.

—Gracias por el paseo, el lugar tan hermoso me ha inspirado —dijo Emma mientras descendía—. Ahora me pondré a trabajar.

—Descansa y recupera fuerzas —recomendó Takumi—. La película ni siquiera ha comenzado a rodarse, tienes tiempo de sobra. Prometo volver por

ti en unos días y llevarte a otro sitio, quizás un templo.

Emma agradeció, saludó al estilo japonés y entró a la casa.

—¿Disfrutaste la excursión? —preguntó Hitoshi, asustándola mientras subía la escalera.

—Paseamos por el Camino del Filósofo, es un lugar muy relajante —dijo Emma—. Con permiso, iré a descansar, no me encuentro bien.

Hitoshi la vio subir, sabía que Takumi intentaría alejarla de él, como lo habían hecho otros antes.

Por la noche, Emma escribió la nota sobre lo que había hecho durante el día. Omitió las revelaciones de Takumi sobre la relación de Hitoshi y Ayame, todavía le costaba trabajo asimilarlas y no quería volver a tratar el tema con Kai.

Sentía arrepentimiento por haberse marchado de la manera en que lo hizo cuando Takumi fue por ella. Kai era un buen hombre y quizás en su preocupación por su hermano había cometido un error al mentirle.

Intentó en vano dormir, se sentía herida por los dichos de Takumi. Necesitaba sacar ese resentimiento de su corazón. Salió de la cama y bajó al estudio.

Al entrar pudo ver a Hitoshi sentado al piano, con la cabeza apoyada en él. En un principio pensó que dormía, después de unos segundos levantó su cabeza. Su mirada se veía cansada.

—No quise molestarte. —Se disculpó Emma dándose la vuelta.

—¿Qué te atrajo de mi cuando éramos jóvenes? —La detuvo Hitoshi preguntando con voz grave.

—Tu música —respondió Emma sonriendo y sentándose junto a él—. Podía sentir tus emociones a través de las notas. Tienes un talento muy especial.

—Lo mismo decía mi madre —recordó él—. Dejé de componer porque no podía volcar ningún sentimiento, eran melodías grises y sosas. Ya no había pasión, cada novia que tuve me acusó de ello.

—Por lo que recuerdo eras muy apasionado —contradijo ella pensando en la música.

—Solo tú despertabas esa pasión —dijo girando para verla a los ojos.

—Te conozco mejor que muchas personas. Tu pasión está allí, solo que la has encerrado —respondió sonrojada ante sus palabras, no queriendo preguntar a qué tipo de pasión se había referido en ese momento.

—Emma... —comenzó él, pero se detuvo—. Olvídalo. Me iré a mi recamara, puedes usar el estudio si lo deseas.

Ella no lo detuvo cuando salió, el fantasma de Ayame continuaba allí, entre ambos.

## 7

Emma desayunaba emocionada y no paraba de hacer preguntas sobre el templo *Kiyomizu-dera*, donde la llevaría Takumi en minutos.

—Ya verás todo por ti misma —dijo Kai, cortante.

—No seas grosero —reprendió Hitoshi.

—Pasen un buen día —saludó Emma después de recibir un texto.

—¿En realidad no harás nada para evitar esto? —preguntó Kai a su hermano luego de que Emma se fuera.

—No. —Hitoshi dejó su asiento y se marchó a su habitación.

—En verdad no lo entiendo —comentó Kai a Yumiko.

—Ya déjalo en paz —dijo ella con tristeza—. No debe ser fácil para él ver lo emocionada que estaba.

—Si al menos fuera él quien la llevara de paseo —insistía Kai.

—Pienso que debe tener algún motivo para no querer hacerlo —aventuró Yumiko—. El tiempo resolverá esto.

Emma y Takumi llegaron al templo, no quedaba lejos de la casa. Luego de que él le señalara la extensión del terreno, comprendió su insistencia de salir temprano por la mañana.

El lugar estaba colmado de antiguas construcciones.

—Los edificios actuales fueron construidos en el siglo diecisiete, antes de eso había edificios del siglo ocho —relataba Takumi—. Los templos salvaron a esta ciudad de los bombardeos en la segunda guerra mundial, de cierta forma los dioses protegieron a los habitantes.

—Debo agradecerte por ayudar a que conozca todos estos maravillosos lugares —dijo Emma admirando el paisaje.

—Imagino que si fuera por Kurosawa no saldrías de la casa —mencionó Takumi como al pasar.

—Hitoshi se ha vuelto incomprensible para mí, por momentos parece querer actuar con más normalidad, pero en seguida vuelve a retraerse —le confió Emma.

—Tal vez se sienta incómodo con respecto a nuestra relación —sugirió Takumi.

—¿Por qué debería? —preguntó Emma sin comprender—. Somos amigos.

—Quizás demos otra impresión por nuestros constantes paseos —tanteó él.

—No lo creo, Hitoshi me conoce demasiado bien como para no saber algo así —aseguró Emma.

—Si estas tan segura de ello sígueme, quiero que hagas una prueba. —Desafió Takumi.

Emma rio y lo siguió. Le gustaba su espontaneidad y misterio, eso mismo la había hecho desconfiar al principio, no obstante Takumi poco a poco había derribado esas barreras.

—Este es el santuario de *Jishu-jinja*, dedicado al dios del amor *Okuninushino-Mikoto* —explicó Takumi.

Emma lo miró con sorpresa mientras se detenían a los pies de una escalera, junto a una estatua del dios *Okuninushi* y una liebre.

—Por fortuna hoy no hay muchas personas de visita, debes hacer la prueba de las dos piedras del amor —dijo él con entusiasmo.

—¿De qué se trata? —preguntó Emma, nerviosa.

Takumi solo sonrió hasta que llegaron al último escalón, a pocos pasos se encontraba una piedra señalizada con una sogá y una tablilla escrita.

—Esta es la primera piedra —dijo Takumi—. Deberás caminar seis metros, hasta la segunda, con los ojos cerrados. Si la alcanzas sin perderte significa que encontrarás el amor.

Emma sonreía, aunque dudaba una parte de ella sentía emoción, un hombre apuesto le estaba coqueteando.

—Tienes dos opciones, puedes intentarlo sola o puedo ayudarte, si escoges ayuda significa que también la necesitarás para encontrar el amor —advirtió él.

—Lo haré sola —dijo riendo.

—Chica valiente —respondió él con sonrisa seductora—. Comienza.

Ella observó con cuidado el camino unos segundos y cerró los ojos, comenzó con pasos vacilantes tratando de no perder la dirección. Un paso lento tras otro para acercarse a la roca, pero de repente se topó con alguien.

—Lo siento... —dijo interrumpiéndose de inmediato al ver a quien había chocado.

—No debes hacer esta prueba puesto que acabas de encontrar el amor —susurró Takumi mirándola a los ojos.

Emma le devolvió la mirada, luchando por no estirar la mano y correr una hebra de cabello de su frente, se comportaba muy galante.

Tomándola desprevenida, un sentimiento de culpa la invadió, por alguna extraña razón sintió como si estuviera a punto de ser infiel.

—Qué tonterías dices —dijo Emma riendo y se apartó.

Takumi sin decir nada también rio. Un mal movimiento en esas circunstancias podía significar el fin de su incipiente acercamiento.

Siguieron con su paseo, aún tenían muchos sitios por ver. Él la llevó hasta la cascada que daba nombre al templo, allí dentro se dividía en tres pequeños torrentes que caían a un estanque.

—Puedes beber si lo deseas, se cree que el agua tiene propiedades curativas —ofreció Takumi.

Ignorando a su mente que le daba consejos sobre salubridad, tomó una de las tazas que ofrecían y bebió.

Emma le tendió el recipiente, pero Takumi frunció el entrecejo y lo rechazó. Rio y se alejó caminando con rapidez. Emma corrió tras él.

—¡Me engañaste! —dijo ella riendo ante la chanza.

Él también rio y caminó aún más rápido.

—Tenía esto reservado para el final —dijo Takumi llegando a un edificio de madera—. Es el salón principal, lo que en realidad quiero mostrarte esta fuera.

Salieron a un balcón a trece metros de altura desde donde se podía ver una maravillosa vista de la ciudad.

—Existe una tradición del período *Edo*, los hombres saltaban por aquí y si sobrevivían al salto se les concedería un deseo —relató Takumi con seriedad—. Podría saltar ahora mismo para luego desear un beso tuyo.

—¿Muchos saltaron? —preguntó Emma ignorando el último comentario.

—Poco más de dos centenares, casi todos sobrevivieron —informó él.



—¿Y sus deseos se cumplieron? —preguntó Emma.

—Me temo que no tengo esa información —dijo él volteando a verla—. ¿Crees que si salto mi deseo se cumpliría?

—Creo que deberías informarte porque a pesar del sacrificio, podrías no recibir la recompensa —respondió Emma.

—De acuerdo, lo he comprendido —dijo Takumi con una sonrisa de lado ante su negativa—. Ven, regresemos, de camino verás la pagoda más alta de Japón con sus treinta y un metros de alto, quizás si me arrojó desde la cima te arrepientas de haber rechazado mis atenciones.

Ambos rieron y se pusieron en marcha, luego para acabar el día irían a cenar.

Kai continuaba molesto, Takumi y Emma salían cada día, y se acercaba el momento de marcharse para ellos. Tenía que despertar a su hermano antes de que fuera tarde.

En la nota de la noche anterior, Emma había mencionado que Takumi la tomó de la mano al pasear por los jardines del palacio imperial y ella no se había resistido, sino que lo había disfrutado. Además, le informaba que ya no dejaría mensajes diarios, sino que le enviaría correos ocasionalmente.

No podía decir estas cosas a Hitoshi, de seguro diría que Emma debe elegir, y aunque él estaba de acuerdo en eso, no había manera de que comprendiera que debía mostrarle que tenía opciones.

Yumiko insistía en que, si era amor real, acabarían juntos, pero si su hermano seguía escondiéndose terminaría con cualquier posibilidad.

Hitoshi casi no salía de su habitación, lo poco que había avanzado había sido en vano, con la intrusión de Nakamura había retrocedido más que nunca.

Kai decidió intervenir y hablar con Emma que era más receptiva a las opiniones ajenas. La encontró en el estudio.

—Necesito hablar contigo... —Kai se interrumpió al oír sonar el teléfono de Emma.

Ella respondió rápidamente con un texto y apartó el móvil.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó Emma.

—Me encuentro muy preocupado por mi hermano, apenas sale de su habitación —comentó Kai.

—Lo sé —dijo con tristeza—. También lo he notado, no encuentro la manera de ayudarlo, siempre acaba alejándose.

—Quizás si no salieras tanto y le pidieras ayuda con tus composiciones, él se sentiría útil y saldría más —sugirió con cautela—. En realidad, pienso que no sale para no molestarte.

—Intentas manipularme —dijo con una sonrisa—. Tienes razón, pasé demasiado tiempo fuera de la casa, apenas hice dos melodías y ni siquiera están terminadas, aunque Takumi insiste en que hay tiempo quisiera terminar mi trabajo.

Kai sonrió feliz por haber logrado su cometido. Emma envió un texto a Takumi para informarle que se quedaría a trabajar. Él se ofreció a visitarla por la tarde y ella aceptó pensando que a Hitoshi le agradaría ver a su amigo.

Emma respiró hondo y subió la escalera para pedir ayuda a Hitoshi.

Golpeó con suavidad sin que nadie respondiera. Intentó una vez más y tampoco obtuvo respuesta. Podía escuchar el reproductor de música en el interior. Empezando a asustarse, entró.

Cruzó la pequeña sala de estar y se introdujo en su dormitorio, estaba vacío. En ese instante la puerta del baño se abrió y salió él, solo una toalla cubría su desnudez envolviendo su cadera.

Emma permaneció unos instantes observándolo boquiabierta.

Él se acercó a ella, las gotas todavía caían por su musculoso torso y perlaban su piel.

—No te avergüences, aquella noche viste más que esto —susurró mirándola a los ojos, evocando el recuerdo de su pasado.

—Lo sé —respondió ella en voz baja—. Pasamos muchos años alejados, ya nada es igual.

Atreviéndose, Emma apoyó sus manos en sus fuertes pectorales. Su piel era tan cálida como la recordaba.

—Hace mucho tiempo que no toco una mujer —advirtió él—. Te doy la posibilidad de alejarte.

Ella quitó las manos como si hubiera tocado un hierro ardiendo.

—Necesito tu ayuda para componer —dijo atropellando las palabras y con voz demasiado aguda—. Te esperaré abajo.

Emma huyó hacia la salida. Él posó la mano donde ella lo había tocado momentos antes, su corazón latía desbocado. No entendía que lo había impulsado a actuar de esa forma.

Después de la muerte de Ayame, creyó que ya no existían dentro de él ese tipo de carencias. Se sentía vacío, inerte. A pesar de ello, había imaginado tantas veces a Emma en ese cuarto junto a él. Todo había jugado en su contra, esperaba que las cosas no se pusieran extrañas, aun así, no se disculparía, en realidad lo había disfrutado. Sentir la sangre corriendo por sus venas otra vez era renovador.

Se vestiría mientras se calmaba y la ayudaría. Sin embargo, mantener sus manos alejadas de ella sería todo un reto. En esos momentos deseaba ser más oriental en sus costumbres, tan dueños de sí mismos, estar tanto tiempo alejado de su tierra había dejado huellas y para él era necesario el contacto físico, ella acababa de recordárselo. Aunque debía contenerse, una vez que empezara no se detendría y todavía no era el momento adecuado.

Deseaba que hubiese llegado un mes antes o un mes después.

Cuando se reunieron, Emma fingió que nunca había ocurrido su visita al cuarto y Hitoshi le siguió la corriente.

Hitoshi tomó el violín para interpretar lo que ella había escrito, juntos hicieron algunas correcciones y comenzaron nuevas composiciones.

Sin que lo notaran había caído la noche.

—Oh, mira la hora, Takumi dijo que vendría a visitarnos, es extraño que no llegara —mencionó Emma.

—Hay algo que debes saber sobre él —dijo Hitoshi—. En realidad no es mi amigo, solo es un compañero de escuela de la infancia y antiguo vecino, desde que fui a Londres no lo he vuelto a ver.

—Él sabe cosas sobre ti que solo podría saber si... —dijo Emma comprendiendo—. Maldición.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Hitoshi entre divertido y preocupado.

—Lo siento, le confirmé que tuvimos una relación en el pasado. —Emma se sentía una completa imbécil—. Ha sido mi culpa, él aventuró algo y yo lo validé.

Hitoshi rio con ganas.

—¿Tan malo es haber tenido una relación conmigo? —preguntó fingiendo pesar.

Emma sonrió y lo golpeo con el puño en el brazo.

Yumiko asomó su cabeza por la puerta.

—El señor Nakamura ha venido de visita —anunció Yumiko con expresión seria.

—Dile que pase aquí, por favor —dijo Hitoshi con una sonrisa ladeada.

Yumiko sonrió al ver la expresión de su hermano mayor. Tomó su móvil de camino e instó a Kai a presenciar también ese momento.

—Nakamura, ha pasado tiempo sin vernos —saludó Hitoshi al recién llegado con una palmada en la espalda.

Takumi se inclinó un poco hacia adelante por la fuerza del impacto.

—Kurosawa, al fin asomas la cabeza —respondió recuperando su templanza—. Hermosa Emma.

Nakamura tomó la mano de la mujer y la besó con galantería.

Emma no se apresuró en retirarla.

La pulseada entre los hombres había comenzado. Yumiko y Kai observaban ocultos.

—Ya que te has tomado la molestia de venir hasta aquí, permítenos darte una muestra de nuestro arte —sugirió Hitoshi.

Emma se mostró de acuerdo y tomó su violín.

Hitoshi fue hasta uno de los estantes con carpetas y tomó una. Se acercó a Emma por detrás, se colocó rozándole la espalda con su pecho y le habló junto al oído.

—Me he tomado el atrevimiento de cambiar algunas notas y agregar piano a esta bella canción que compusiste.

Emma giró para verlo a los ojos, sus rostros a centímetros, sonrió aprobando la realización de Hitoshi, que feliz ante la intimidad entre ellos, miró con intención a Takumi con una sonrisa de lado y se dirigió al piano. Le había demostrado cuán a gusto estaba ella en su cercanía. Ella tomó asiento a su lado, mirando hacia el lado opuesto de Hitoshi, como siempre que tocaban juntos.

Interpretaron la melodía, Emma tenía un atril para seguir la partitura. Takumi los observó tocar, parecían turnarse de manera inconsciente, oscilando de tanto en tanto en el asiento para apenas rozarse al interpretar. Pronto cayó presa del embrujo de la música que creaban juntos. Se permitió disfrutar un momento, lo que ejecutaban era sublime.

Era imperativo que ambos participaran del proyecto, nadie podría resistirse a esa música.

Takumi se retiró después de escucharlos, Emma apenas desviaba la mirada de Hitoshi, no podría avanzar en sus planes si él no se apartaba de ella. De alguna forma alcanzaría su cometido, pensó, esa demostración de talento solo lo alentaba para convencer a Hitoshi del modo que fuera para firmar junto a Emma.

—Salgamos a cenar —dijo Hitoshi cuando Takumi se marchó.

Emma asintió con una sonrisa.

Decidieron caminar, la noche estaba estrellada y agradable. Se

detuvieron en un restaurante especializado en *ramen*.

Emma sujetaba los palillos con algo de dificultad, aunque de forma adecuada, mordía los fideos picándolos, lo que hacía luego más dificultoso poder atraparlos.

—Recuerda que aquí es de buena educación sorber los fideos, alagarás al chef—dijo Hitoshi riendo al ver el esfuerzo de ella.

Emma lo miró con ojos entrecerrados para mostrarle su disgusto por las risas burlonas.

De regreso a la casa compraron helados.

—Hemos evitado el tema toda la velada —dijo Hitoshi—. ¿Qué sientes por Takumi Nakamura?

—Es una persona agradable —respondió Emma—. Un buen amigo que intenta ser de utilidad y desea que no me sienta sola.

—Sabes a qué me refiero —dijo él con calma.

—Hace tiempo no pienso en romances —cortó ella intentando sonar casual.

—Sé que no me alejé de ti de la mejor manera y lo lamento...

—No sigas, está en el pasado —Emma sentía el escozor en sus ojos—. Fue muy duro primero enterarme de que ya no estabas en Londres y luego que te habías casado. Ni siquiera me diste la oportunidad de luchar por ti.

Emma detuvo su andar, no faltaba mucho para llegar a la casa y no quería que los hermanos de Hitoshi presenciaran la escena que estaba a punto de hacer, aunque con gusto hubiera entregado su vida por evitarla.

—¿Cómo fuiste capaz de actuar así después de que me entregara a ti? —sollozó.

—¿Qué esperabas? —reprochó él—. Te marchaste de mi casa de madrugada, sin avisarme y comenzaste a evadirme. Creí que te habías arrepentido de lo que había sucedido entre nosotros. Me sentí tan herido...

—No tuve la oportunidad de explicarte —lamentó ella bajando su

cabeza y dejando correr las lágrimas.

—Explicame ahora —pidió Hitoshi conteniendo su propio llanto al ver su dolor.

—Mi padre me vio llegar y adivinó lo que había sucedido entre nosotros, aunque no se lo confirmé. Me prohibió tener una relación contigo, dijo que arruinaría nuestras prometedoras carreras y si no funcionaba acabaríamos odiándonos como ocurrió entre mi madre y él. —Emma apretó los puños a los costados de su cuerpo—. Moría de miedo de solo pensar en no tenerte ni siquiera como amigo. Y ocasioné eso exactamente.

—Allí está de nuevo la maldita culpa —dijo Hitoshi con rudeza—. Tu padre fue responsable de nuestra separación.

—¡Él no te obligó a casarte! —gritó ella.

—¡Pero si me obligó a alejarme de ti! —reveló Hitoshi al fin—. Me dijo lo mismo de su relación, nos manipuló.

—Lo hizo porque se preocupaba por ambos —justificó Emma.

—Lo hizo por egoísmo, porque de no funcionar, a su entender, tendría que haber elegido a uno de los dos y no quería hacerlo. ¡Jamás pensó en nosotros dos antes que en él mismo!

—¿Qué importa ahora eso? ¿Acaso hubieras actuado de manera diferente? —preguntó ella.

—No hubiera contraído matrimonio, para empezar —confesó Hitoshi.

—¿Negarás que amabas a Ayame? —preguntó Emma conteniendo la respiración.

—No la menciones ahora, esto se trata de nosotros —dijo Hitoshi volviendo a caminar.

Emma bajó la mirada con tristeza y lo siguió. La conversación había terminado.

Al entrar a la casa Hitoshi la tomó de la mano, quería terminar de aclarar las cosas, posiblemente hasta precipitarse y contarle lo sucedido con Ayame, sin embargo, ella retiró su mano y se marchó. Él, de nuevo quedó

inmóvil mientras el destino destruía sus intenciones por su estúpida manera de proceder.

Emma no lograba conciliar el sueño, la noche tan estrellada pronto se había cubierto de nubes y a lo lejos se oían truenos. De niña adoraba mirar los relámpagos, la fascinaban las líneas eléctricas que se formaban en el cielo, incluso había admirado ese fenómeno meteorológico junto a Hitoshi y, de hecho, por él habían comenzado a gustarle.

Se vistió con leotardo de danza, una camiseta de algodón y salió frente a la casa. Podía ver las líneas azules que atravesaban el cielo a lo lejos. Su cuerpo comenzó a moverse al ritmo de una melodía imaginaria, aun podía realizar la mayoría de los pasos de ballet.

Hitoshi la observaba desde las sombras de la terraza, también había salido a admirar el cielo al oír los distantes truenos.

—¿Pelearon de nuevo? —preguntó Kai en voz baja, sin rastro de sarcasmo.

—Hay demasiados secretos y mentiras entre nosotros —suspiró Hitoshi.

Kai le colocó una mano sobre el hombro en señal de apoyo.

—Está convencida de que amabas a Ayame —confesó Kai y se atrevió a indagar—. ¿Lo hacías?

—No —dijo Hitoshi simplemente.

Kai pensó que escuchar esa respuesta le agradaría, sin embargo, lo inundó un terrible pesar, su hermano había estado solo por demasiado tiempo. La expresión al ver a Emma, era como si la hubiese esperado todos esos años.

—La amas —afirmó Kai.

—Acabo de negarlo —dijo Hitoshi, al seguir su mirada entendió que no hablaba de Ayame.

—Díselo, te mira como si fueras un cubo de hielo en un día caluroso —alentó Kai.

—Ella sigue siendo la misma a pesar de que la vida la ha golpeado,



quizás un poco más sosegada pero allí esta su esencia, luchadora, alegre. Yo en cambio me he partido en mil pedazos. ¿Qué podría ofrecerle ahora? — mencionó molesto—. Se siente atraída por mi exterior, eso es todo. Cada vez que hablamos acabamos peleando.

Las gotas comenzaban a caer y Emma no se detenía, Hitoshi no estaba seguro si era la lluvia lo que caía por el hermoso rostro o estaba llorando. De repente ella cayó al suelo, su respiración agitada.

—Ve a ayudarla —dijo Kai, dándole la espalda.

Hitoshi bajó corriendo las escaleras, actuando de nuevo por impulso, dejándose llevar.

Al llegar junto a Emma le tendió la mano. Ella la tomó y permitió que él la ayudara.

Cuando estuvo de pie, él la abrazó por la cintura y empezó a bailar. Emma sonrió, aunque todavía conservaba la tristeza pasó sus manos alrededor de su cuello.

Kai observó la escena y se fue a su habitación, no podía evitar plasmar tan bella imagen en el papel de inmediato.

Cuando la lluvia fue demasiado intensa decidieron entrar a la casa.

—Gracias —dijo Emma, despidiéndose y besándole la mejilla.

Hitoshi la observó hasta que desapareció en lo alto de la escalera. Deseaba besarla, pero aún no era el momento adecuado, se repetía.

Había mucho por aclarar todavía y por esa noche una discusión y una reconciliación era todo lo que podía soportar.

## 8

Era una hermosa mañana de agosto. Después del bello momento que había pasado la noche anterior con Hitoshi, la casa despertó sumida en el caos. Yumiko, Kai y Hitoshi discutían en su idioma en el piso inferior.

Emma se apresuró a bajar para enterarse de lo que estaba sucediendo. Se presentó en la cocina, todavía despeinada y en pijamas.

—Mi salvadora occidental —dijo Hitoshi, poniendo una taza de café en su mano, besó su coronilla y tomó otra taza para él—. ¿Podrías explicarle a Yumiko que no creo en deidades, espíritus ni vegetales mágicos?

—¿Vegetales mágicos? —repitió Emma, todavía encantada por el gesto de él.

—¿Emma, verdad que quieres participar del *Obon*? —rogó Yumiko.

—Es la celebración para honrar a los espíritus de nuestros antepasados —explicó Kai ofreciéndole unos bollos rellenos llamados *Anpan*.

—¿Por qué no participar? —dijo Emma antes de dar un bocado al

panecillo.

Hitoshi se acercó y quitó del labio una mancha del relleno de *judía azuki* con su dedo y lo llevó a su propia boca.

Emma enrojeció ante la familiaridad que demostraba ese día y todo por haber bailado abrazados la noche anterior. Cómo deseaba besarlo, pensó.

—¿Ha pasado algo que no quieren contarnos? —preguntó Yumiko de forma adorable.

Kai la miró de forma reprobadora por entrometida. Ante el comentario, Hitoshi comenzó a actuar de forma más distante.

Emma lo lamentó un poco, le había gustado fingir por un momento que eran una pareja en un día normal.

—Participen del festival si tanto lo desean, yo no lo haré, no quiero al espíritu de nadie rondando por aquí —informó Hitoshi—. Yumiko no vuelvas a incendiar mi casa, utiliza farolillos eléctricos.

Emma miró con curiosidad después de ese comentario.

—Unos años atrás, Yumiko estuvo a punto de incendiar la casa por encender cáñamo, tradicionalmente se usa para mostrar el camino a los antepasados —explicó Kai—. Es un ritual llamado *mukaebi*.

Por la tarde, Kai y Yumiko preparaban un altar con bambú y ofrendas en la entrada. Hitoshi los observaba desde la terraza, era otro día agobiante en la ciudad.

Emma se unió a él y le entregó un refresco. Hitoshi la miró y a punto estuvo de dejar caer la bebida, vestida con un pantalón vaquero corto y una camiseta sin mangas.

—Se llama *bon-dana* —explicó Hitoshi para distraerse—. Sobre él colocan una placa con el nombre de mi madre, frutas, flores y verduras de estación y un pepino llamado *shōryōma* con cuatro patas de madera.

—El vegetal mágico —mencionó Emma recordando sus palabras.

—Exacto —dijo Hitoshi con una sonrisa—. Simboliza un caballo para que el antepasado llegue veloz, luego regresan cómodamente a lomos de una

vaca, una berenjena también con patas de madera. Pasé demasiado tiempo en Londres como para creer en algo de ese estilo.

—¿No sientes que este sea tu hogar? —preguntó Emma con tristeza.

—No, tampoco Londres ni ningún sitio que haya visitado durante las giras de conciertos —se sinceró Hitoshi—. Solo me siento en casa cuando estoy junto a ti.

—Hitoshi —comentó Emma—. Ayer por la noche...

—Emma, ven —interrumpió Yumiko—. Debemos encontrar un *yukata* para ti.

La adolescente se la llevó tomada de la mano, ella vio como Hitoshi le sonreía con resignación mientras se alejaba.

Kai, que observaba todo, deseó arrojar una roca a su hermana, durante todo ese día había entorpecido el trabajo que llevaba haciendo semanas.

Unas horas después, todos estaban listos para partir, excepto Hitoshi que continuaba negándose a asistir.

Emma decidió intentar convencerlo, subió las escaleras y tocó a su puerta.

Hitoshi abrió segundos después, permaneció unos instantes petrificado, ella sonrió pensando que a él le agradaba su aspecto, llevaba un hermoso *Yukata* con motivos florales y Yumiko la había peinado al estilo japonés con delicados adornos, el maquillaje también a tono con la ocasión.

—¿Acaso hablé en japonés? No iré al estúpido festival, aléjate de inmediato de mi vista —dijo Hitoshi con dientes apretados.

Emma retrocedió espantada al ver su parca reacción, corrió escaleras abajo y no se detuvo hasta estar fuera de la propiedad. Yumiko y Kai salieron presurosos tras ella sin comprender lo que sucedía.

Cuando los hermanos la alcanzaron, Emma les explicó la reacción tan extraña de Hitoshi. Estaba sorprendida y molesta, después de cómo se comportó en la mañana no imaginaba recibir semejante trato de su parte.

A Emma le costó entrar en el ambiente alegre del inicio del festival,

después de la mañana tan bella y la breve conversación en realidad pensó que podría convencerlo y pasar un agradable momento todos juntos.

—Sea lo que sea, pasará. Él te aprecia mucho —murmuró Kai a su lado—. Sé paciente, por favor, ha estado solo mucho más tiempo del que debería y estas fechas lo perturban un poco.

Los jóvenes estaban a punto de explicar más profundamente la terrible reacción de su hermano mayor cuando una voz los detuvo.

—¡Emma!

Los tres se detuvieron, Emma con la ilusión de que fuera Hitoshi, descubriendo al voltear que era Takumi. A Kai le causó un terrible desagrado que él la tratara de manera tan informal.

—Qué casualidad tan maravillosa —dijo Takumi a modo de saludo—. Permítanme acompañarlos.

—Por supuesto, eres bienvenido —respondió Emma.

Debió recomponer su expresión a una más amistosa luego de la decepción inicial.

Ella pensó que sería muy agradable tener un comportamiento similar de parte de Hitoshi, aun sabiendo que no era de ese tipo.

Kai se sentía cada vez más frustrado, Nakamura intentaba en todo momento apartar a Emma de su lado, y lo peor era que parecía que ella no lo notaba porque cada vez estaba más a gusto en su compañía. Claramente intentaba refugiarse en la simpatía de él luego del maltrato de Hitoshi.

Cuando llegaron al camino principal para ir a presenciar el *gozan no okubiri*, un símbolo *kanji* en la colina encendido con fuego, se toparon con una multitud de habitantes y turistas.

—Permíteme tomar tu mano, no quiero perderte entre la multitud —dijo Takumi, aprovechando el gentío.

—Oh, por favor, que patético —dijo Kai, haciéndose oír por ambos.

Emma estaba tan deseosa de olvidar el mal momento que le había hecho pasar Hitoshi, que entregó por completo su atención a Takumi.

Aún faltaba tiempo para que comience, Kai se ofreció a ir por bebidas y de camino envió un texto a Hitoshi.

Unos minutos después de que Kai regresara junto al grupo, él y Yumiko vieron que Nakamura le susurró algo al oído a Emma, a lo que ella asintió.

—Muchachos, aquí nos separamos —gritó Takumi desde unos metros delante.

Emma y él saludaron con la mano y comenzaron a correr. Los hermanos quedaron perplejos.

Kai y Yumiko se apresuraron a seguirlos hasta que pudieron unírseles nuevamente en el puente sobre el río *Kamo*, donde la pareja los recibió entre risas.

Hitoshi azotó la puerta después de que los oyó alejarse, al ver a Emma por completo como una mujer japonesa, peinado, ropa, incluso sus zapatos, la sorpresa le había hecho ver el rostro de Ayame.

Estaba cansado de que Ayame continuara atormentándolo. La culpa que había sentido después del accidente. Cuando le informaron que su esposa estaba encinta. Enterarse de la terrible verdad poco después. Le dolió su muerte, aunque no era el dolor desgarrador que las personas parecían sentir al perder a la pareja con la que se supone pasarían el resto de su vida.

Había intentado amarla, había decidido poner todo su empeño en salvar su matrimonio después de que ella lo llamara un día informándole que quería el divorcio. Suspendió su gira y regresó para enterarse que Ayame estaba al borde de la muerte por un accidente de tránsito horas antes.

Se sintió el ser más bajo porque muchas veces tuvo que imaginarse estar con Emma para poder cumplir con su labor de esposo, había hecho de la vida de Ayame un infierno y debía pagar, esa situación le creó un bloqueo que lo privó de la música que aliviaba su alma.

Y nada menos que la carta del hombre que odiaba había mitigado ese

dolor. También la presencia de Emma, tan compasiva y amable como la recordaba, solo que mucho más hermosa.

Entre el torbellino de sus pensamientos, Hitoshi intentaba centrar su atención en una película que veía en televisión cuando el sonido del móvil lo terminó de convencer de que no podría lograrlo.

*«Nakamura se nos ha unido, se dirige a Emma con demasiada familiaridad y la lleva de la mano. ¿Qué demonios esperas? Veremos los fuegos desde el puente sobre el río Kamo».*

La locuacidad de su hermano era apabullante.

Después de la manera en que había despedido a Emma, no tenía idea de cómo mirarla a la cara otra vez. Menos aun si Nakamura estaba presente.

Se vistió con una camiseta negra al cuerpo, pantalones y zapatos deportivos. Hacía mucho tiempo que no se dejaba ver de ese modo tan informal, de momento no podía permitirse perder tiempo en algo tan superfluo como la vestimenta.

Se subió a su auto y se acercó lo más que pudo al lugar indicado por Kai. Al integrarse en medio del gentío los pudo observar acodados en el barandal mientras la tarde caía.

Emma miraba el agua mientras conversaba con Nakamura, demasiado cerca según el gusto de Kai que miraba con odio al hombre.

—¿Verán el espectáculo desde aquí? —preguntó Hitoshi a su espalda.

El corazón de Emma dio un respingo al oír esa voz, al instante se recordó a sí misma que él la había ofendido y no debía ceder con tanta facilidad.

—Tengo acceso a un lugar mejor —dijo él, sonriendo—. Acompañenme.

Yumiko se colgó feliz del brazo de su hermano y comenzaron a andar. Takumi volvió a tomar de la mano a Emma, quien lo aceptó como la cosa más natural del mundo, la adolescente pudo sentir en ese instante como el brazo de su hermano se tensaba.

Al llegar al coche de Hitoshi, Kai se ofreció a alcanzarlos en el lugar de destino, debido a que Takumi no se quería apartar de Emma eran demasiados para un solo vehículo.

—Mi coche no está lejos —dijo Takumi sonriendo—. Emma, ven conmigo y seguiremos a Hitoshi en él.

—De acuerdo —aceptó Emma con amabilidad.

—Iré con Emma —anunció Yumiko con su habitual dulzura.

La sonrisa triunfal de Takumi se desdibujó un poco. Kai estuvo feliz de que al fin su hermana lo ayudara.

Emma rio ante la intromisión, quién podría negarle algo a Yumiko cuando se comportaba de esa forma tan adorable, pensó.

Hitoshi y Kai emprendieron la marcha, poco después los seguía Takumi de cerca.

—Por tu aspecto, noto que saliste apresurado —meditó Kai en voz alta—. Te he visto actuar por impulso más veces en una semana que en los últimos diez años.

—No intentes analizarme —advirtió Hitoshi con una media sonrisa.

Se detuvo frente a la universidad de Kioto, Yumiko bajó del auto de Takumi cantando, lo había hecho durante todo el viaje para evitar que sus acompañantes pudieran hablar.

Hitoshi fue recibido efusivamente y le abrieron el camino a la azotea. Llegaron a las ocho en punto, cuando la primera fogata era encendida.

Emma estaba de pie, Hitoshi a un lado y Kai del otro, le habían ganado la posición a Takumi gracias a que Yumiko lo había distraído por un momento.

Hitoshi tomó la mano de Emma con disimulo mientras el fuego se expandía en la primera colina formando el primer símbolo. Una a una las figuras se fueron encendiendo.

Las estrellas brillaban con fuerza y todo lo que la rodeaba era hermoso, pero Emma solo podía percibir la cálida mano de Hitoshi sosteniendo la suya.



Él se estaba disculpando a su manera. Sin embargo, ella decidió que no era suficiente, no podía eliminar de su memoria la temerosa expresión de su rostro al hablarle. Luchando consigo misma quitó su mano de la agradable tibieza.

Takumi se sentía inquieto, la proximidad de Emma y Hitoshi lo perturbaba, se repetía una y otra vez que lo importante era que ella no trabajara, no afectaba quién la distrajera mientras alguien lo hiciera, y sin saberlo, Kurosawa lo estaba ayudando.

Cuando el fuego comenzaba a extinguirse, Takumi se acercó a Emma.

—Ha sido maravillo compartir este momento junto a ustedes —dijo Takumi exagerando un poco sus sentimientos—. Emma, permite que te lleve a casa de Hitoshi.

Yumiko estaba a punto de intervenir de nuevo cuando su hermano mayor la detuvo colocando una mano en su hombro, silenciándola. Hitoshi quería saber qué diría Emma, aunque sabía que estaba en amplia desventaja.

Emma aceptó la invitación de Takumi.

Hitoshi se despidió y ofreció llevar a sus hermanos, que aceptaron sin poder creer lo que acababa de suceder.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Qué te sucede? —preguntó Kai apenas se puso el coche en marcha—. Yumiko estaba a punto de intervenir.

—Emma debe elegir por sí misma —respondió Hitoshi con calma—. Ha vivido para otras personas por demasiado tiempo, es hora de que haga su voluntad.

Yumiko lloraba en silencio otra vez por el dolor de su hermano.

Kai también comprendió el sacrificio que acababa de hacer él, de modo que no volvió a hablar sobre el tema.

Takumi se dirigió a un restaurante sin consultar con Emma, lo que la molestó un poco. Estaba cansada por el caluroso día y la amalgama de emociones que había sufrido.

—Necesitas alimentarte, te ves cansada —comentó Takumi al notarla

distante—. ¿Has trabajado mucho estos días?

—No tanto como hubiese querido —respondió relajándose ante la preocupación de él.

—Recuerda que tu salud esta primero, no debes agotarte —aconsejó con una sonrisa.

Emma lo observó con detenimiento, era un hombre apuesto y la sonrisa fácil atenuaba lo filoso de su mirada. Además, tenía lo que ella llamaba «cejas malvadas», no tan gruesas y elevándose un poco en el extremo final. Los ojos color caoba miraban fijamente, como traspasando hasta el alma, y debajo del izquierdo tenía un pequeño lunar que lo hacía único.

—¿Por qué tan pensativa? —La distrajo Takumi, olvidando el personaje que había montado—. La aparición de Hitoshi te ha perturbado.

—Nada de eso —dijo Emma, sonriendo.

—Me gustaría saber más de ti —confesó él—. Eres un misterio para mí.

—Y tú para mí —dijo Emma—. Hitoshi no parece ser tu amigo como afirmabas.

Takumi se vio acorralado y se reprendió mentalmente por haberse descuidado.

—De acuerdo, eso no es del todo cierto —confesó—. Es verdad que nos conocemos de niños, sin embargo nunca congeniamos. Quería que confiaras en mí para convertirnos en amigos.

—No vuelvas a mentirme —advirtió Emma con seriedad.

Takumi asintió y guardó silencio, esa muestra de carácter no le agradó en lo absoluto, le había dado la impresión de ser una mujer dócil y manejable, al parecer esa era solo una máscara.

—Estas cansada —afirmó Takumi al terminar la incómoda cena—. Te llevaré para que descanses.

Al llegar a la casa de Hitoshi, le abrió la puerta del coche, como era habitual. Takumi sabía que tenía que presionar antes de que fuera tarde.

Cuando iban a despedirse, Takumi le dio un suave beso en los labios. Emma se apartó de inmediato.

—Lo lamento, no pude controlarme —dijo Takumi, simulando arrepentimiento—. Por favor, perdóname.

—Finjamos que nunca sucedió —dijo Emma.

Se despidió y entró a la casa, estaba demasiado agotada para analizar la situación en ese momento, por ahora no lo pensaría demasiado.

## 9

Como habían concordado, Takumi y Emma no volvieron a hablar sobre el beso. En cambio, disfrutaron juntos del ambiente de fiesta que continuaba, paseando o simplemente disfrutando alguna comida juntos.

Por su parte, Hitoshi apenas sabía de Emma, permanecía recluso en su habitación deseando que el mes acabase. Necesitaba volver a su vida, intentar recuperar su don con la música. Muchas dudas se habían aclarado gracias a que Emma había cumplido con la voluntad de su padre, muchas culpas habían sido eliminadas, aunque todavía le tenía rencor a Mark Reed, y eso se interpondría siempre entre él y su amiga.

—*Onii-san*. ¿Vendrás al *bon-odori* con nosotros? —preguntó Yumiko a través de la puerta.

La danza del *bon-odori* se llevaba a cabo al final del *Obon*, a Emma con seguridad le encantaría, pensó Hitoshi, por eso esta vez estaba listo, salió de su habitación vistiendo un pantalón negro y una camiseta del mismo color, había advertido que cuando vestía de negro, atraía más su atención.

Yumiko se sentía tan feliz de que al fin se notara un cambio en su hermano mayor que bajó dando brincos la escalera, al llegar abajo y reunirse con Kai, Hitoshi notó que su hermano estaba solo.

—Emma se fue más temprano con Nakamura —informó Kai—. Mencionó que más tarde nos reuniríamos.

Hitoshi asintió y no dijo nada más en el camino, sin embargo, estaba visiblemente perturbado. Kai debió incluso obligarlo a detenerse para que él condujera, estuvo a punto de pasarse una luz roja de tan distraído que iba.

Cuando llegaron, la gente ya estaba arremolinándose alrededor de las torres decoradas con telas de franjas blancas y rojas, caminando bajo los farolillos de papel.

Los minutos se convirtieron en horas y Emma seguía sin contactarse con ellos. Al final pudieron verla en medio de la danza, riendo junto a Takumi. Los hermanos menores miraron con preocupación a Hitoshi, que a juzgar por la forma que tomó su mandíbula, apretaba los dientes con fuerza. Pese a que los tambores *taiko* sonaban alegremente siguiendo la música, él había dejado de escuchar, tenía una terrible sensación de derrota.

Hitoshi estaba a punto de marcharse cuando una mujer lo detuvo. Kai y Yumiko se miraron perplejos.

—¡Kurosawa!

—Mei, qué gusto verte —saludó Hitoshi, recomponiéndose del disgusto—. Creí que vivías en Estados Unidos.

—Así es, regresé hace poco tiempo para tomar unas vacaciones —dijo ella besando su mejilla—. Bailemos.

Mei lo tomó de la mano y lo llevó hacia la gente, pronto se integraron al grupo y reían como todas las demás personas.

—¿Qué demonios acaba de suceder? —dijo Kai, sorprendido.

Yumiko se encogió de hombros, tan asombrada como su hermano.

Emma al fin localizó a Kai y a Yumiko y se dirigió hacia ellos. Takumi maldijo por dentro, había estado evadiéndolos hasta el momento, pero esta vez, ella los había visto primero.

—Al fin los encontramos —dijo feliz—. Los hemos buscado toda la noche.

Kai intentó distraerla invitándolos a comer, sin embargo, Takumi había seguido su mirada y pudo ver a Hitoshi.

—Mira Emma —dijo atrayendo su atención—. ¿Acaso no es Hitoshi? Y mira que feliz se lo ve. Y bailando. Vaya, al fin demuestra interés en una mujer.

Kai lo miró con odio a lo que Nakamura respondió con una sonrisa malévola.

Emma permaneció unos minutos observando a la feliz pareja, ella se

veía como de su edad, era muy hermosa y tenía pronunciadas curvas que el yukata no hacía más que delatar, mientras ella se sentía como una tabla envuelta en una tela. Deseó con toda su alma haberse puesto otro atuendo.

—Me alegra que disfrute el baile —dijo a Kai con una sonrisa fingida—. Vayamos a comer algo. Muero de hambre por haberme divertido tanto.

Yumiko miró con tristeza a Kai y la siguieron.

Cuando estaban a punto de terminar de cenar, el móvil de Kai recibió un texto, él lo leyó ceñudo.

—Hitoshi se marchó con su amiga —explicó—. Tendremos que volver solos.

—Si Yumiko promete no cantar durante todo el viaje, pueden venir con Emma y conmigo —bromeó Takumi.

—Lo prometo —dijo Yumiko, riendo.

Kai supo que Nakamura le había simpatizado a Yumiko. En realidad, no entendía cómo estaba actuando su hermano.

Los cuatro disfrutaron de un momento de distensión, incluso Kai se permitió bromear. Regresaron tarde a la casa y Hitoshi aún no había vuelto.

Emma fingió no darle importancia, pero permaneció en el estudio de música de él con la puerta abierta, así podría verlo llegar, y si llegaba solo, pensó molesta.

Cerca de las tres de la madrugada, Emma estaba a punto de quedarse dormida sobre el piano cuando oyó la puerta de entrada.

Hitoshi al entrar vio luz en su estudio y se dirigió allí.

Al atravesar la entrada se golpeó el hombro con el marco de la puerta.

—Bebiste —afirmó Emma, sin inflexión en la voz.

—Algo. Recordaba viejos tiempos con Mei, nuestra primera infancia y cuando regresé a Japón hice algunas colaboraciones junto a ella para la universidad de Kioto, por eso me permitieron entrar para ver el espectáculo —dijo apresuradamente.

—No me debes explicaciones —dijo Emma con tranquilidad—. Me alegra que pasaras un momento agradable. Mei es una mujer muy hermosa.

—No más que tú —dijo Hitoshi.

Intentó apoyarse en el piano, sin embargo su mano pasó fuera del borde. Aunque perdió el equilibrio unos segundos, pronto lo recuperó.

—Te ayudaré a subir las escaleras —ofreció Emma con una sonrisa.

Él asintió.

Emma apagó las luces del estudio y lo abrazó por la cintura, él pasó el brazo sobre sus delicados hombros.

—Te encuentras muy delgada —mencionó Hitoshi.

—Siempre fui delgada —dijo Emma con una sonrisa.

—Lo sé. —Hitoshi sentía el calor aumentado entre sus cuerpos—. Recuerdo la sensación al abrazarte.

—¿Insinúas que no te gustaba abrazarme? —bromeó Emma.

—Era mi lugar favorito en el mundo, entre tus brazos —confesó Hitoshi con voz grave al llegar a lo alto de la escalera—. Quisiera saber si todavía lo es.

Hitoshi la tomó entre sus brazos. Emma intentó zafarse sin mucha convicción, cediendo al final ante sus propios deseos, abrazándolo también.

Él buscó sus labios en silencio y la besó. Un beso profundo, delicioso.

Hitoshi se movió, con lentos pasos la llevaba a su habitación sin separar su boca de la de ella. Atravesó el saloncito y traspasó las puertas del dormitorio, se detuvo allí y la besó por unos instantes más.

Se separó, tomándola de la mano se dirigió a la cama donde se recostó y la atrajo hacia él.

Tomó su rostro y la besó de nuevo, de manera devastadoramente sensual, aunque al instante se detuvo y la abrazó.

—Aún no —murmuró Hitoshi, permaneciendo inmóvil.

Emma sintió la pesada respiración regular y supo que él se había dormido, estaba más borracho de lo que le había parecido en un principio.

Con el rítmico movimiento de su pecho subiendo y bajando, ella también comenzó a adormilarse. Se prometió que disfrutaría solo unos minutos y luego se iría.

Emma despertó sobresaltada, observó a su alrededor y respiró tranquila al ver que aún no había amanecido. Hitoshi continuaba abrazándola. Con cuidado se liberó, él hizo algo parecido a un gruñido al notarse solo, pero continuó durmiendo.

Se acostó en su cama y se abrazó a sí misma intentando retener la tibieza que los brazos de Hitoshi habían dejado a su alrededor.

Por la mañana se levantó deseosa de verlo. Llegando a la cocina podía oír la conversación entre Kai y Yumiko.

—¿Qué demonios le sucede? —comentaba Kai, enojado—. Esa mujer lo llama y sale corriendo.

—Ni siquiera nos dijo a qué hora regresaría —Yumiko mostraba su molestia con un mohín.

Ambos enmudecieron al ver a Emma entrar y servirse una taza de café.

—No hagan eso, por favor —pidió Emma, dolida—. Puedo soportarlo, lo que importa es que Hitoshi encuentre la felicidad.

Yumiko se disculpó y salió, estaba a punto de llorar y no quería hacer sentir peor a Emma.

Kai le ofreció en silencio un panecillo a Emma. Era la primera vez que no sabía qué decirle porque no comprendía cómo actuaba su hermano.

Esa misma tarde, Hitoshi se presentó con Mei en la casa para presentarla a sus hermanos y a Emma.

—Mei, él es mi hermano Kai y ella mi hermana Yumiko —introdujo Hitoshi.

—Qué placer conocerlos —dijo con una deslumbrante sonrisa la elegante mujer.



—Ella es Emma Reed, mi antigua compañera y amiga del Royal College —continuó Hitoshi.

—La famosa Emma Reed —mencionó Mei—. Es un enorme gusto conocerte, aunque te imaginé de otra manera.

Mei dijo las últimas palabras con expresión de estar oliendo algo en mal estado. Emma la ignoró.

—Gracias, es un placer conocerte a ti también —respondió Emma con educación— ¿Por qué famosa?

—Hitoshi me habló mucho de tu talento mientras trabajamos juntos, aunque al hablar de tu aspecto no fue de lo más sincero —aclaró Mei con exagerada dulzura y siendo ambigua de manera intencional.

Kai notaba como sus ojos se volvían fríos al ver a Emma, algo que ella pareció notar también al cruzarse de brazos de manera instintiva, la mala predisposición de Mei fue evidente. Hitoshi estaba demasiado avergonzado por la revelación de su interés por Emma como para ver más allá de sus sentimientos, pensó con diversión.

## 10

En los días siguientes, los papeles parecían haberse invertido, Hitoshi pasaba su tiempo fuera con Mei, mientras Emma permanecía en la casa,

encerrada en el estudio.

Una tarde, Kai decidió visitarla y llevarle una bebida en la calurosa tarde.

—¿Has avanzado con tus composiciones? —preguntó él, tendiéndole un vaso de delicioso jugo natural.

—Para nada —respondió Emma con tristeza—. No he podido escribir o tocar nada que tenga sentido.

—¿Tiene algo que ver con las repentinas salidas de Hitoshi? —aventuró Kai.

—Quiero que sea feliz, eso es lo que importa. —Emma desvió su brillante mirada.

—¿Recuerdas cuando dije que Emma Reed fue odiada sin saberlo? —reveló Kai—. Una de las mujeres que te odió fue Mei. Hitoshi no la vio como mujer entonces, ni más tarde cuando trabajaron juntos. ¿Por qué lo haría ahora que estas frente a él? Escuchaste lo que Mei dijo, él le habló de ti.

Emma guardó silencio, recordando el beso que él le había dado la noche en que volvió después de beber con Mei. Él había dicho «aún no». Continuaba preguntándose a qué se había referido.

—Quisiera que él nunca hubiera regresado a Japón —sollozó Emma.

Yumiko se les unió y abrazó a Emma, ya la sentía como parte de la familia.

—Es un mes difícil para él —intercedió Yumiko a favor de su hermano—. El tercer día de agosto es el aniversario de muerte de su madre, y el veinticinco, el de Ayame.

—Ambas muertes lo tomaron por sorpresa —intervino Kai—. Le ocultaron la enfermedad de su madre y él se culpa por no haberla ayudado más el último tiempo, le guarda mucho rencor a nuestro padre por ese motivo.

—Después el accidente de Ayame durante una de sus giras y luego su muerte —suspiró Yumiko—. Y por supuesto su hijo que venía en camino.

Kai la miró furioso, Emma se deshizo del abrazo.

—¿Ayame estaba esperando un hijo de Hitoshi? —preguntó Emma sintiendo una punzada en el pecho.

—Él lo supo a través de los doctores —aclaró Kai, deseando golpear a su hermana menor—. Ayame aun no le había dado la noticia.

—Ha sufrido tanto —lamentó Emma—. Qué insensible he sido, le he fallado como amiga.

—Ten paciencia, desde que llegaste ha mejorado mucho, continúa como hasta ahora y él sanará —dijo Kai meditabundo.

—Por favor, no le digan a Hitoshi sobre mis sentimientos —rogó Emma, avergonzada.

Yumiko y Kai se miraron, dudando de comprometerse a guardar silencio sobre ese tema.

—Por favor... —repitió Emma.

Los hermanos asintieron a desgana.

Emma se sintió aliviada de que los hermanos la entendieran. Deseosa por olvidar esa triste verdad al menos por un momento, aceptó una invitación de Takumi para ir por un helado.

—¿En realidad cumpliremos la promesa? —preguntó Yumiko con tristeza—. Es muy posible que Hitoshi sienta lo mismo que ella, deberíamos decirle.

—Emma confía en nosotros, le hemos dado nuestra palabra de no revelar sus sentimientos —dijo Kai, solemne—. Por otro lado, no nos prohibió intervenir.

Yumiko dio pequeños saltos y palmadas silenciosas.

—Necesito pensar un plan, aunque ahora es más difícil, la presencia de Mei suma muchas variables...

—Kai, eres una mente maestra —dijo feliz Yumiko.

Emma caminaba junto a Takumi, él la distraía de la indiferencia de

Hitoshi y de sus propios errores por no conocer su historia reciente en detalle. Él no había vuelto a ayudarla en la música por dedicar su tiempo a Mei, de la que parecía cada vez más cercano más cercano.

Quería hacer que él volviera a interesarse en el piano como cuando era un adolescente, sin embargo no encontraba la manera. Se sentía frustrada a tal punto que también había dejado de componer, cada cosa que creaba le sonaba a basura.

En ese caluroso atardecer, Emma sentía deseos de correr y arrojarse a los brazos de Hitoshi, la conversación con sus hermanos la había sensibilizado, decidió retener sus impulsos y dejar que Takumi la distrajera.

Visitaron nuevamente el Camino del Filósofo en busca de aire fresco.

—Emma, he guardado silencio por respeto. —Comenzó Takumi—. Desde que nos conocimos, no he podido alejarte de mis pensamientos. Sé que esperas a Kurosawa, sin embargo, me encuentro en la obligación de decirte algunas cosas que de seguro no van a gustarte.

—No creo que haya nada tan terrible sobre él, soy su amiga y solo eso, y mientras sienta que necesita a un amigo, no me alejaré de él —aclaró Emma a modo de advertencia.

—Escúchame y juzga por ti misma, solo eso pido. —Takumi respiró profundo y continuó—. Hitoshi hace mucho tiempo que perdió el talento de componer, lo sabes. Todas mis alarmas se encendieron el día que me dieron una muestra de su talento, según entendí, él tomó tus nuevas partituras y agregó su música, por supuesto sonaba maravillosa interpretada con su piano, pero fue tu creación.

—¿Qué estas insinuando? —preguntó Emma, comenzando a enfurecer.

—No insinúo nada, me preocupo por ti —corrigió él—. Te aconsejo que tengas cuidado de que no se adueñe de tus creaciones. Esta acabado en el mundo de la música y se aferrará a lo que sea para volver a tener popularidad.

—Veo por esos comentarios malintencionados que lo conoces muy poco —dijo haciendo ademanes con la mano derecha—. No lo excusaré delante de ti, no porque no tenga forma, sino porque tú no lo mereces.

—No pretendía ofenderte, ni a él —agregó Takumi al ver que su idea fracasaba—. Lo único que pretendo es que estés prevenida. Él ha cambiado mucho desde su juventud.

—¿Y tú qué demonios sabes? —dijo Emma desatando su mal genio—. Ni siquiera eres su amigo, ¿qué podrías saber de su carácter?

—Emma, lamento si herí tus sentimientos, yo...

—¡No me interesa lo que tengas para decir! —Bajando un poco la voz, continuó—. Vete, regresaré sola.

Takumi quiso sujetarla del brazo para calmarla, había algunas parejas caminando que miraron con curiosidad ante el tono fuerte de Emma, ella soltó su brazo con un fuerte tirón, humillándolo por segunda vez.

—Bien, si deseas quedarte sola, hazlo —dijo Takumi molesto—. Suerte en el regreso.

Emma caminó unos metros y tomó asiento, cada vez había menos gente en el camino y la noche iba cayendo. Cuando su enojo se extinguió, recordó que no sabía cómo regresar y además le daba miedo caminar de noche sola por las calles que no conocía, había leído sobre aterradoras leyendas urbanas japonesas, como la mujer que había cortado los lados de su boca con unas tijeras y les preguntaba a los transeúntes si la encontraban bella, matándolos sin importar su respuesta.

Espantada con sus propios pensamientos, tomó su móvil para marcar a Hitoshi, pero estaba apagado de nuevo y por mucho que intentó no logró encenderlo. Por primera vez se cuestionó no haberlo cambiado.

Hitoshi deambulaba por la casa, sus hermanos le habían dicho preocupados que Emma había salido hacía horas y todavía no regresaba.

—Podrías llamarla a su móvil —sugirió Kai ante su nerviosismo.

—Creí haberte explicado que ella debe tener su espacio para elegir por sí misma —recordó Hitoshi.

—No estarías quitándole el espacio, estarías demostrándole que te preocupa —dijo Yumiko con tono práctico—. A las chicas nos gusta eso.

Hitoshi tomó su teléfono y le marcó a Emma.

—El maldito móvil está apagado —anunció después del cuarto intento.

En ese momento sonó el móvil de Kai, atendió la llamada y con el rostro enrojeciendo de rabia le tendió el teléfono a Hitoshi.

—¿Quién habla? —preguntó.

—Soy Nakamura —respondió confundido de que Kai le hubiera pasado la llamada—. Le he preguntado a tu hermano si Emma regresó bien. Tuvimos una discusión y me pidió que me retirara.

El semblante de Hitoshi se transfiguró al instante.

—Emma estaba contigo, maldito imbécil —dijo con dientes apretados—. ¿Estás diciendo que la dejaste sola en un sitio que no conoce, donde no habla el idioma y además esperas a que caiga la noche para preguntar?

—No te preocupes, ahora voy por ella, solo hice lo que ella me pidió.  
—Se defendió Takumi.

—Yo iré por Emma —rugió Hitoshi con su voz grave—. ¿Dónde demonios la dejaste?

Después de oír la respuesta le lanzó el teléfono a su hermano y se marchó en su auto. La preocupación le formaba un nudo en la garganta.

De camino había intentado comunicarse de nuevo, pero tampoco había tenido éxito.

Al llegar bajó de su coche y emprendió el camino. Se encontraba bastante solitario, su preocupación iba en aumento.

Recorrió varios metros hasta que al fin la vio, sentada en un banco de piedra intentando encender ese destartado móvil. Al acercarse notó que lloraba calladamente.

—Emma —dijo cuando estaba a algunos pasos de ella—. ¿Te encuentras bien?

Ella levantó el rostro surcado por las lágrimas y sonrió.

—Ven aquí —dijo él, abriendo sus brazos.

Estaba tan aliviado de verla sana y salva que por un momento sus piernas se aflojaron y debió quedarse quieto en su sitio. Emma no dudó ni un segundo y se refugió en sus brazos.

Permanecieron unidos en esa posición por unos minutos, Emma lloraba desconsolada contra su cuello mientras él trazaba lentos círculos con una mano en su espalda.

—¿Alguien te ha hecho algo? —preguntó él con preocupación al ver que no se calmaba.

Emma negó con la cabeza y comenzó a tranquilizarse. Hitoshi le dio un pañuelo y la acompañó a sentarse al sitio donde la había encontrado.

—Me has dado el susto de mi vida —confesó Hitoshi—. Estaba muy preocupado.

—Lo siento —dijo ella—. Estabas en lo cierto sobre mi móvil. Intenté comunicarme contigo y no logré encenderlo.

—Te compraremos otro —dijo con una sonrisa—. Prometí a tu padre que te cuidaría, él agradecería que ya dejaras ese derruido aparato.

—No puedo creer que mi padre te hiciera prometer que me cuidarías y luego nos alejara como lo hizo —dijo ella, por fin tranquila—. ¿Cuándo hiciste la promesa?

Emma preguntó con curiosidad y apoyo la cabeza sobre el hombro de Hitoshi.

—Fue luego de que cayera por las escaleras, yo aún era joven y te veía como a una hermanita —comentó con nostalgia.

—Lo recuerdo, era un hombre muy distraído, tenía accidentes a menudo —dijo Emma.

—Por eso estaba muy preocupado por ti. Temía que si a él le sucedía algo tú quedaras sola —dijo Hitoshi recordando ese momento en el hospital—. Me hizo jurar por mis antepasados que cuidaría de ti. Y lo hice encantado.

Hitoshi dijo las últimas palabras volteando para verla, sus rostros estaban a milímetros.

—Lamento haberte dejado de la manera en que lo hice —dijo él.

Emma levantó su cabeza y lo besó. Hitoshi disfrutó del leve contacto un instante y luego se apartó con delicadeza.

—Lo siento. —Emma sentía de nuevo el escozor de las lágrimas, sin embargo se obligó a sonreír—. Me he dejado llevar por el agradecimiento, en realidad me estaba asustando por haberme quedado sola.

Emma se reprochó todo el camino de regreso haberlo besado. Al sentir su reacción tan fría, imaginó que debía tener algún tipo de relación con Mei. Se apartaría a pesar de su amor por él, que fuera feliz era lo más importante para ella.

En los días sucesivos, cada vez que Yumiko veía a Kai por la casa, preguntaba si ya había ideado un plan. Kai insistía en que ya no lo hiciera o se meterían en problemas, ella no se detuvo, de modo que el día temido llegó.

Se encontraron al cruzar la sala de estar.

—¿Y el plan? —preguntó Yumiko comenzando a perder la paciencia.

—¿Qué plan? —dijo Hitoshi a su espalda.

—¿No has salido con Mei? —intentó distraerlo Yumiko.

—Obviamente no debido a que estoy aquí de pie —dijo con las manos en los bolsillos—. De qué plan hablas. ¿Plan para qué?

Kai estaba ahora bajo el escrutinio de su hermano mayor.

—Esta niña... —dijo Kai negando con la cabeza—. Quería sugerir unas pequeñas vacaciones. Debido a que en unos días nos marcharemos, quería que pasáramos unos días juntos en algún sitio turístico.

—¿Puedo acompañarlos? —preguntó Mei uniéndose al grupo.

Yumiko observó a Kai como si Mei acabara de decirle que quería hacer un sacrificio humano y ella era la candidata número uno.



—Hitoshi estaba mostrándome en su estudio algunas partituras que le gustaría donar a la escuela en donde trabajo —dijo Mei explicando su presencia en la casa.

—Qué bueno que has venido de visita, tú también estás invitada a venir con nosotros —mencionó Kai.

—¿A dónde irán? —dijo Emma, al bajar las escaleras.

Todos miraban a Kai que justo en ese momento recibió un mensaje muy importante.

—¿Podrías terminar tu propuesta y responder las preguntas? —dijo Hitoshi.

—Sí, lo siento, solo un segundo —dijo Kai dirigiéndose a la puerta y regresando con Takumi.

—Buenas tardes —dijo Takumi sintiéndose un poco intimidado ante la mirada de todos los presentes.

—Te pondré al corriente —comenzó Kai—. Yumiko y yo pronto volveremos a Tokio, pero antes quisiéramos dar un paseo con todos ustedes ya que se han convertido en nuestros amigos.

Yumiko al instante lo secundo con muestras de alegría, aunque no terminaba de entender la idea. Hitoshi lo observó con los ojos entrecerrados, pudo notar que su hermano tenía otras intenciones y tal vez en esta ocasión coincidiera con sus necesidades.

Mei y Takumi lo recibieron como una oportunidad única para lograr sus cometidos.

Emma le hizo la «V» de victoria a Yumiko.

—Cielos —dijo Mei, volteando los ojos.

Yumiko se apresuró a girar la mano de Emma y colocar la palma hacia afuera.

—Se considera una grosería dejar el dorso de la mano hacia afuera —susurró la adolescente.

—Lo siento —dijo Emma con una sonrisa.

—Occidentales, qué se puede esperar —dijo Mei intentando poner una nota de humor sin lograrlo.

—Creí que vivías en occidente, si te molestan tanto los occidentales no debiste marcharte —dijo Takumi, en defensa de Emma.

Hitoshi había abierto su boca, pero Nakamura habló primero, quedando como el protector de Emma.

—¿Y bien? ¿Iremos de paseo? —preguntó Kai interrumpiendo el incómodo momento.

—Cuenta conmigo —aceptó Takumi.

—¿A qué sitio iremos? —preguntó Mei.

—Que se diviertan —deseó Hitoshi, dando media vuelta y dejando a todos boquiabiertos.

—¡Onii-san! —gritó Yumiko.

Debió apresurarse para que Mei no lo abordara primero, y para ganarle le dio un pequeño empujón al pasar a su lado.

Yumiko entró detrás de su hermano al estudio y cerró la puerta con llave.

—¿No vendrás? —preguntó la adolescente—. Creímos que te gustaría pasar ese tiempo con Mei en otro sitio.

—No sé de dónde sacarían eso, solo estoy siendo cortés con ella porque me pidió que la acompañara durante sus vacaciones —dijo Hitoshi ordenando una pila de partituras viejas.

—Necesitas poner más atención a los sentimientos de las mujeres que te rodean —suspiró Yumiko.

Hitoshi se detuvo y la miró fijamente.

Yumiko llevó las dos manos a su boca, si no tenía cuidado rompería su promesa.

—¿Mujeres? —preguntó Hitoshi, de repente interesado.

—Mei, Emma, y por supuesto yo misma que estoy rogándote para que hagamos el viaje. —Intentó distraerlo.

—Tú eres una niña, muy mal criada, por cierto —suspiró Hitoshi con cansancio, no podía negarle nada—. Dile a Kai que venga a hablar conmigo, necesito saber a dónde quiere ir.

—¡Onii-san, gracias! —dijo Yumiko dándole un beso en la mejilla.

Al salir estaba Mei aguardando en la puerta, a Yumiko le recordó un buitre sobrevolando su presa.

—Ven —dijo con ternura, tomándola de la mano—. Mi hermano desea hablar con Kai para planear el viaje, bebe algo con nosotros mientras ellos deciden.

Durante la espera, el ambiente era tenso, la antipatía entre Emma y Mei era palpable, no obstante, gracias a que Yumiko estaba presente, Mei refrenaba su lengua.

Yumiko y Takumi aventuraban sitios a los que podrían ir para llenar los tensos silencios.

Kai estaba en el estudio acompañado por su hermano mayor que, sentado frente al piano, lo miraba fijamente.

—¿A dónde quieres llegar con esta idea de tomar vacaciones todos juntos? ¿No soportas a Nakamura y le allanas el camino con Emma? —Hitoshi trataba de controlar su mal genio.

—Intento obligarte a que luches por ella, no dispongo de mucho tiempo y no puedo confiar en que hagas algo después de que Yumiko y yo nos marchemos —dijo Kai sincerándose.

—No iremos en lo que resta de este maldito mes —dijo Hitoshi, cortante.

—Nosotros debemos estar en Tokio para inicios de septiembre, Yumiko comienza la escuela —dijo Kai con curiosidad ante la reacción de su hermano, que al parecer estaba cediendo.

—Será a mi modo o no será. Habla con nuestro padre, si él les permite unos días más, iremos.

Kai lo miró con odio y maldiciéndolo por dentro, tomó su móvil y se comunicó con su padre, poniendo el altavoz para que su hermano oyera.

—Padre, creo que tendremos que posponer nuestro regreso por una semana —dijo con seriedad cuando Iwao respondió—. Hitoshi se comporta como un imbécil y tememos dejarlo solo.

Hitoshi no sabía si reír o enojarse ante las palabras de su hermano.

—Bien, haré los arreglos necesarios, si la situación empeora llama sin importar la hora. Cuídalo bien, los veré pronto —respondió el padre.

Hitoshi oyó a su padre, conciso y cortante como siempre, aun así, percibió la preocupación en su voz y la rapidez con la que aceptó la demora de sus hijos menores.

—Te advertí muchas veces que nuestro padre se preocupa mucho por ti —dijo Kai, adivinando lo que pensaba Hitoshi.

—No me importa —cortó el hermano mayor—. Organiza tus vacaciones para cuando finalice el mes.

Emprendieron el viaje por la tarde del último día de agosto. Emma solo sabía que iban hacia el noroeste de Kioto. Llevaron lo necesario en pequeñas maletas para poder usar el transporte público, de ese modo, también disfrutarían Hitoshi y Takumi en lugar de conducir.

—No falta mucho para llegar —dijo Kai en el tren, develando al fin el misterio—. Visitaremos *Kibune* y *Kurama*, dos pueblos de las montañas. Veremos templos y santuarios.

—El *onsen* de Kurama —dijo Yumiko, suspirando.

—Son aguas termales —explicó Hitoshi a Emma.

—Y para los más valientes, el paseo a pie entre ambos pueblos —

anunció Kai.

—No he traído ropa deportiva. —Se quejó Mei.

—Tampoco yo —anunció Takumi—. Creo que nos perderemos esa atracción turística.

—En los pueblos hay lugares bonitos para entretenerse —mencionó Kai, cambiando el rumbo de la conversación en ese momento clave.

El primer día de septiembre por la mañana, luego de pasar la noche en un hotel, se reunieron para comenzar oficialmente las vacaciones.

—Lo primero que debería hacerse es la caminata, luego veríamos con qué continuamos, aunque las personas que participen deberían regresar aquí para disfrutar de este sitio —fingió pensar Kai—. Mei y Takumi declinaron, me temo que yo no he hecho ejercicio en mucho tiempo y prefiero no ir tampoco.

—No he dormido bien —dijo Yumiko fingiendo tristeza y conociendo el plan de su hermano—. Temo que me perderé el paseo, pero Emma desea tanto ir, odiaría que se lo perdiera.

—Hitoshi podría acompañarla —dijo Kai atento—. Sale a correr cada mañana, no tendrá inconvenientes físicos.

—No se preocupen, no quiero causar molestias —dijo Emma quitando importancia, aunque quería hacer el recorrido.

—Vayamos —dijo Hitoshi sorprendiendo a todos—. Hace tiempo deseo probarme en esa ruta.

El grupo se despidió de los que se marchaban, harían sus propios planes para pasar el día.

—Te debo una —susurró Hitoshi al pasar junto a Kai.

# 11

Hitoshi y Emma se dirigieron primero al santuario de Kibune, atraídos por las llamativas farolas rojas bordeando las escaleras. Hitoshi se dirigió a la tienda, compró dos papelillos y le tendió uno a Emma. Ella lo miró con ilusión, pero no había nada.

—Este santuario es para el dios del agua y la lluvia. El *omikuji*, ese papel revelará tu futuro al mojarse —explicó con una sonrisa al ver la decepción inicial en su rostro.

—Creo que lo mojaré en otro momento —dijo Emma, guardándolo.

Hitoshi se encogió de hombros, guardó también el suyo y se pusieron en marcha hacia la puerta llamada *Nishi no mon*, «Puerta del Oeste», situada cerca del puente rojo de Kibune para iniciar el sendero hacia Kurama.

Caminaron en silencio la primera parte del recorrido, Hitoshi no podía apartar los ojos de su acompañante, notaba en el brillo de su mirada cuánto estaba disfrutando el paisaje, la vegetación que los rodeaba los llenaba de paz. El aire se sentía limpio y fresco.

—¿En realidad querías venir? —preguntó Emma, de repente.

—¿Por qué más habría venido? —respondió Hitoshi, evasivo.

Emma le lanzó una enigmática sonrisa.

—¿Cuánto lleva recorrer este camino? —preguntó ella.

—Hora y media aproximadamente, sin contar con el tiempo que requiera visitar los templos y santuarios —respondió Hitoshi sonriendo—. ¿Ya te has cansado?

—Hagamos una carrera —dijo Emma comenzando a correr.

—Deberías guardar tus energías —gritó Hitoshi, siguiéndola.

Hitoshi corría tras ella sin esfuerzo, embelesado por el movimiento de algunas hebras de su cabello que se habían soltado de la floja trenza que siempre llevaba. Cuando estaban solos podía sentir que eran de nuevo jóvenes y nada se interponía entre ellos. En realidad, ya nada se interponía para luchar por ella, pensó, al fin agosto había terminado llevándose su agonía con él.

Emma se detuvo de repente al ver unas pequeñas estatuas.

—Son estatuas *sekibutsu* —informó Hitoshi—. Estamos cerca del templo *Okunoin Mao-den*. ¿Deseas visitarlo?

Él vio el rostro iluminado de la mujer.

—Claro que lo deseas. —Rio Hitoshi—. Sigues tan curiosa como siempre.

De camino pasaron frente a unos cedros gigantes.

—Te comportas como si nunca en tu vida hubieses visto un árbol —bromeó Hitoshi.

Emma lo miró frunciendo los labios, luego rio también.

Por ese gesto él olvidó lo que pensaba y ya no pudo distraer la atención de esa boca sensual. Se preguntó si Emma también sentiría esa tensión sexual en aumento o solo eran imaginaciones suyas debido a su gran deseo hacia ella.

—Ven aquí —dijo casi sin pensar—. Toma mi mano, las raíces son peligrosas.

Hitoshi sabía que era una excusa tonta, pero a ella no pareció importarle y entrelazó sus dedos con los de él, algo que nunca había hecho con Takumi.

El templo era pequeño, aunque muy hermoso. Su diseño típico se integraba sin esfuerzo a la naturaleza que lo rodeaba.

—¿Sigues el consejo de Nakamura? —dijo Hitoshi al verla tan silenciosa y pensativa.

De inmediato se odió a sí mismo por haber hecho un comentario tan estúpido y evocarle el rostro de su rival.

—¿Qué consejo? —preguntó Emma.

—El de inspirarte con los paisajes japoneses —dijo Hitoshi fingiendo desinterés.

—Aquí hay algo que me inspira mucho más que un paisaje —dijo Emma moviendo la mano de él que aún tenía sujeta.

Aunque se cohibió un poco por su honestidad, a Hitoshi le agradó su respuesta. Imaginaba que eso era lo que había planeado Kai y decidió que luego le agradecería el favor con algún presente.

Continuaron paseando, el siguiente fue el templo dedicado a *Fudo*, uno de los dioses budistas de la luz. Emma escuchaba atenta las explicaciones de Hitoshi, aunque se concentraba más en el movimiento de sus labios, probablemente no recordaría nada al final del día.

Pasaron por la roca *Sekurabe ishi*, famosa gracias a un general samurái llamado *Minamoto Yoshitsune*.

—Cuenta su leyenda que la mítica criatura *Sejobo* lo entrenó allí —relataba Hitoshi bajo la atenta mirada de ella.

Con cada paso los amigos tomaban más confianza y sentían que la separación que habían sufrido no había sido tan extensa. En el fondo seguían siendo los mismos.

—¿Por qué nunca tomas fotografías? —preguntó Hitoshi, curioso—. Lo olvidé, tu móvil no funciona.

Ambos rieron por la broma, pero luego Hitoshi la miró alzando las cejas para que en realidad respondiera la pregunta.

—No me gustan. Después de que te marcharas a Japón y luego regresaras a Londres con una esposa, las fotografías fueron lo único que me quedó de ti, para poder ver tu rostro —dijo con sinceridad—. Más tarde la



muerte de Sophie y la partida de Richard. Descubrí que no soportaba ver esas imágenes estáticas. Prefería los recuerdos gravados en mi memoria. La tibieza de los abrazos o los sentimientos que inspiraban esos momentos llenos de dicha.

—Entiendo —dijo Hitoshi sin mencionar que él experimentaba algo parecido con las fotografías de ella.

Él se detuvo y la abrazó. No podía expresar palabras, el bloqueo que pensó que tenía solo con la música en realidad estaba en cada aspecto de su vida y ahora lo notaba con claridad.

Emma lo abrazó también, apoyando la cabeza en su pecho y sintiendo el latido de su corazón.

Hitoshi se apartó un poco y le tendió un nuevo móvil.

—No debiste —dijo Emma entre agradecida y apenada por no haberlo reemplazado ella misma—. Te devolveré el dinero.

—No te preocupes. Mi padre es propietario de una empresa que los fabrica. No es de los lanzados recientemente, pero es el más adecuado para ti. Puedes tomar apuntes para composiciones o crear grabaciones de excelente calidad —explicó Hitoshi.

—Gracias, que bello detalle —respondió conmovida tomándolo entre sus manos con sumo cuidado.

Se sonrieron y continuaron el paseo, desde ese momento caminaron sin cesar, jugaron como niños arrojándose agua, bromeando y escondiéndose del otro avanzaban y retrocedían por el camino, sintiéndose más vitales de lo que habían estado en años.

Al llegar al pueblo de Kurama volvieron a tomarse de la mano y se apaciguaron por respeto a las demás personas que disfrutaban el tranquilo lugar.

—Pareciera que encontré un mendigo en el camino y lo traje para hacer caridad. —Rio Emma.

Hitoshi estaba con la ropa desarreglada, el cabello revuelto de manera sensual y una pequeña mancha de tierra en la mejilla que seguramente se la

había hecho ella en alguna broma.

—Y tú has recorrido todo el camino con hojas de los árboles en tu cabello —respondió Hitoshi riendo.

Emma se sacudió y notando que era una mentira, lo empujó con suavidad por el hombro. La gente los observaba y se avergonzaron. Se tomaron de la mano y caminaron como si no hubiese sucedido nada.

—¿Crees que los demás se enojen si visitamos antes las aguas termales? —preguntó Emma, osada.

—Puede ser nuestro pequeño secreto —dijo Hitoshi, guiñándole un ojo—. Además, deberíamos pedir habitación, nos hemos tardado de más en el recorrido.

—De acuerdo —aprobó Emma comenzando a sentir al fin el cansancio de la caminata.

Hitoshi le dijo que esperara mientras consultaba en el hotel si había alguna habitación disponible.

—He tomado una habitación con cama doble —informó Hitoshi con cautela al regresar—. Y la he conseguido de milagro, por una cancelación de última hora.

—Fantástico —dijo Emma con nerviosismo—. Somos amigos, no habrá inconveniente en compartir una cama.

—Y créeme que no podría hacer nada, aunque lo deseara —dijo Hitoshi riendo.

Emma lo miró alzando una ceja y él comprendió su error.

—No es que no te desee, de hecho, solo he pensado en... —dijo interrumpiéndose ante lo que estaba a punto de decir.

—Olvídalo —dijo Emma, tirándolo del brazo hacia una tienda—. Deberíamos comprar algo de ropa, no hemos traído más que lo puesto.

Hitoshi se rascó la cabeza y la siguió.

Disfrutaron del *onsen* por separado debido a las reglas del lugar donde

hombres y mujeres tenían su espacio por separado y podían tomar su baño en privado para el relax sin incomodidades.

Después del baño entraron en la habitación.

—Me excedí en cuanto a la actividad física —confesó Emma.

—Me duele cada centímetro del cuerpo —dijo Hitoshi—. Enviaré un texto a Kai para decirle que nos reuniremos con ellos mañana.

Ordenaron la cena al cuarto. Al recibirla se maravillaron, no solo porque morían de hambre, sino por la variedad de platos. Diferentes comidas para que las tomaran a elección.

Emma se deleitó con los platos típicos, sintiendo cada delicioso sabor danzar en su lengua. Hitoshi, de tanto en tanto le ofrecía con sus palillos algo que no había probado y lo depositaba en su boca. Bebieron sake acompañando la comida y el alcohol, junto a lo saciados que los dejó la abundante comida, contribuyó a que les diera sueño.

Hitoshi se acostó en la cama, golpeando a su lado con la mano para que ella se acercara.

Emma obedeció mientras él estiraba el brazo ofreciéndoselo de almohada, ella apoyó la cabeza y él cubrió sus cuerpos con una manta liviana.

Ella se durmió al instante, Hitoshi acarició su cabello unos minutos y también cayó en un profundo sopor.

Kai recibió el mensaje al atardecer, cuando estaban todos reunidos en la terraza de un restaurante bebiendo algo fresco.

—Hitoshi y Emma regresarán mañana —dijo ocultando la alegría que le provocaba—. Nosotros tenemos las reservas aquí, de modo que esperaremos. Ellos han conseguido una habitación de milagro, la caminata los ha dejado extenuados.

—Te alegra, ¿verdad? —dijo Nakamura, con dientes apretados—. Lo has planeado tú.

—Vamos, no seas celoso —terció Mei—. Ya lo has oído, están extenuados. Debes confiar en tu enamorada.

Takumi recuperó el dominio de sí mismo y sonrió fingiendo que se avergonzaba.

—Es verdad, lo siento Kurosawa —dijo con esfuerzo—. Debo confesar que mis sentimientos por Emma me superan en ocasiones.

—Me preocupa que te apasionas de manera violenta —dijo Kai con seriedad.

—Muchachos, compórtense —intervino Mei de nuevo—. Ha sido un largo día y todos estamos agotados, descansemos ahora y reunámonos temprano mañana con Hitoshi y Emma para continuar el paseo. Cada quien con su pareja y todos en paz.

En silencio se dirigieron al hotel para tomar sus habitaciones. Yumiko estaba preocupada por la situación anterior, por fortuna Hitoshi regresaría al día siguiente y pondría orden.

Kai se vistió con su ropa informal y salió apresurado de nuevo. Nakamura ya le había enseñado los dientes y no confiaba en que se quedara quieto, lo tendría bien vigilado. Él y Mei actuaban como si fueran dueños de Emma y Hitoshi.

No esperó demasiado para ver que salía de su habitación. Lo siguió hasta el bar del hotel donde lo esperaba Mei. Se acercó lo más que pudo sin ser visto y ocupó una mesa cercana dándoles la espalda.

—Por poco arruinas todo con el hermano de Hitoshi —dijo Mei.

Colocó sus manos con perfecta manicura debajo de su barbilla en un gesto sensual.

—Es exasperante —dijo Takumi en su defensa—. Quiere sacarme de quicio.

—Y obviamente lo ha logrado. —Mei rio, coqueta.

—¿Me has hecho venir para burlarte de mí?

Kai escuchó como ella revisaba su bolso en busca de algo.

—Ten —dijo Mei—. Sé que intentas atrapar a Hitoshi para que trabaje para ti, esto quizás ayude a convencerlo. Esta fuga que han tenido con esa

insulsa occidental me hace pensar que no será sencillo mantenerlos alejados.

—¿Qué es? —preguntó Nakamura.

—Es algo que descubrí en el estudio de Hitoshi, conectado a una portátil, podrás verlo más tarde, ahora tengo otro tema que tratar contigo —ronroneó Mei.

Kai deseaba voltearse para descubrir qué le había entregado ella, aunque si lo hacía lo reconocerían. Decidió esperar un poco más para ver si se presentaba la ocasión de hacerlo sin que lo notaran. Por el tono de sus voces, notó que la conversación se volvía íntima.

—Sería una pena desperdiciar una oportunidad en este lugar tan encantador solo porque nuestros acompañantes iniciales nos han abandonado —dijo Mei, sugerente—. No sé tú, pero yo no soy de las mujeres que se quedan llorando a la espera de una persona que las ha rechazado.

—¿Tu habitación o la mía? —dijo Takumi, seductor.

—Cualquiera, ambas, es igual. —Rio Mei.

Kai esperó a que dejen sus asientos y los siguió, pudo ver como Takumi guardaba algo negro y pequeño en uno de sus bolsillos, sin dudas era el objeto entregado por Mei.

Justo antes de entrar a su habitación, Takumi sujetó a Mei y la apoyó junto a la puerta, la besó de manera que nadie le quedaría dudas de lo que estaban a punto de hacer, escondido a la vuelta de un corredor, les tomó una fotografía con discreción para usarla en su contra de ser necesario y se marchó, no necesitaba ver más. Le daba nauseas que dos personas que dijeran estar interesadas en otras actuaran de forma tan baja.

## 12

Emma despertó al amanecer, el sol iluminaba en tonos anaranjados la habitación, Hitoshi la abrazaba mientras continuaba durmiendo apaciblemente. Se pegó un poco más a él, temía que algo de su tibieza se perdiera.

—Si sigues empujándome, caeré de la cama —susurró Hitoshi con una sonrisa somnolienta. —¿Qué te ha despertado tan temprano?

Él abrió con esfuerzo un ojo para observarla, se veía hermosa con su cabello desordenado.

Hitoshi giró su cabeza y quedaron a milímetros de distancia. Ella acarició su rostro y él sintió que se perdía en esa placentera sensación. Cerró sus ojos un instante para memorizar ese momento. Al abrirlos colocó su mano detrás de la oreja de Emma y la atrajo hacia sus labios.

Había esperado a que pasara todo el maldito agosto, y por fin lo había hecho, era libre para pelear por ella. Hubiera odiado que recordaran un momento tan importante en el mes en que le habían sucedido tantas desgracias.

Emma sintió sus besos, ardientes y exigentes, pero con la gentileza y la entrega que había tenido siempre con ella. Lo acarició sintiendo sus fuertes músculos marcados, tan diferente del muchachito delgado a quien había entregado su virginidad. Ahora era toda una mujer, deseosa y expectante a lo

que él le ofrecería después de tantos años.

Él la besó hasta enloquecerla de placer, se alejó un poco para subirle la camiseta hasta la línea del sostén y movió sus dedos con suavidad sobre sus costillas, como acariciando las teclas de un piano, la sensación era deliciosa.

—Esta es nuestra canción —susurró Hitoshi contra su boca—. La melodía en la que hemos trabajado desde que nos conocimos hasta ahora.

Apoyó su mano completa y acarició su vientre provocando oleadas de placer a su paso.

—*Kimi wo zutto aishiteiru. Kono te wo hanasanaidekudasaide* —dijo él en un tenue murmullo.

—¿Qué significa...

Hitoshi la silenció con un apasionado beso y se colocó sobre ella. Emma sintió al fin toda la longitud del cuerpo masculino y se perdió en un torbellino de deseo.

Él se apartó un poco para controlarse, no quería que, por su apuro, ella fuera privada del placer que podía darle. Al parecer ella no opinaba lo mismo, lo abrazó y lo pegó a su suave cuerpo de nuevo.

Hitoshi rio y se deshizo del abrazo con delicadeza, se colocó de pie junto a la cama y se quitó la camisa, Emma no podía apartar la vista de la piel que se iba descubriendo, la fina y fuerte cintura, los marcados abdominales, sus perfectos pectorales.

Ella mordió su labio sin notarlo a lo que él respondió con una sensual sonrisa de lado. Siguió deshaciéndose de su vestimenta con el pantalón deportivo, revelando los poderosos muslos y las pantorrillas. Emma descubrió también que su excitación era obvia, lo que aumentó su propio deseo.

Él se sentó en la cama y la observó con una petición implícita en los ojos, era el turno de que ella se quitase la ropa.

Emma dejó la cama y caminó hasta pararse frente a él, apartando su pudor se quitó la camiseta, él estiró sus brazos y posó sus manos sobre el estómago femenino, llevando las manos hasta la delicada cintura, subiendo luego sus manos para delinear con sus dedos el suave encaje blanco del sostén.

Quitó las manos para que ella continuase, moría por descubrir qué clase de braga llevaba puesta.

Ella llevaba unos amplios pantalones de dormir, de modo que solo desató los cordeles de la cintura y la prenda cayó hasta sus pies, dejándola expuesta a la mirada de él que se tornó aún más ardiente.

Él observó la ropa interior de ella, era inocente y atrevida a la vez, blanca con detalles de encaje, de estilo pequeño y revelador. No había esperado menos de ella, aunque presentía que cualquier cosa en esa magnífica silueta se vería igual de sensual.

Hitoshi se puso de pie, sujetó su cabeza con ambas manos y la besó con más pasión que nunca, enseñándole el alcance de su deseo. Ella se aferró a su cintura, la suavidad de la piel de él la enloquecía y no podía tener sus manos quietas. Recorrió su espalda hasta sentir la tensión en los omóplatos.



Emma se soltó y se colocó a su espalda, besándola mientras sus manos recorrían el frente desde arriba hacia abajo. Él pensó que se detendría en su estómago, pero continuó provocando que soltara el aire de golpe en forma de gruñido, ella introdujo su pequeña mano en su ropa interior, sujetando con suavidad su virilidad.

Ella estaba encantada con el efecto que le había causado y a la vez se excitaba más por eso. Él le tomó la mano y la quitó.

—Ven aquí, pequeña traviesa —dijo él con voz grave.

La sentó en la cama y se quitó la ropa interior, gracias a ella le apretaba demasiado.

—Mira lo que has causado —dijo sensual y ella mordió su labio nuevamente—. Pagarás por esto.

Después de dejar que lo viera en su totalidad, se arrodilló frente a ella y le desabrochó el sostén. Emma apoyó las palmas en la cama para no caer de espaldas cuando él comenzó a succionar sus botones rosados con fruición, al tiempo que daba suaves masajes a sus senos.

Ella se aferró a su cabeza, pasando los dedos entre su cabello corto, despeinándolo.

Él dejó lo que hacía y marcó con la lengua un camino derecho hasta su ombligo, ella quiso recostarse, pero él no se lo permitió, envolviéndola con sus brazos para detenerla continuó su trayecto llegando al borde de su ropa interior.

Se detuvo y la observó, ella le devolvió la mirada brillante de ansias y deseo, él con una mano estiró hacia afuera la ropa interior y bajó su rostro.

Ella abrió sus piernas, sintiendo la sedosa invasión a la que él la exponía de manera devastadora.

—No te detengas —suspiró ella.

—No podría, aunque me lo pidieras —respondió el jadeando.

Él volvió a besar el centro femenino de Emma, enloqueciéndola.

—Por favor, detente, no puedo seguir —gimió ella.

Hitoshi se apartó al instante a pesar de su enceguedor deseo y la miró confundido. La mujer lo miraba con una sonrisa perversa.

—Solo quería comprobar si te detendrías —dijo ella de forma entrecortada.

Hitoshi sonrió de manera hambrienta, ella supo lo que tenía en mente y una oleada de placer recorrió todo su cuerpo, sintió el calor emanar entre ellos.

Él la sujetó de la cintura y la llevó consigo al centro de la cama.

—Se acabaron los juegos, Emma Reed —dijo Hitoshi con voz profunda—. No podrás volver a alejarte de mí.

Le sacó las bragas casi con reverencia, colocó las caderas entre sus muslos, acodado para sostener su peso y la besó, sintiendo su suavidad debajo se hamacó en un sensual vaivén que la hizo arder como nunca antes. Sin dejar de besarla, Hitoshi se hundió en ella en un sabroso deslizar.

Emma lo abrazó y siguió su movimiento, no apartaban sus bocas un instante, sus ojos viéndose, como temiendo que pudieran desaparecer en cualquier momento.

Sus respiraciones se mezclaban y aceleraban al mismo ritmo, al igual que cuando componían, sabían casi por instinto lo que haría el otro. Hitoshi aumentó la cadencia y ella lo siguió sin desentonar, juntos hacían una composición magnífica. Gemidos y jadeos inundaban la estancia que ardía con el calor de los cuerpos que se movían en armonía.

Hitoshi recordó la manera en la que había logrado que Emma llegara al clímax en el pasado y la imitó, apartándose un poco aceleró el ritmo y embistió más profundo y fuerte.

Emma se perdió en el placer de la visión de ese cuerpo sobre ella y las sensaciones que provocaba y se dejó llevar por él a donde quisiera llevarla.

La culminación fue repentina e intensa, entre contracciones en su interior la elevó al placer absoluto. Él sintió los temblores hasta que cesaron y salió de su cuerpo para permitirse también la liberación.

Hitoshi la abrazó en esa posición por unos minutos, se sentía incapaz de

moverse, necesitaba calmar su respiración, ella lo envolvió con sus brazos y sintió que por primera vez en mucho tiempo estaba donde pertenecía.

—Tenemos que regresar con los demás —dijo Emma con tristeza al cabo de un tiempo.

—Lo sé —dijo él levantando su cabeza y besando su abdomen—. ¿Qué tal si regresamos por el sendero para demorarnos un poco más? No quiero compartirte con Nakamura tan pronto.

—Eso suena a celos, señor Kurosawa —bromeó Emma.

—Ven aquí, estas volviéndote desvergonzada —bromeó Hitoshi ayudándola a levantarse—. Primero tomaremos una ducha.

Él abrió las llaves y acomodó el agua a la temperatura deseada, colocó a Emma bajo el chorro y la jabonó mientras le daba un suave masaje. Notó por su mirada que la estaba excitando y se alegró de que ella estuviera tan predispuesta a sus caricias.

—¿Me deseas? —suspiró él en su oído, a su espalda.

—Sí —respondió ella en una especie de gemido mientras buscaba su cuerpo.

Hitoshi la giró y la levantó, ella le envolvió la cadera con las piernas. Ni siquiera sintió la fría pared en donde la apoyó, lo único que podía sentir era el fuego que le provocaba en su interior con las sensuales embestidas. Si bien él quería contenerse, había esperado tanto tiempo poder tenerla entre sus brazos que le era imposible mantenerse quieto, necesitaba su calor, deseaba colmar todos sus sentidos para que nunca volviese a pensar en otro hombre que no fuera él.

Emma lo alentaba a hacer de ella lo que quisiera, él perdido en el frenesí de la pasión salió del baño sosteniéndola y se dirigió de nuevo a la cama. Ella tomó la posición superior, se deleitó besando la suave piel y viendo la placentera reacción de Hitoshi, siempre tan dueño de sí mismo excepto en los momentos de intimidad.

Él disfrutó un poco más de las caricias y los besos, a pesar de ello pronto necesitó tomar el control, rodó arrastrándola y la colocó bajo su

cuerpo. Se movió como sabía que a ella le encantaba y la condujo al clímax de manera experta.

Descansaron un momento para luego tomar el baño y salir.

Llevaron bebidas y algo para almorzar, solo se detendrían para eso.

Caminaron de la mano hablando tonterías. Cuando se detuvieron para tomar el refrigerio, Emma decidió tocar temas más delicados aprovechando ese ambiente distendido, sabía que al regresar era posible que Hitoshi se pusiera a la defensiva por la presencia de Takumi, con el que planeaba hablar para aclarar la situación luego de lo sucedido esa mañana.

—Después de lo que ha pasado —dijo Emma—. Creo que deberíamos hablar de ciertas cosas.

—¿Emma Reed, me rogarás que sea tu novio? —bromeó él.

—Claro que no —respondió riendo para liberar un poco de tensión—. Es solo que necesito decirte que lamento lo ocurrido a Ayame...

—Basta. —Cortó Hitoshi abandonando por completo su buen semblante—. No hablaremos de ella en este momento.

—Por favor, permíteme decir cuánto lamento lo que les sucedió a ella y a tu hijo...

Emma se detuvo de inmediato al ver la transformación de su rostro.

—¿Quién demonios te ha contado sobre el niño? —rugió furioso—. Los entrometidos de Kai y Yumiko, por supuesto.

Hitoshi se respondió a sí mismo y se levantó, sacudió las hierbas de su ropa y comenzó a alejarse, Emma juntó los objetos del almuerzo frustrado a toda prisa y corrió tras él.

—Ellos están preocupados por ti —decía Emma a espaldas de él—. Por lo que sé, te has convertido en poco menos que un espectro, entiendo que debe haber sido doloroso, pero...

—¡Ya deja de hablar de lo que no sabes, maldita sea! —dijo deteniéndose y poniendo su rostro frente al de ella—. Cierra la maldita boca.

Ella lo siguió llorando calladamente gran parte del trayecto, lo último que le había susurrado había tenido el filo asesino de una *katana*.

Al llegar, extenuados física y mentalmente, ambos evitaron al resto del grupo y se refugiaron en sus respectivas habitaciones, donde originalmente pasarían la noche. Hitoshi envió un mensaje a Kai con la hora de partida del día siguiente para que lo reenviara a los demás. Agregando que quien quisiera quedarse era libre de hacerlo.

—¿Qué sucedió? —preguntó Yumiko preocupada—. Cada uno ocupa su habitación y Emma no me permite entrar a visitarla.

—No lo sé —respondió Kai—. Algo ha salido muy mal.

—Intentaré hablar con Hitoshi —informó Yumiko—. Él siempre me escucha.

—Te deseo suerte —la despidió Kai sin esperanza.

La adolescente golpeó la puerta de su hermano mayor, y por primera vez en toda su vida, él se rehusó verla.

Pasadas las diez de la noche, Hitoshi salió a caminar, cuando regresó tomó asiento fuera del hotel. Estaba arrepentido de haber reaccionado en esa forma, todavía no podía expresarse con claridad sobre esos temas, y tarde o temprano tendría que contarle toda la verdad a Emma si quería tener con ella una convivencia feliz.

En ese momento sintió unos brazos que rodeaban su cuello y respiró agradecido.

—Emma, lo siento, debí explicarte...

Hitoshi fue silenciado por unos labios que se apoderaron de los suyos, no fue necesario verla para saber que detrás de la cortina de cabello negro ondulado se encontraba Mei. Con delicadeza la apartó jalando de uno de sus brazos.

—Mei, sabes que te veo como a una amiga y nada más que eso, lamento si en algún instante insinué que había otra intención, no fue premeditada, aunque estoy seguro de haber sido muy cuidadoso. —Hitoshi decidió ser sincero para que ella comprendiera bien.

—Lo sé —dijo Mei con sonrisa triste, sentándose a su lado—. Es solo que cuando no regresaron ayer por la noche y hace poco cuando mencionaste su nombre, supe que me ha derrotado. Quería probar el sabor de tus labios al menos una vez.

—Lo lamento —dijo Hitoshi, firme.

—Tómalo como una despedida de mis intenciones de ser algo más en tu vida que una simple amiga —sonrió Mei, sujetando una de las manos de él.

Hitoshi sonrió apenas y asintió, luego se despidió y regresó a su habitación. Estaba desilusionado, quería hablar con Emma, pero no se atrevía después de lo mal que la había tratado.

Le daría tiempo hasta haber regresado a su hogar, después le explicaría todo lo que quisiera saber, de ese modo también podría prepararse él mismo para al fin decir lo que en realidad había sucedido con Ayame. Por duro que pudiera resultar para ella, que también debía conocer el verdadero problema.

Hitoshi sabía que tendría que lidiar con algún tipo de represalia de parte de Emma, aunque imaginó que al menos ella le mostraría una distante cortesía, en cambio estaba siendo abiertamente grosera con él, e incluso con Takumi que parecía evitarla.

Mei, en cambio, a pesar de haber sido rechazada con muy poca delicadeza, se mostraba de buen humor.

Al llegar de regreso, tuvieron una fría despedida con Mei, Takumi se ofreció a escoltarla hasta su casa, deseoso de escabullirse lo más pronto posible de la rencorosa mirada de Emma, los restantes partieron hacia el hogar de Hitoshi.

Los cuatro llegaron agotados y de inmediato se refugiaron en sus habitaciones.

Emma bajó de su habitación unas horas después con todo su equipaje. Yumiko la vio un segundo antes de que abandonara la casa y no sabía cómo detenerla, se negaba a escuchar razones.

—¡Onni-san! —gritó la adolescente sin poder evitarlo.

Hitoshi y Kai se reunieron escaleras arriba, alarmados por completo por haber oído a Yumiko gritar de forma tan poco delicada. Bajaron corriendo y se encontraron con Emma y Yumiko forcejeando frente a la salida.

—¿Qué sucede? —preguntó Hitoshi, recuperándose del susto inicial.

—Emma quiere marcharse —informó Yumiko comenzando a llorar.

—Yumiko, lo siento, ya no puedo permanecer un segundo más aquí —dijo Emma lamentándose y tomando las manos de la muchacha.

—Tienes un contrato firmado con Nakamura —le recordó Hitoshi, intentando calmarla.

—Rentaré un apartamento en la ciudad —respondió Emma con sequedad.

—Emma, no puedes irte sin que intentemos comunicarnos después de lo que sucedió entre nosotros —razonó Hitoshi, intentando sujetar su mano.

Emma la retiró de un tirón, mostrándole todo el desprecio que sentía en ese momento y lo miró con rencor. Kai empujó con suavidad a su hermana para dirigirla al piso superior.

—Admito que no reaccioné de la mejor manera y no debí hablarte en el tono en que lo hice, podemos hablar sobre lo que quieras y arreglarlo —dijo Hitoshi después de que sus hermanos subieran—. Te diré lo que quieras sobre Ayame.

—Vete al demonio —cortó ella—. Seguramente fue solo otra mujer para ti, aunque cuando es conveniente te disfrazas de viudo doliente. Un matrimonio arreglado. Jamás estabas en casa con tus giras, disfrutando de tu fama internacional, probablemente yendo a bares con otras mujeres.

Hitoshi no daba crédito a sus oídos cuando oyó un sonido proveniente de la cima de la escalera. Yumiko acababa de emitir una expresión de asombro.

—¡Métanse en sus asuntos! —gritó Hitoshi sabiendo que sus hermanos espiaban.

Sujetó a Emma por la muñeca y la arrastró a su estudio, cerrando la

puerta tras de sí. Kai miró molesto a Yumiko y se marchó a su habitación. Ahora no podría enterarse de lo que sucedía, y si al fin su hermano confesaba lo que realmente había sucedido o no.

—¿Qué crees que haces? —preguntó ella un poco intimidada.

—Hablaemos, aunque no quieras —ordenó Hitoshi, herido por lo que ella había dicho—. Esta vez nos diremos las verdades a la cara.

Emma rio con sarcasmo.

—Amor mío, ¿qué te ha sucedido? Pareces otra persona —dijo él cada vez más pesaroso ante su actitud.

—No te atrevas a llamarme así en este momento, maldito mentiroso —respondió ella con los ojos anegados en lágrimas.

—¡Es la verdad! —confesó exasperado y cansado al ver cuánto sufría ella también—. ¡Te amo!

—¿También amabas a Mei ayer en la noche? —preguntó Emma arrojándole su móvil.

Hitoshi lo atrapó en el aire y observó una a una las fotografías que mostraba la pantalla. En la primera él permanecía sentado con los ojos cerrados mientras era abrazado por Mei, en la siguiente se apreciaba el beso en el momento exacto que sostenía su muñeca para alejarla, y en la última estaban sentados lado a lado sonriendo, sus manos tomadas.

—¿Quién te envió estas imágenes? —preguntó Hitoshi furioso, sabiéndose derrotado.

—¿Aun sostienes que me amas? —desafió Emma.

—Te amo, claro que sí —confirmó él—. Eso no ha cambiado desde que te besé por primera vez. Ahora dime quién envió esto.

Emma dudó de sí misma ante sus palabras y la seguridad con la que le hablaba.

—No tiene importancia quién lo hizo, solo importa que ocultaste tu relación con Mei y que no planeabas dejarla, usaste a Ayame de excusa para que tu actual novia no notara lo que había sucedido entre nosotros.



—Tú, que justificas a todas las personas que te rodean, mírate ahora siendo tan cruel conmigo después de que te confesara mi amor. ¿Es lo que Nakamura te ha enseñado? Eres completamente irracional —dijo Hitoshi—. No te preocupes, no volveré a incomodarte con mis confesiones hasta que tú vengas rendida a mis pies. Alístate para partir a Tokio con nosotros mañana, no te dejaré aquí para que ese infeliz te convierta en alguien como él.

—Takumi nunca me haría daño, me ha dicho que me ama y yo lo amo también —dijo Emma para herirlo, arrepintiéndose al instante.

—Algún día sabrás todo lo que he callado para protegerte y la clase de persona que es Nakamura. Tendrás que tragarte esas envenenadas palabras que él ha provocado —dijo Hitoshi adivinando que él había sido quien le tendió una trampa.

Emma observó a Hitoshi, ya no había enojo en su voz, solo un infinito dolor por el maltrato que ella le suministraba sin piedad. Deseó haber guardado silencio y creer ciegamente en lo que él había dicho.

Las imágenes hablaban por sí solas, esas que Takumi le había enviado diciendo que era por su bien y que lo hacía porque la amaba. Tenía que descansar su mente y pensar, ir a Tokio no era mala idea, no obstante necesitaba al menos oír una excusa.

—¿Qué hay de las fotografías? —preguntó ella, con un hilo de voz.

—Mei me tomó por sorpresa —respondió él, cansado y sin esperanzas de que le creyera—. Creí que eras tú, la aparté para explicarle que no puedo verla más que como una amiga, ella tomó mi mano y dijo que ya no volvería a intentar tener otro tipo de relación que esa.

—Invítala a desayunar mañana —pidió Emma.

—Te lo concederé porque comprendo que sea difícil creerme —aceptó él después de unos minutos, entendiendo que ella quería ver como actuaban—. A cambio te impondré la condición de que olvides lo que dije antes, ya no estoy seguro de que aun seas la mujer de la que me enamoré hace tanto tiempo.

Él salió primero y se dirigió a su cuarto. Emma se sentó frente al piano y acarició las teclas. Sus últimas palabras habían sido devastadoras, pero no

se permitiría llorar hasta saber cuál era la verdad. Kai se reunió con ella unos minutos después, sin hablarle le ofreció su móvil para que pudiera ver una imagen.

—Es de la noche que no regresaron luego de la caminata —dijo Kai—. Pese a que pensaba guardarla, después de seguirlos y notar situaciones extrañas decidí poner a mi hermano al tanto de todo.

—¿Mei engañó a Hitoshi con Takumi? —preguntó desolada Emma.

—¿Eso piensas en realidad? —dijo Kai preocupado.

—Mei lo engañó y él tomó venganza conmigo —supuso con tristeza.

—Hitoshi no tiene ese tipo de relación con Mei —dijo él por completo convencido—. Nada de lo que te diga será suficiente para convencerte de su inocencia porque soy su hermano, piensa en su accionar, eres quizás la persona que más lo conoce, usa eso a tu favor. Hitoshi podría haberte enseñado esa imagen para que supieras cómo es Takumi en realidad y aun así no la usó en su contra.

—No lo sé, estoy tan confundida —se lamentó Emma.

—Hitoshi se reprimió de intervenir entre tú y él porque quería que pudieras elegir, no porque no le interesara lo que hicieras. Me recuerda lo que tú hacías con respecto a Mei y él. ¿Acaso fue sencillo renunciar por su supuesta felicidad? ¿Actuabas de esa forma porque no lo amabas?

Kai lamentaba tener que ser tan duro con ella, pero estaba claro que ellos, con sus intenciones altruistas, acabarían con toda posibilidad de un final feliz.

El joven se despidió y la dejó sola.

Emma pensó que Kai estaba en lo cierto, tenía que confiar en sus recuerdos sobre Hitoshi, prestar especial atención a su manera de actuar y apelar a su instinto, aunque como él mismo había dicho, siempre justificaba a las personas. Esta vez sería firme, ya no perdonaría a quienes no pedían perdón y eso incluía a Takumi.

# 13

Mei se puso a la defensiva de inmediato al recibir la extraña invitación de Hitoshi para el desayuno, no debía descuidarse, había tomado algo de su casa y tal vez la hubieran descubierto.

Tomó los recaudos necesarios preguntando a Takumi si había hecho algo que lo alertara en su contra, pero ante su negativa decidió asistir, sería una última oportunidad para intentar molestar a Emma, que ya no estuviera interesada en Hitoshi, no significaba que la mujer le fuera a simpatizar.

Se mostró coqueta como siempre se había comportado con su anfitrión, aunque no sobrepasó ningún límite. Por alguna razón, ese día Emma la ponía nerviosa, podía notar como la observaba con atención ante cada movimiento o comentario.

Finalizando el desayuno Emma decidió actuar, nada en el comportamiento entre ellos delataba una relación amorosa, y de haberla, de seguro ella no la ocultaría. Mei coqueteaba de manera poco sutil mientras que Hitoshi la ignoraba y hasta se notaba fastidioso por momentos ante estos avances.

—Mei, permíteme unas palabras por favor —dijo Emma, saliendo de la estancia que todos compartían.

Mei miró sorprendida a Hitoshi, que se encogió de hombros y se ocupó de guardar en un recipiente algo que le ofrecía Yumiko para el viaje.

Caminó hasta el estudio de música de Hitoshi, donde Emma la esperaba.

—Creo que no regresaré aquí después de ir a Tokio —mintió Emma, para medir a su oponente—. Ante la evidente relación entre tú y Hitoshi no tengo nada que hacer aquí, sin embargo, me preocupa su estado de ánimo con respecto a sus desgracias del pasado.

—Hitoshi se encuentra bien y feliz, se ha recuperado por completo —

dijo Mei con confianza—. Vete tranquila, sé cómo cuidarlo, la muerte de su esposa está en el pasado.

—Eso no es más de lo que él deja ver —rebató Emma—. No ha superado nada aun, debes convencerlo de que vuelva a tocar el piano.

—¿Solo porque tú lo dices? —preguntó Mei corriendo su cabello hacia atrás con un movimiento de su mano—. No lo haces porque te preocupe, lo haces para forzarlo a pasar tiempo contigo de nuevo, de seguro cuando sepas que volvió a realizar conciertos reaparecerás para que él te promocióne y te haga famosa.

—La música es lo único que pudo ayudarlo en el pasado —dijo Emma, sin fingir la preocupación.

—Y yo seré lo único que lo ayude en el presente y en el futuro, ya déjanos en paz —dijo Mei, mirándola con desprecio—. Te comportas como esa herida y dulce mujer para atraparlo. Por el pasado que los unía creí que serías una digna rival, pero mírate.

Emma consideró que no tenía sentido hablar por más tiempo. Mei solo mentía y no quería oír nada contrario a lo que ella opinara, había estado equivocada al apartarse cuando se interpuso entre ellos. Sintió crecer en su interior la rebeldía, se miró y se sintió furiosa consigo misma.

Había una cosa en la que Mei no mentía, y aunque doliera era la más pura verdad.

«¿Dónde quedó la joven llena de vida que fui? ¿Cómo he sido capaz de permitir que me pisotearan de esa forma?», pensó.

Decidió en ese instante pelear, por el bien de Hitoshi, para que en un momento de debilidad no acabara en las redes de una desconsiderada como esa superficial mujer, y también por ella misma, lo amaba y no renunciaría a él.

Había dado un paso al costado creyendo que era lo mejor, se había dejado confundir, sin embargo, después de ver lo egoísta que era Mei, sabía que no era la mujer indicada para él. Ya no importaba si habían tenido un romance o no, acabaría con todo y recuperaría al antiguo Hitoshi.

—Fue muy edificante hablar contigo —agradeció Emma.

Mei decidió despedirse rápido y marcharse, esa situación ya no la divertía y le parecía extraña, además estaba molesta, siempre había estado encaprichada con Hitoshi, aunque él se mostraba siempre inmune a sus encantos mientras se desvivía por esa mujer que era inferior a ella.

De camino vio que Nakamura iba a visitar a Emma, cruzó por su mente ponerlo sobre aviso de lo extraño que le había parecido el comportamiento de ella. Finalmente decidió que sería más divertido preguntarle luego que había sucedido, esperaba que se llevara un buen escarmiento y acabara también su capricho por esa mujer.

Emma continuaba molesta con Takumi, no obstante de todos modos salió a la calle a hablarle después de recibir su texto de que la estaba esperando.

—Emma, lamento lo que sucedió, en realidad lo hice por tu bien —dijo él.

—No te creo una palabra, de todos modos, pronto nos iremos a Tokio, cuando regrese entregaré el trabajo y acabaremos esta relación que ni siquiera puede ser de amistad —dijo Emma sin fingir amabilidad.

—Por favor, no lo hagas —pidió Takumi—. En realidad me gustas.

—Pero tú a mí no —dijo Emma suavizando el tono—. Me enamoré de Hitoshi siendo una niña, y aun lo estoy. A pesar de los intentos de Mei y tú de separarnos, he decidido confiar en mis instintos y en él.

—Eres una ilusa —dijo Takumi, olvidando la máscara de inocencia—. Te arrastrará a su mediocridad y recordarás mis palabras. Cuando quedes en el olvido ven a buscarme, podré ofrecerte mis sobras para que te alimentes. Eres la mascota de Kurosawa.

En ese momento se abrió el portal y Hitoshi sacó el coche. De inmediato se alarmó al ver la posición encogida que tenía Emma, como protegiéndose. Dejó el vehículo y poniéndose de pie junto a ella le pasó un brazo protector sobre los hombros, lo que pareció relajarla un poco.

—Estamos listos, solo faltas tú —dijo Hitoshi a Emma luego de saludar

con un gesto a Nakamura.

—Buscaré los refrigerios y subiré al coche —respondió ella con una mirada agradecida—. Adiós, señor Nakamura.

—Se merecen el uno al otro —dijo Takumi con expresión de hastío—. De todos modos, ya no necesito distraerlos, el tiempo se ha agotado y también mi paciencia.

Hitoshi permaneció pensando un momento sobre lo último que él había dicho, intrigado. Emma no parecía haberlo oído porque se había marchado apenas despedirse. Desde los alarmantes textos de Kai se sentía inquieto.

Decidió despejar su mente en ese momento, necesitaba estar sereno para conducir, tenía aproximadamente seis horas frente al volante hasta la casa de su padre en Tokio.

Kai insistió en que Emma se sentara en el asiento de acompañante, mientras él viajaba con Yumiko detrás, los había notado más calmados y tenía que dedicar cada oportunidad a su reconciliación.

El comienzo del viaje estuvo silencioso hasta que Emma sugirió algo.

—Debería comenzar a tomarte fotografías para crearte redes sociales —dijo ella como pensando en voz alta—. Necesitarás un lugar para promocionar tus conciertos.

—¿Qué te hace pensar que volveré a tocar? —preguntó Hitoshi, con su mirada oculta por sus gafas de sol aviadoras.

—Ya lo has hecho —dijo Emma mientras le tomaba la primera fotografía oficial—. Con la música que compuse.

Hitoshi lucía increíblemente apuesto y relajado, aunque le daría celos mostrarlo de ese modo, tendría gran impacto entre las mujeres, lo que se traduciría en público femenino.

Al avanzar por la carretera se dirigieron hacia donde el cielo comenzaba a cubrirse y más tarde llegaron a la zona de una tenue lluvia. Kai y Yumiko se fueron adormeciendo por lo tranquilo y silencioso del viaje después de días de tensión.

Emma había intentado conversar en varias ocasiones con Hitoshi, él sin mostrarse grosero, había encontrado la forma de evitarlo.

Luego de conducir por alrededor de tres horas, Hitoshi pidió a Kai que lo relevara para poder descansar. Emma no se movió de su asiento, aunque Yumiko sugirió cambiar.

En realidad, no podía culpar a Hitoshi por la frialdad con la que la trataba, ella le había dicho cosas horribles y solo con el fin de herirlo. Aun rondaban en su mente las palabras que él había pronunciado sobre no saber si ella era de quien se había enamorado. Le había dolido mucho oírlo, pero ella había incitado esa reacción. Lo dejaría en paz cuanto pudiera, mas no se daría por vencida.

Las suaves gotas continuaban cayendo con parsimonia contra el parabrisas, Kai había colocado música de rock de su gusto, y aunque Emma no comprendía lo que decían salvo alguna palabra aislada, le agradaba la energía que transmitía.

Emma tomó una fotografía de Hitoshi durmiendo y se arrellanó en su asiento, al fin el sueño también la vencía a ella.

—Despierta —dijo Hitoshi con suavidad—. Hemos llegado.

Emma abrió los ojos, la mirada de él estaba llena de ternura, aunque la expresión de su rostro no se había suavizado.

Fueron recibidos por Midori, la madre de Kai y Yumiko. El primero apenas la miró al pasar por su lado mientras que la adolescente intentó compensar la frialdad de su hermano con un efusivo saludo.

Cuando Emma pensó que la mujer mayor no podía poner peor cara al ver a Hitoshi, su hijastro, clavó su mirada en ella y su expresión empeoró mucho más. Pronunció una larga retahíla en su idioma natal, por los rostros de los hombres pudo saber que no era ningún elogio.

—Lo siento, mi madre no habla inglés. —Se disculpó Yumiko, sin explicar que había dicho la mujer.

—Hijos míos —saludó un hombre mayor.

—Emma, él es nuestro padre, Iwao —presentó Hitoshi—. Padre, ella es

mi invitada, Emma Reed.

—Su padre fue Mark Reed, le estaré eternamente agradecido por cuidar de mi hijo —dijo Iwao saludando a Emma.

—Lo hizo con gusto, mi padre siempre lo consideró un hijo más —respondió Emma mientras la expresión de Hitoshi se tornaba tan dura como una piedra.

—¿Sería posible que comamos algo? —preguntó Hitoshi cortando la conversación—. Teníamos pensado detenernos para tomar un refrigerio y debido al clima no hemos podido.

Yumiko traducía todo con diligencia para que su madre no se sintiera excluida y se pusiera de peor humor.

—Mi madre dice que pasemos al comedor —dijo la adolescente.

Luego de unos minutos de traducciones cruzadas sobre trivialidades, comieron en silencio. Al terminar Emma elogió a Midori por los deliciosos platillos típicos con que los recibió, después de la traducción correspondiente, Midori agradeció con un frío asentimiento.

Emma sonrió sin saber cómo comunicarse con esa mujer tan inmovible, Kai le dijo algo a su madre y ella respondió con dolor en su mirada, Iwao entonces pareció reprender a su hijo.

Hitoshi dejó su asiento con brusquedad y miró a Emma para que lo siguiera.

—Ven, te mostraré tu habitación —dijo con sequedad.

Emma se levantó, se inclinó a modo de disculpa y lo siguió.

—Kai me había comentado que después de traerlos pasaban unos días en tensión y luego te marchabas, pero no imaginaba algo así —dijo Emma para intentar disipar los nervios.

—¿Qué imaginabas? —preguntó él.

—Algo más parecido a una fría cordialidad —respondió ella sabiendo que en realidad él estaba concentrado en sus propios pensamientos.



—Somos una familia disfuncional normal, Emma —suspiró él.

—Creo que tu madrastra me odia —confesó Emma cuando Hitoshi se detuvo ante una puerta.

—Este será tu cuarto —dijo él sin responderle nada al respecto—. Descansa, estos días no serán fáciles.

Cuando él giró para continuar por el pasillo ella lo detuvo con una pregunta.

—¿Cuál es tu cuarto?

—El que se encuentra al final del pasillo —dijo sin voltearse—. No me busques a menos que sea una emergencia.

Emma suspiró y entró en el cuarto, una enorme soledad la invadió y pensó en su padre y en cuánto lo extrañaba. Por primera vez deseó haberse entrometido y haber leído la maldita carta que él le envió a Hitoshi. Presentía que su mal humor se debía también a la mención de Mark.

# 14

Emma despertó sintiéndose renovada, inmediatamente pensó en Hitoshi y deseó que se sintiera del mismo modo. El día anterior lo había notado en extremo estresado después de lo relajado que permaneció durante el viaje y se había sentido preocupada.

Se vistió y bajó las escaleras, la casa se encontraba desierta y se sintió una invasora.

—Señorita Reed —saludó Iwao apareciendo tras ella—. Por favor acompáñeme a desayunar y conversaremos sobre mi hijo mayor.

Emma lo siguió un poco cohibida, lo había imaginado como un ancianito de sonrisa fácil, y aunque sonreía, hasta ese gesto imponía respeto. Un hombre de unos sesenta años, que aún conservaba todo su cabello, aunque un poco blanquecino, caminaba erguido con las manos a su espalda, apenas más bajo que Hitoshi, el paso firme y seguro.

—Por favor, tome asiento —indicó Iwao.

Dentro de un cuarto tradicional japonés, se sentaron en almohadones sobre el suelo de *tatami*, la mesa dispuesta para el desayuno.

A Iwao le agradó que ella usara con tal corrección los palillos y así se lo hizo saber.

—Hitoshi me enseñó hace muchos años y aunque había perdido la práctica, en este tiempo en su casa pude ejercitar y perfeccionarme gracias a la asistencia de Yumiko —explicó Emma de manera cordial.

—A pesar de que han pasado muchos años separados, puedo ver que

algo la une a él —dijo Iwao—. Ustedes comparten un pasado, y ahora también el presente. ¿Habrá también un futuro?

Emma enrojeció ante la pregunta tan directa y se sintió obligada a responder de la misma manera.

—No lo sé, aunque sí lo deseo —confesó—. Hitoshi ha sufrido mucho por su esposa y también sucedió algo que lo distanció a él y a mi padre. Hitoshi siempre se niega a hablar de ese pasado conmigo y sospecho que no es distinto con los demás.

—Él siempre fue muy reservado —recordó Iwao—. Incluso apenas hablaba con su madre, mi hijo parecía expresarse mediante la música.

—Es cierto, ahora que lo menciona, cuando tocamos juntos se asemeja a una conversación —dijo Emma sonriendo.

—Al parecer, tiene dos caminos por delante —dijo Iwao con sabiduría—. Si la situación se define a su favor será el camino de la felicidad. Por el contrario, si descubre que mi hijo no puede o no quiere ser rescatado, deberá tomar el camino de la renuncia. Me temo que le convendrá estar preparada para ambos, señorita Reed, por su propio bien.

Emma lo miró y tragó en seco ante sus palabras.

—No obstante —continuó el hombre advirtiendo el temor en su acompañante—. Tenemos un proverbio que dice; «Hasta la siesta del ladrón tiene un propósito», confío en que, si ha llegado hasta aquí después de haberse separado de Hitoshi por años, su destino no es irse con las manos vacías.

Emma le agradeció sus palabras con una inclinación, de inmediato se oyó la puerta de entrada y las voces de Hitoshi y Kai, que pronto se reunieron con ellos.

Iwao saludó a sus hijos y se marchó a su trabajo, se había demorado porque quería hablar con la muchacha a solas. Midori insistía en que era una oportunista y que debía elegir pronto otra esposa para Hitoshi, esta vez con su consejo. Ambos habían sido informados sobre comportamientos desagradables de Ayame Yoshida en el pasado durante las giras de su esposo.

Le informaría a Midori su opinión después de la cena, no veía inconveniente para una relación entre ellos, de hecho, lo haría feliz que la tuvieran, Emma Reed era una mujer sensible al bienestar de Hitoshi por lo que le había informado Kai, además era respetuosa, algo que él admiraba mucho.

La casa era como un mausoleo sin Iwao, cuando él regresaba parecía cobrar vida de nuevo, todos lo solicitaban para algún asunto, excepto Hitoshi que permanecía encerrado en su habitación.

Aproximándose el fin de semana, Emma sentía que moriría de aburrimiento, y a pesar de la advertencia de su amigo de no visitar su habitación a menos que fuera una emergencia, decidió ir.

Golpeó repetidas veces sin recibir respuesta, abrió la puerta con lentitud y asomó su cabeza. El cuarto estaba vacío y en perfecto orden, en realidad parecía una habitación en desuso excepto por que la cama estaba hecha y había sobre el escritorio algunos objetos personales de Hitoshi.

—¿Buscas a mi hermano? —dijo Kai, sorprendiéndola.

—Sí, no sé qué hacer aquí, temo que salir de mi habitación es suficiente para molestar a tu madre —confesó Emma.

—Demos un paseo, aun no conoces Tokio.

Kai la llevó al famoso cruce de *Shibuya*, donde Emma se maravilló al ver la enorme aglomeración de gente cruzando de un lado a otro por las diversas sendas peatonales, rodeado de pantallas y carteles publicitarios luminosos. También le mostró la *Plaza Hachiko*, llamada así en honor al célebre perro que esperaba a su amo fuera de la estación y donde podía admirarse una estatua hecha a su imagen. Emma se entristeció un poco al recordar la película protagonizada por Richard Gere contando su historia.

Tomaron asiento en una cafetería para no regresar tan pronto. Sorprendidos vieron pasar en su auto a Hitoshi.

—Intenta pasar el menor tiempo posible en la casa —dijo Kai,

apesadumbrado—. Quién podría culparlo con el eterno desprecio que le profesa mi madre.

—¿Es por eso que eres tan frío con ella? —preguntó Emma, suavizando su tono.

—Es por su causa que lo enviaron lejos, me negaron a mi hermano mayor y mira lo infeliz que lo han hecho —respondió con ira él—. Me siento en la obligación de compensarlo en alguna forma.

—No deberías ser tan cruel con ella —aconsejó Emma—. Lejos de mejorar la situación, fomentas más rencor en tu madre, ahora no es solo el hijo del anterior matrimonio de tu padre, sino además quien aleja a su hijo de ella.

Kai la observó como si hubiese sido la gran revelación de su vida, Emma le sonrió.

—Intentaré ser más amable. —Cedió él, sonriendo también.

La expresión de Kai se diluyó con rapidez mientras jugueteaba distraído con una de las puntas de su servilleta.

—¿Qué sucede? —preguntó Emma, sintiéndose inquieta.

Kai dudaba en hablar.

—¿Es respecto a Hitoshi? —sonsacó ella, temerosa.

—Es respecto a él y a Takumi. Creo que debí decírtelo antes para evitar roces entre ustedes, guardé silencio porque pensé que ayudaría a mi hermano a salir de esa tristeza y luchar por algo —confesó al fin Kai.

—Hitoshi me reveló que Takumi no era su amigo —dijo Emma.

—No solo no es su amigo, se podría decir que es su enemigo. —Kai la miró con seriedad—. Necesito relatarte lo que Nakamura le hizo en el pasado.

Kai le narró con lujo de detalles lo que había hecho en su ceremonia de mayoría de edad, lo irrespetuoso que había sido y la forma tan despiadada en la que lo había dejado en ridículo utilizando la palabra «híbrido».

—Debieron advertirme —dijo Emma molesta.

—Lo sé, quiero disculparme por no hacerlo, solo pensábamos en el bien de Hitoshi y él quería que tú eligieras por ti misma —explicó Kai—. Dijo que habías vivido para los demás por mucho tiempo y que era hora de que hicieras tu voluntad.

—Entiendo —dijo ella—. No vuelvan a ocultarme nada, mucho menos si es tan importante como eso.

Kai se distrajo un momento con su móvil y luego volvió a concentrarse en ella.

—¿Qué harás con respecto a Hitoshi? —preguntó él con preocupación—. Cada vez que logran un acercamiento, acaban peleando.

—He cometido un grave error con él, tiene toda la razón en estar enojado. A pesar de no saber si lograré que me perdone, lo intentaré con todas mis fuerzas —declaró Emma, decidida.

—¿Le preguntarás sobre Ayame? —Kai sabía que ese era el punto más sensible entre ellos.

—No, aunque muera de curiosidad esperaré a que Hitoshi decida confiarme lo que le sucedió. —Emma meditó un momento y continuó—. Tampoco le hablaré sobre mi padre y permaneceré pasiva si él lo introduce en una discusión. Si actúa de esa forma cada vez que es nombrado, estoy segura que debe tener motivos para ello.

Sus ojos estaban húmedos, le dolería mucho no defender a su padre, sin embargo recordaba que Hitoshi le había mencionado que hablaba sobre lo que no sabía. Esperaría hasta conocer toda la verdad para opinar al respecto.

—¿Qué le has dicho? —dijo Hitoshi, de pie junto a la mesa que compartían.

—Has llegado, cielos miren la hora —Kai habló mientras tomaba las llaves del coche de Hitoshi de su mano—. Gracias, hermano, te debo una.

Emma observó la escena con una sonrisa, ya no la sorprendían esas actitudes de Kai y agradecía sus esfuerzos por propiciar los encuentros con su hermano mayor.

—Bien, hemos caído en las trampas de mi hermano una vez más —dijo

Hitoshi sentándose a la mesa—. Si no estás apresurada me gustaría beber algo.

—¿Cómo encontrará Kai el vehículo? —preguntó confundida, viéndolo tan sumiso luego de que su hermano lo dejara a pie.

—Te lo dije, hemos caído en una de sus trampas, me envió un texto diciendo que tenía una cita a la que llegaba tarde, necesitaba mi auto y alguien que te acompañara —explicó él para luego llamar a la mesera—. No deja nada al azar, ni siquiera el sitio en el que debía aparcar.

Ordenó café y pastel para los dos.

—No regresemos aun —dijo Hitoshi por fin sonriéndole de nuevo.

—Por supuesto, podemos regresar para la cena, de ese modo no disgustaremos a tu padre —respondió Emma.

—Me refería a Kioto —explicó él—. Kai dijo que te acompañó de paseo por estas calles. Deseaba llevarte a conocer mi ciudad y no pude hacerlo porque alguien más se me adelantó. No quisiera perder esta nueva oportunidad.

Emma vio sus ojos expectantes y sintió como su corazón saltó de alegría. Él intentaba perdonarla, lo sabía.

—Estuviste a mi lado en cada sitio de Kioto porque te llevo a todos lados en mi corazón.

Hitoshi se sorprendió al escuchar esas palabras. En ese momento tan inoportuno regresó la mesera con el pedido. Él se limitó a tomar su mano, la besó con rapidez y volvió a soltarla.

# 15

Kai disfrutaba de una conversación con su hermano mayor. Estaba agradecido con Emma por ello, desde que había irrumpido en sus vidas, Hitoshi tenía necesidad de confiarle sus intimidades, al fin sentía que entre ellos fluía una relación fraternal. En tiempos anteriores, había sido parecido a una relación entre un padre severo y un hijo conflictivo.

—Estoy muy preocupado por Nakamura —dijo Hitoshi de visita en el cuarto de Kai—. Antes de marcharnos hacia aquí mencionó algo inquietante y con lo que descubriste en el viaje a Kibune fue suficiente para alarmarme.

—¿Qué fue lo que dijo? —preguntó Kai, interesado.

—Dijo: «el tiempo se ha acabado, ya no necesito distraerlos» —respondió Hitoshi.

—Qué extraño, solo se me ocurre que tenga una relación con el contrato firmado por Emma, pero no mencionaba un tiempo estipulado para entregar el trabajo —meditó Kai en voz alta.

—Revisalo de nuevo, por favor —pidió Hitoshi—. Y no le menciones nada a Emma, quiero que su mente este libre de preocupaciones en los próximos días.

—¿Eso quiere decir que intentarás conquistarla? —preguntó el hermano menor, entusiasmado.

—Sí, eso quiere decir exactamente —respondió Hitoshi con una amplia sonrisa.

—¿Y qué harás cuando Emma quiera hablar sobre Ayame? —interrogó Kai una vez más.

—Intentaré mantener la calma y le diré que le contaré todo al regresar —explicó Hitoshi—. Además, debe saber otras cosas sobre el pasado, debo



demostrárselo con pruebas para evitar inconvenientes, y esas pruebas están en Kioto.

—Me alegra ver que vuelves a la vida —confesó Kai, contento.

—¿Y tú le dirás a nuestro padre que no dejaste el dibujo? —preguntó Hitoshi levantando una ceja y sonriendo.

—¿Sabes que no lo he dejado? —Se sorprendió el joven.

—Todos lo sabemos —rio Hitoshi—. Imagino que hasta el infalible Iwao Kurosawa.

Los hermanos se trabaron en una lucha riendo, felices de parecer una familia normal.

Poco después de que su hermano dejara su habitación, Kai revisó la copia del contrato de Emma, Nakamura la había enviado el mismo día de su firma.

Por su rechazo a que ella lo firmara, había cometido errores y no lo había exigido en el momento.

Leyendo con detenimiento, llegó a una página en medio del documento que no había visto antes. De tener validez, estaban en clara infracción del contrato, lo que los introducía en graves problemas legales.

Consultaría con su padre y sus abogados, en apariencia, con la firma de Emma plasmada también en esa página era perfectamente legal.

Esperaría hasta asegurarse para darle las malas noticias a su hermano, sabía que tenía planeado el primer paseo con Emma para esa misma tarde y no lo arruinaría, de todas formas, ya no había nada qué hacer para enmendar la situación.

Hitoshi se alistaba para salir mientras Emma hacía lo mismo en su habitación.

No le había dicho a dónde irían, quería darle una sorpresa.

Entusiasmada, Emma preguntó todo el camino hacia donde se dirigían, mientras Hitoshi manejaba con más calma que nunca, provocando las quejas de ella y una enorme diversión en él.

—Pareces una niña impaciente —decía él entre risas, al tiempo que demoraba para que una luz de alto les impidiera el paso.

—Sabes que me cuesta gran trabajo ser paciente —respondía ella, contrariada.

Hitoshi detuvo su marcha frente a un gran parque. Descendieron del vehículo, tomaron una canasta con los elementos de día de campo que él había escondido previamente y se encaminaron hacia la frondosa vegetación.

—¿Recuerdas cuando paseamos por Hyde Park, en Londres? —preguntó Emma, provocando la vergüenza de Hitoshi—. Si no me equivoco, los acompañé a ti y a tu novia del momento.

—Por todos los cielos —dijo Hitoshi riendo y defendiéndose—. Apenas tenías catorce años, deberías agradecer que no te veía como mujer.

—Deseaba tanto ser yo a quién llevaras tomada de la mano —dijo Emma sin pensar y se sonrojó al instante.

—¿Desde hace tanto tiempo? —preguntó él sorprendido y la abrazó al caminar.

—Me temo que también antes. —Se atrevió a confesar ella—. Aunque de una manera más inocente y platónica, nunca te tomé como figura fraternal.

Hitoshi no la miró, pero Emma pudo percibir la expresión orgullosa que apareció en su rostro.

—¿Y qué hay de ti? —inquirió Emma—. ¿Cuándo dejaste de verme como a una niña y una hermana menor?

Él guardó silencio un momento, intentando vencer las barreras de silencio que se había impuesto.

—Cuando regresé aquí para la ceremonia de mayoría de edad —dijo Hitoshi, decidiendo empezar a confesarse las cosas más sencillas—. Pasamos meses lejos, extrañaba tu compañía más de lo que jamás extrañé a mi familia y quería regresar. Y cuando logré hacerlo y volvimos a vernos la sensación fue por completo diferente a lo que imaginaba.

—¿Qué imaginabas? —preguntó Emma, conmovida.

—Imaginaba sentir el cariño y la comprensión de mi única amiga en el mundo. —Hitoshi tragó en seco recordando ese momento—. Cuando te vi con tu padre al bajar del avión, cuando fueron a recibirme, mi cuerpo y mi mente reaccionaron como los de un hombre al ver a una mujer, no como un hermano al ver a su hermana.

Emma sonrió, acabaron el trayecto hasta la orilla del lago en silencio, procesando la información recibida.

—Este es el lago *Inokashira*, que da nombre a este parque —dijo Hitoshi extendiendo una manta.

Las parejas paseaban a su alrededor, incluso navegaban con botes a pedal.

—Estos terrenos pertenecían a la familia imperial y a principios del siglo pasado fueron donados al pueblo —decía Hitoshi intentando distraerse de las ganas de besarla.

—Es increíble que estés nervioso —dijo Emma, riéndose—. Por Dios, estuviste casado.

—Mi matrimonio no fue para nada normal —dijo incómodo, aunque de manera amable—. Nunca tuve una cita como esta.

Emma se sintió sacudida por una oleada de ternura y deseó estar a solas para darle una muestra de su afecto.

Almorzaron en calma, ella cuidó sus comentarios y evitó hacer preguntas desafortunadas para que Hitoshi no volviera a sentir pesar.

Pasearon en un bote con cabeza de cisne, divirtiéndose como las parejas que los rodeaban. Caminaron admirando la naturaleza y el paisaje tan sorprendente. Observaron la fuente del río *Kanda* mientras atravesaban los tradicionales puentecillos de madera.

Al final pasaron por el *Museo Ghibli*, situado en una esquina del parque, donde Hitoshi le explicaba con detalle sobre los objetos que aparecían en las famosas películas del señor Hayao Miyazaki, aclamado ilustrador del que Emma no sabía mucho, pero se propuso investigar al ver la admiración que mostraban los visitantes del lugar.

Regresaron a la casa al atardecer, agotados por la caminata y el ejercicio con los botes a pedal.

Se dirigieron a sus habitaciones, todavía evitaban el contacto con Midori cuando Iwao no estaba presente para poner paños fríos a las incipientes discusiones que se suscitaban por inocente que pareciera el tema del que conversaban.

Hitoshi se detuvo frente a la puerta del cuarto de Emma.

—Es como si te acompañara a la puerta de tu casa nuevamente —dijo Hitoshi, recordando su adolescencia.

—Toda la situación es un poco extraña —musitó Emma.

—He deseado besarte toda la tarde —susurró Hitoshi, acercándose a ella.

—También yo —respondió Emma en el mismo tono íntimo.

—Temo que si cedemos nos estaríamos apresurando —dijo él con dificultad.

Emma sonrió comprensiva.

—Entiendo tus inquietudes —dijo Emma con tristeza—. Lamento haber sido tan dura contigo y haberte herido con mi mentira, merezco tu desconfianza.

Hitoshi se debatió con su prudencia y fue vencido, pese a los riesgos abrió la habitación de Emma y la empujó con suavidad al interior.

—Emma, no tiene que ver por completo con eso —aclaró él—. No te culpes más por favor. Con mi desagradable comportamiento era natural que reaccionaras de manera negativa.

Hitoshi se sentó en una silla que descansaba frente a una mesa lacada como la que había en su dormitorio, tomó a Emma por la cintura y la sentó en su regazo.

—Cariño, has justificado a Richard, a tu padre, a Nakamura e incluso a mí, y ninguno lo merecía, tú te sacrificabas por todos nosotros —dijo Hitoshi con pesar—. Fui injusto cuando te reproché el no justificarme, yo fui el que

más merecía ese trato.

—No digas eso —dijo Emma sujetando su rostro.

—Es la verdad —insistió él y sus ojos se volvieron brillantes—. La última noche que nos vimos en Londres, luego de uno de mis conciertos, cuando te presenté a Ayame.

Hitoshi miró hacia un lado, parpadeando repetidamente. Emma quería detenerlo, notaba cuánto le costaba hablar, pero también sentía que él necesitaba hacerlo con desesperación, de modo que solo esperó mientras sentía caer sus propias lágrimas por recordar ese momento tan doloroso de su vida, que sin duda era uno de los peores.

—Ayame se alejó con tu padre para hablar con un grupo de personas. —Ahora las lágrimas de Hitoshi también se derramaban—. Al quedarnos a solas esperé que me gritaras, que me insultaras conteniendo la rabia para no hacer un escándalo al menos.

Él se detuvo y la abrazó, como aliviando parte de su dolor al saber que después de tanto sufrimiento la había alcanzado. Ella lo estrechó contra su pecho hasta que su respiración se notó un poco más normal.

—En ese momento, a través de tus ojos pude ver tu corazón roto, y supe que había cometido un error imperdonable que me perseguiría el resto de mi infeliz vida de casado. —Continuó él sin soltarla ni concluir el abrazo—. Te pedí perdón por no decirte que me casaría, sintiendo que nada de lo que hiciera sería suficiente para lograr eso. Y tú me justificaste diciendo que era mi tradición, que cumplí una obligación con mi familia.

—Y era cierto —murmuró Emma para consolarlo.

—No —contradijo él—. Lo hice por cobardía, por no oponerme a mi padre y en especial a Mark, por cobardía también te saqué de mi vida después de esa noche para no ver tu dolor ni sentir el mío, y una vez más me excusaste sabiendo que mentía, alegando que comprendías los ajeteos de mi trabajo.

—¡Lo hice porque no podía odiarte! —dijo ella reviviendo la agonía de ese día.

Emma se puso de pie de repente para alejarse de él, tapándose el rostro con las manos para derramar su llanto.

Hitoshi la siguió y la estrechó de nuevo.

—Ya no volverás a llorar sola, estaré junto a ti a cada paso —prometió él mientras ella se revolvía para alejarse—. No volveré a marcharme de tu vida; y si te marchas iré detrás de ti.

Emma dejó de luchar al oír sus palabras y se aferró a su cintura.

—No vuelvas a causarme tanto dolor o juro que jamás te perdonaré— advirtió Emma.

—Ni siquiera tienes que mencionarlo —sonrió él soltándola—. Descansa, ha sido un día lleno de emociones para ambos y debemos parecer normales en la cena.

Emma asintió y lo soltó a desgana, le sonrió y lo vio salir de la habitación con mucho trabajo. Aún estaba deseosa de besarlo, pero comprendía lo que Hitoshi pensaba.

Habían hecho el amor con pasión y luego habían peleado, intentar disfrutar de los beneficios de la reconciliación sin haber solucionado los problemas reales solo les había traído desdicha. Esta vez abordarían la relación con calma.

## 16

Pese a que Kai odiaba tener que molestar a su hermano, los abogados habían confirmado lo que él temía, ya no tenía sentido callar.

Después de la cena, dificultosa como siempre, se dirigió a la habitación de Hitoshi, rogando por no interrumpir algún interludio amoroso entre Emma y él.

Golpeó con suavidad, preparado para desandar el camino, pero su hermano mayor le permitió el paso.

—Imagino que traes noticias —dijo Hitoshi, señalando un asiento—. Y por tu expresión, no deben ser buenas.

—Estas en lo cierto —confirmó Kai—. Tengo que pedirles perdón, me cegué por la antipatía hacia Nakamura y he cometido un terrible error.

Hitoshi, que había intentado permanecer en calma, se inquietó de manera visible.

—Dime con exactitud qué es lo que sucede —pidió con seriedad.

—Nakamura aprovechó mi descuido e introdujo otra hoja al documento, en ella estaba pactada una fecha de entrega que ya caducó —dijo apenado Kai, sintiendo una inmensa culpa—. No exigí una copia en ese instante, cuando cruzábamos la puerta de su oficina al salir, adujo que Emma había saltado una página, ella la firmó con confianza presumiendo que ya

había sido leída por mí. He cometido un terrible error.

—No, hermano. —Hitoshi lo detuvo, estaba muy afectado—. Fue mi culpa, debí escucharte cuando me dijiste que la detuviera, debí explicarle a Emma la clase de persona que es Nakamura. Nos habría ahorrado muchas penas.

Hitoshi veía el cúmulo de desaciertos que había cometido, debió haber hablado con Emma desde un principio. Tendría que haberle explicado que el mes anterior ni siquiera quería mirarla por temor a acercarse y que un posible aniversario de su relación perteneciera a un mes tan nefasto de su vida, aunque no era supersticioso sentía aprensión de que esas desgracias le dieran mala suerte a su relación de pareja.

—Dejemos de culparnos y busquemos una solución —dijo Hitoshi, decidido.

—Consulté a los abogados de papá —informó Kai—Ya no hay nada por hacer, Nakamura Company debe ponerse en contacto para exigir su compensación, lo único que está en nuestro poder es comunicarnos con ellos antes para mostrar nuestra buena predisposición para solucionar el problema ante una posible demanda legal.

—Sabes que esto no llegará a ser tratado por la justicia —dijo Hitoshi furioso con Nakamura—. A menos que yo rechace el trabajo que me ofrecerán.

—¿Se lo ocultarás a Emma? —preguntó Kai sin contradecir a su hermano por estar en lo correcto.

—No —respondió Hitoshi, tranquilizador—. No quiero más secretos entre nosotros. Los que hay son suficientes.

Kai sonrió complacido.

—Borra esa sonrisa —bromeó Hitoshi—. Reúnete con los abogados y comunícate con Nakamura, dile que no se atreva a dañar a Emma. Infórmale que no regresaremos hasta la semana entrante, luego iremos a verlo y llegaremos a un acuerdo. Buscaré el momento para decírselo a Emma, no le menciones nada hasta entonces.



Los hermanos se despidieron.

Kai se encerró en su cuarto, continuaba con sus dibujos, desde el punto de vista del entretenimiento, era una historia maravillosa. Aunque por supuesto lamentaba que Emma y su hermano pasaran por situaciones tan difíciles.

Hitoshi caminaba en el poco espacio que había en la habitación, luchando con sus ganas de irrumpir en el cuarto de Emma. Pensó en ir a buscar un refresco a la cocina, sin embargo sabía que era una excusa para cruzar la puerta y desviar su camino.

Frustrado se recostó resignado a contar ovejas hasta la madrugada, comenzó a recordar el día junto a Emma, sus confesiones y sus sonrisas, el amoroso brillo en sus ojos y casi sin notarlo pronto cayó en un sueño calmo y profundo.

Emma, agotada por dar tantas vueltas en la cama, se levantó y se dirigió de puntillas al cuarto de Hitoshi. Abrió sin golpear, la tenue luz de la calle que se colaba le permitió verlo tendido en su cama, su respiración regular. Se tomó unos instantes para verlo tan pacífico.

Con una enorme calidez en el corazón, retrocedió cerrando la puerta en silencio al salir. Se recostó de nuevo en su cama sintiendo alegría, cerró los ojos pensando en el hermoso rostro de él al dormir y también logró conciliar el sueño.

## 17

Hitoshi había decidido llevar a Emma a dar un paseo en barco por el río *Sumida*, para luego llevarla hasta los jardines *Hama Rikyu*.

Estaban esperando para abordar y ella, con formidable entusiasmo,

observaba la embarcación diseñada por el dibujante Leiji Matsumoto, parecía salida de un relato de ciencia ficción.

Ese barco futurista atravesaba el río hacía muchos años y aún continuaba sorprendiendo a sus visitantes por su extravagante forma. Con sus lados y techo formados de cristales panorámicos, permitía observar todo a su paso.

Había sitio en el interior para tomar asiento, pero Emma no quería oír nada de eso, deseaba admirar todo a su alrededor mientras el transporte seguía su camino habitual, pasando por la ciudad de Tokio, aunque mostrando un lado más tranquilo, sin tantas llamativas publicidades.

—No te inquietes por ver todo en este viaje, podemos regresar por aquí si lo deseas —dijo Hitoshi algo distraído.

—¿Qué sucede? —preguntó Emma centrando su atención en él.

Él se puso de pie tras ella y la dirigió para que observara el paisaje por las ventanas panorámicas.

—Te lo diré luego —respondió Hitoshi, y sacó un estuche alargado de su bolsillo.

Emma bajó la mirada hacía el envoltorio.

—Ábrelo —susurró él junto a su oído.

Ella obedeció y brilló ante sus ojos un delicado colgante de plata con una flor de cerezo del mismo material, en el centro un pequeño cristal rosado resplandecía.

Hitoshi retiró la joya del estuche y la colocó alrededor de su cuello, dando un fugaz beso donde acababa de abrochar el adorno.

Emma agradeció conmovida apretando el obsequio contra su cuerpo, rápidamente tomaron distancia, la gente comenzaba a murmurar a su alrededor. Él permaneció junto a ella y tomó su mano.

—Lo compré en Tokio el día que nos reunimos en la cafetería, después de que Kai te acompañara —explicó Hitoshi—. Pasé junto a un escaparate al bajar del coche, atrapó mi vista de inmediato y no pude reprimir comprarlo,

me recordó a ti, hermoso y brillante.

Emma se sonrojó ante el cumplido. Acariciaba con nerviosismo la flor del colgante.

—Me siento un poco apenada de que utilices el dinero de tu padre para comprarme obsequios, en realidad no es necesario, me basta con tu compañía —confesó Emma.

—Asesoro a mi padre en ocasiones analizando los nuevos móviles que crea y hasta ha utilizado alguna de mis melodías como tonos, si bien la suma que deposita en mi cuenta bancaria es algo abultada, intento colaborar con él —dijo Hitoshi avergonzado mirando a lo lejos—. El móvil que te entregué en Kioto, es uno de los que él me envió para hacer pruebas y sugerirle cambios.

—¿Por qué Kai no lo sabe? —preguntó Emma, lamentando haberlo incomodado.

—Soy músico, Emma —suspiró Hitoshi—. Fui muy admirado por mi trabajo, descubrirme haciendo este tipo de cosas porque he perdido la capacidad de expresarme a través de la música es devastador para mí. Mientras menos personas sepan de esto, es mejor.

—Volverás a componer tan bien como antes, te ayudaré, ya lo verás —dijo Emma pegándose más al cuerpo de él.

Hitoshi depositó un beso en la cabeza apoyada en su hombro.

—Si acaso existe alguien que pueda ayudarme, esa eres tú, Emma Reed —aceptó él.

Continuaron uno junto al otro mirando hacia el exterior mientras los pensamientos de Hitoshi regresaron a la realidad. Kai estaría comunicándose con Nakamura para informarle que ya estaban al tanto del engaño, odiaba pensar que pronto tendría que destruir el buen ánimo de Emma.

Después del agradable paseo descendieron para dirigirse a los jardines. La intención principal de Hitoshi era llevarla a conocer una casa de té que había en el lugar.

Emma vio a la distancia la clásica edificación y su paso empezó a acelerarse sin que lo notara, él se sentía complacido de que le hubiera gustado

y al fin pudo dejar atrás la amarga sensación que le producía el problema con Nakamura.

Hitoshi la tomó de la mano y desaceleró su marcha, se estaba perdiendo gran parte de la belleza del lugar. En ese mismo momento estaban caminando sobre las tablas de un hermoso y característico puente de jardín japonés, con sus gruesos postes y líneas curvas, rodeados por un apacible estanque de agua salada.

Ella sonrió y adoptó su velocidad.

Dejando el prometido té para más entrada la tarde, caminaron en silencio debajo del follaje de distintas clases de árboles, mientras finos rayos de sol traspasaban apenas la espesura de hojas que coloreaban de distintos tonos de verde el paseo. El aire corría fresco por los senderos que recorrían el jardín.

—Cuéntame sobre la enfermedad de tu padre —pidió Hitoshi—. Comprendo que sea un tema difícil, pero quisiera saber cómo fueron esos momentos, y por favor no omitas lo que tú sentías, imagino que, aunque lo amabas de manera incondicional, también debiste haber sufrido mucho.

Emma suspiró, todavía le costaba tratar el asunto. En realidad, quería formar un lazo estable con Hitoshi y para eso debían tenerse confianza, y, sobre todo, debía permitirle que la ayudara a sanar sus heridas, como pretendía que él hiciera luego.

—Sabes que mi padre siempre fue propenso a sufrir accidentes por sus despistes —comenzó ella—. De una manera más leve, yo siempre estaba cuidándolo.

Hitoshi vio que ella se envolvía en sus brazos, como queriendo hacer un capullo para protegerse. La acercó a su cuerpo y la sujetó de la cintura. Emma, al comenzar a sentir que la tibieza del cuerpo de él la invadía, se relajó y se inclinó hacia la firme figura masculina.

—Un día comenzó a sentirse muy mal, los médicos nos informaron que sus riñones no estaban funcionando. Podría pasar algún tiempo con tratamientos que lo ayudarían, aunque concluyeron en que necesitaba un trasplante. —Emma suspiró de forma audible y continuó—. Intenté ser la

donante, él se opuso y no hubo manera de que cediera.

Emma vio un asiento a un lado del sendero y se dirigió allí, las piernas le temblaban al recordar esos desgarradores momentos.

—Sufrió mucho con los tratamientos paliativos en la espera, en varias ocasiones debió ser ingresado de urgencia en el hospital, con todo lo soportaba silencioso. —Emma intentaba contener el llanto mientras hablaba—. Cuando al fin el trasplante fue realizado, todo parecía haber salido bien. No hubo rechazo y se recuperaba con rapidez.

Hitoshi recordaba los correos que había leído, gran parte de lo que relataba ella ya lo sabía, luego sus amigos no habían mencionado nada hasta que le informaron de la muerte de Mark.

—Si estaba recuperándose, ¿qué fue lo que sucedió? —preguntó Hitoshi—. ¿Y por qué nadie del grupo me lo mencionó en los correos? ¿Pediste que no lo hicieran?

—No lo sé —dijo Emma tan confundida como él—. Nunca les prohibí decirte nada sobre mí o las personas que me rodeaban, todos compartíamos nuestra información hasta que los correos comenzaron a disminuir en frecuencia y cantidad luego del trasplante de mi padre.

Él se prometió preguntar al respecto a alguno de sus amigos con los que aún tenía leve contacto, quería terminar de oír lo sucedido.

—Luego de la aparente recuperación, mi padre comenzó a mostrar cambios en su comportamiento habitual, me hablaba a menudo de una mujer y un niño del que yo no sabía nada, de tanto en tanto se disculpaba conmigo sin decirme por qué y olvidaba cosas —explicó Emma.

Hitoshi se removió perturbado ante lo dicho por su acompañante.

—Los doctores lo ingresaron nuevamente y dieron con la causa —dijo Emma secando sus lágrimas—. A través del trasplante contrajo una rara enfermedad, sus cambios de comportamiento devinieron en demencia senil, problemas de la visión y no podía controlar bien los movimientos de su cuerpo. Una enfermedad degenerativa que acabó con su vida en poco menos de un año, meses enteros de vivir una pesadilla.

Hitoshi la atrajo hacia su cuerpo, abrazándola para contenerla.

—Intenté trabajar mientras duraba su convalecencia, dejándolo al cuidado de una enfermera, pero su padecimiento avanzaba muy rápido —recordó con pesar—. Un día, al regresar de dar mi clase de música, encontré forcejeando a mi padre con su cuidadora, ella me explicó que en uno de sus delirios él la había confundido con una mujer de su pasado con la que había mantenido algún tipo de relación amorosa, al descubrir que no era se enfureció y la acusó de querer engañarlo.

—Amor mío, debió ser terrible —dijo Hitoshi meciéndola apenas, consolándola.

—A partir de ese momento debí quedarme en casa, a pesar de sus delirios siempre me reconocía. Era terrible oírlo inventar historias, mencionaba que yo tenía un hermano —reveló con tristeza.

Hitoshi se puso de pie llevándola consigo.

—Dejemos atrás este tema tan terrible, debes saber que hiciste todo lo que estuvo a tu alcance y más para ayudar a tu padre en sus últimos momentos, de seguro en algún sitio de su turbulenta mente lo sabía. —Hitoshi le dio un breve abrazo y besó su frente.

Emma sonrió agradecida. Sus palabras de consuelo eran un tibio rayo de sol iluminando su herido corazón.

—Vayamos por ese delicioso té y comamos pastel hasta hartarnos —dijo Hitoshi.

Caminaron tomados de la mano hasta el hermoso edificio que descansaba sobre el estanque de agua salada.

Tomaron asiento en el interior, desde donde podían observar la hermosa vegetación que habían dejado atrás.

Con las delicias ordenas distribuidas en la mesa, se relajaron y se prodigaban sonrisas mientras disfrutaban los manjares. En honor a su invitada, Hitoshi había pedido diferentes dulces para que pudiera probarlos todos.

—Es tu turno de explicarme qué sucedió entre tú y Midori para que

tengan esa terrible relación —dijo Emma cuando estuvieron satisfechos.

—Debo comenzar por cómo nació mi amor por la música para que entiendas luego cómo terminé arruinando mi relación con mi madrastra —explicó Hitoshi con sonrisa triste.

Ordenaron más té verde para continuar disfrutando de las confianzas en la placentera tarde.

—Como sabes, Nakamura y yo fuimos vecinos durante la infancia —comenzó Hitoshi—. Fue él quien me llamó *Hafu* por primera vez, revelando a nuestros compañeros que soy mitad japonés y mitad coreano. Desde ese momento todos me molestaban, y no solo por ese motivo, les valía cualquier excusa. Detrás de cada insulto o burla estaba Nakamura.

—Qué malvado, debiste decirme —reprendió Emma con dulzura.

Hitoshi besó su mano agradecido por la comprensión y continuó.

—El rechazo de mis compañeros me generaba una gran impotencia y me retraje, tanto que apenas hablaba con mis padres por temor a sufrir ese mismo rechazo, en especial por parte de mi padre siempre tan severo conmigo. Es por eso que mi madre se esforzaba por hacerme sonreír —recordó Hitoshi, la vista perdida hacia el exterior.

Afuera, atrayendo la mirada de ambos, el lago reflejaba los rayos del sol que comenzaba a caer.

—Una tarde, mi madre me llevó al mercado con ella. Mientras elegía vegetales fui cautivado por un escaparate del otro lado de la calle. —Continuaba recordando él—. Cuando ella me alcanzó me ofreció su mano y me llevó al interior de la tienda, ya no puedo recordar con claridad su rostro, solo sé que en ese momento sonreía muy feliz.

Emma sujetó la mano de Hitoshi con ojos brillantes, debió haber sido terrible para él perder tan joven a su madre, eso había propiciado su viaje a un país lejano. Hitoshi le sonrió y entrelazó sus dedos con los de ella.

—Dijo que escogiera cualquier instrumento —mencionó sonriendo con melancolía—. Aun desde la acera había visto el reluciente piano, analicé otros instrumentos antes de acercarme a esa monstruosidad negra y me gustó

tanto como me asustó. Pero al tocarlo...

Hitoshi cerró los ojos e hizo una expresión como si hubiera percibido una ráfaga de deliciosa fragancia. Emma se mordió el labio inferior deseando besarlo, era increíblemente apuesto y la edad no hacía más que acentuar sus bellos rasgos orientales.

En cuanto él abrió los ojos Emma se apresuró a acercar la taza a sus labios para evitar que le leyera los pensamientos.

—Mi padre no estaba de acuerdo en comprar el piano, mi madre logró convencerlo después de una gran pelea —reveló Hitoshi sin mencionar que Iwao lo había hecho responsable—. La música cambió mi vida, dejé de importarme lo que dijeran de mí o cuánto se burlaran, sabía que pronto estaría frente al piano y sería feliz haciendo lo que me gustaba.

Hitoshi comenzó a jugar con los delicados dedos de Emma, su expresión cambió de forma radical y mostró una tristeza infinita.

—A pesar de que mi madre me expresaba su alegría por mis logros y mi compañía, sabía que ella no estaba bien. Cuando la veía triste tocaba con toda la fuerza de mi corazón y parecía alegrarse. Tiempo después comprendí que no estaba bien por su enfermedad, me ocultaron la verdad hasta que fue demasiado tarde, ni siquiera pude despedirme adecuadamente.

—Cariño, lo lamento tanto... —dijo Emma con gran pesar.

—Ahora te diré lo que quieres saber —dijo Hitoshi intentando recomponer su sonrisa—. Luego de que mi padre se casara con Midori y ella se mudara a nuestra casa, en ocasiones la notaba triste y recordaba lo bien que le hacía mi música a mi madre e intentaba con la misma pasión que ella se alegrara también. Por desgracia, supe más tarde que provoqué el efecto contrario ya que Midori odiaba la música de piano.

Hitoshi rio ante la ironía y fue interrumpido por el timbre de su móvil.

Emma lo vio escuchar con el entrecejo fruncido lo que le decían, cuando colgó volvió a tomar la mano que había soltado para contestar la llamada. La miró con seriedad y comenzó a hablar.

—Debo decirte algo que no te hará para nada feliz, intenta no



preocuparte, Kai y yo procuraremos encontrar la solución.

—Habla ya, por favor —pidió Emma, impaciente.

—Nakamura te engañó, el contrato tenía una fecha para la entrega del trabajo y ya venció el plazo. Kai piensa que la información estaba en la hoja que firmaste, aduciendo que la habías saltado —explicó Hitoshi.

Emma se había vuelto blanca como un papel.

—¿Qué he hecho? —Se lamentó Emma pesarosa—. ¿Cómo pude creer en ese ser tan despreciable? Después de esto no volveré a conseguir empleo. ¿Cómo pagaré haber roto un contrato con una compañía tan importante?

—Tranquila, cariño —dijo Hitoshi para calmarla—. Nos tendieron una trampa, quieren que trabajemos juntos.

—¿Me usaron para obligarte a trabajar con ellos? —preguntó Emma.

Estaba azorada, no quería creer esa posibilidad, no solo porque despreciaban su talento, sino porque por su causa Hitoshi se veía obligado a trabajar para quien odiaba.

—Quizás fue así al inicio —dijo Hitoshi con sinceridad—. Pero al oír tu maravillosa música y lo que podemos hacer juntos no nos aceptarán por separado.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Emma, preocupada.

—Por el momento no podemos hacer nada y no cederé de ninguna forma estos días contigo —dijo Hitoshi, decidido—. Este es el instante más valioso de nuestras vidas, decidimos intentar formar una relación duradera y nadie acabará esa posibilidad precipitando ninguna decisión.

Emma lo observó conmovida, la seguridad y la determinación que él mostraba, le brindaban toda la seguridad que necesitaba. Estarían juntos sin importar las dificultades que tuvieran que enfrentar.

—De acuerdo —acompañó Emma—. No renunciaremos a solucionar el problema entre nosotros por el entrometido de Takumi. Solucionaremos todo al regresar y encontraremos la manera de que no tengas que firmar el maldito contrato con él.

Hitoshi llevó la mano de ella hasta su boca y la besó una vez más, demorando en alejar sus labios de la suave piel. Emma sintió una oleada de placer por su cuerpo, no sabía cuánto más podría soportar antes de arrojarse a sus brazos.

## 18

Durante la cena, Kai observaba a todos los presentes. Sus padres conversaban con Yumiko en su propio idioma ya que la atención de Emma estaba por completo atraída por Hitoshi. Ellos parecían estar disfrutando de su propio mundo, hablaban en voz baja sobre cosas de su juventud.

El acercamiento entre ellos era evidente y, sobre todo, más estable. El hecho de que Hitoshi le confiara a Emma el inconveniente con el contrato había reavivado la complicidad que había existido entre ellos desde que se conocieron.

—¿Cómo va tu trabajo? —preguntó Emma de repente a Kai.

Hitoshi desvió su atención también hacia él con el desconcierto en su rostro. Emma le susurró a qué se refería.

—Vaya, vaya —dijo Hitoshi, divertido—. ¿Podría verlo? ¿O papá podría?...

Iwao desvió también la atención al escuchar que Hitoshi lo nombraba. Kai adquirió primero un tono blanquecino, para luego enrojecer por tener todas las miradas centradas en él. Estaba a punto de inventar una excusa para franquear la chanza de su hermano sobre sus dibujos, cuando Midori los tomó por sorpresa con una repentina oleada de furia.

Arrojó sus palillos sobre la cena de Hitoshi lanzando exclamaciones, al parecer incoherentes hasta para quienes compartían su idioma.

Emma supo que Hitoshi se disculpaba, aunque para Midori no parecía ser suficiente y continuaba. Hasta que Iwao golpeó la mesa con su palma y la miró con una advertencia en sus ojos.

Midori resopló y se marchó.

—Lo lamento —dijo Emma en extremo apenada—. No debí comenzar con esa tonta broma.

—Lo siento, Kai —dijo Hitoshi con tristeza, sumándose a la disculpa—. Fue mi error.

—Maldición, no es tu culpa —le respondió Kai, furioso.

Iwao se levantó de su asiento, saludó con un gesto y caminó en la misma dirección que había salido su esposa.

—¡Dile que si continúa maltratándolo me marcharé de esta casa y no me volverá a ver! —dijo Kai a su padre antes de subir a su cuarto.

Su padre suspiró y continuó su camino, sus hijos sabían que también estaba muy enojado y se contenía.

—En verdad no es culpa de nadie —dijo Yumiko intentando llevar calma.

La joven se dispuso a ordenar la mesa y lavar la vajilla, Emma se ofreció a ayudarla.

Yumiko la rechazó y les aconsejó ir a dar un paseo.

Emma comprendió que en realidad lo que ella quería era que le sirviera de consuelo a Hitoshi. La manera en la que Midori le había mostrado su desprecio frente a todos fue demasiado para él.

Ambos caminaron en silencio hasta un parque cercano. Al llegar se sentaron en los columpios.

—¿Qué la enfureció tanto? —preguntó Emma con suavidad.

—No entendió de qué hablábamos y lo tomó como una burla contra Kai —explicó Hitoshi.

—Deberías revelar lo que sucedió con el piano —aconsejó Emma.

—No serviría de nada y es imposible mencionar a mi madre sin que comience a gritar —rechazó él—. Además de eso, Midori odia la forma en que mi padre se enamoró de mi madre, sin intermediarios, mientras que ella necesitó recurrir a casamenteros.

—Si gritará de todas formas, no veo por qué no decirle. Aunque no sea el único inconveniente entre ustedes, podría restar algo de tensión —razonó Emma.

—Simplemente no funcionaría —dijo Hitoshi concluyendo el tema—. Confía en mí.

Emma se hamacaba despacio y en silencio, solo acompañando a Hitoshi hasta que él mejorara, brindándole su apoyo.

—¿Me deseas? —preguntó Hitoshi de repente.

Emma estuvo a punto de caer del columpio por la sorpresa y por la calidez que disparó esa pregunta en su cuerpo.

—Hace unas noches fui a tu cuarto, estabas dormido —confesó Emma—. Diría entonces que la respuesta es sí.

Hitoshi rio y Emma se sintió feliz de nuevo, su corazón se rompía cada vez que él experimentaba sufrimiento.

—Tal vez podríamos besarnos en este sitio público y asegurarnos de

ese modo que no iríamos más lejos —aventuró Emma.

Él rio con más ganas esta vez. Se puso de pie y fue hasta ella, tomó su rostro y la besó con pasión, demostrándole cuánto la deseaba y lo mucho que le costaba contenerse.

Cuando se separaron sus respiraciones eran irregulares, sus corazones se habían acelerado de manera considerable.

—Soportaremos unos días más. —dijo Hitoshi comenzando el regreso a casa.

—Sí. —suspiró Emma sosteniendo la mano de él.

Luego del incidente con Midori y el paseo con Hitoshi, a Emma se le había dificultado dormir y cuando al fin lo logró, sufrió terribles pesadillas en las que veía el desconsuelo de Hitoshi durante su solitaria infancia.

Despertó demasiado temprano por la mañana, negándose a volver a dormirse por temor a padecer nuevas pesadillas.

Quería bajar a buscar una taza de café, pero tenía terror de encontrarse con Midori a solas.

Decidió tomar un extenso y relajante baño, todavía rondaba en su cabeza el asunto del contrato, aunque confiaba en Hitoshi, temía que se metiera en un problema por defenderla.

Al salir se arregló con especial cuidado, se vistió con un fresco vestido de verano color blanco, ajustado en la parte superior y con una falda amplia que no llegaba hasta sus rodillas. Se colocó unas sandalias bajas a juego y se peinó y maquilló con esmero. Antes de abandonar la habitación se roció su perfume preferido con aroma a rosas. Hitoshi había prestado especial atención a los sitios donde había sentido esa fragancia, recordó sonrojándose.

Salió al pasillo con la intención de invitar a Hitoshi a desayunar fuera de la casa, la puerta del cuarto estaba abierta y se oía una nueva discusión desde el piso inferior.

Emma se encontró con Kai en las escaleras, que alertado por los gritos bajaba para intervenir. Llegaron frente a la puerta de entrada donde Midori empujaba a Hitoshi hacia el exterior, Yumiko lo sujetaba por un brazo

mientras se interponía entre ambos sin poder lograr nada.

Kai le gritó a su madre algo que Emma no pudo entender, esta se silenció al momento y caminó hasta él como justificándose.

—Ven, salgamos de aquí —dijo Hitoshi al ver a Emma.

Emma obedeció en silencio mientras dejaban atrás a Yumiko que lloraba y suplicaba que regresaran cuando estuviera su padre. Hitoshi ni siquiera volteó a verla. Estaba por completo perdido en su pena otra vez.

Él se sentó en el asiento de conductor de su coche, aunque no lo encendió, algo que Emma agradeció. No podía conducir en ese estado.

—Caminemos —dijo Emma con cautela, tomándolo de la mano.

Hitoshi asintió y descendió del vehículo.

Durante varias calles caminaron en silencio, él no parecía recordar que iba con alguien. Al pasar frente a un parque, Emma decidió sujetarlo y dirigirlo hacia un asiento. Corrió hacia un comercio y compró un par de bebidas. Regresó junto a él y le tendió una.

Emma esperó un poco más, sin embargo, él continuaba en silencio. Había prometido ser paciente, aunque temía que volviera a encerrarse en esa endemoniada coraza impenetrable.

—¿Qué sucedió? —preguntó ella nerviosa.

—No hablaremos de eso —dijo él, cortante.

Ella volvió a guardar silencio, pensando en la escena que había visto. Como no conocía el idioma, excepto por muy pocas palabras, no tenía manera de saber qué había avivado esa nueva pelea. Le había parecido oír el nombre Ayame, pero Midori hablaba tan rápido y en un tono tan alterado que era posible que lo hubiera confundido con alguna otra palabra.

—¿Serías capaz de engañarme? —dijo Hitoshi ensimismado.

Emma no entendía la relación que podía tener esa pregunta con lo sucedido. Al ver cuán afectado se encontraba se apresuró a tranquilizarlo.

—¿Cómo puedes preguntarme eso? Eres el único hombre que en

realidad me ha importado —confesó por primera vez, aun ante sí misma.

—¿Qué hay con respecto a Richard? —preguntó sorprendido Hitoshi.

Emma soltó un tenso suspiro.

—La razón por la que quería ser bailarina era porque pensaba que, si llegaba a ser reconocida, mi madre, la exitosa bailarina que dejó a su familia por su carrera, querría pasar tiempo conmigo. Cuando tuve que abandonar la danza supe que nada de lo que hiciera sería suficiente para que eso sucediera —explicó Emma—. Tiempo después de que contrajeras matrimonio mi madre se interesó más en mi vida, imagino que mi padre le informó sobre lo sucedido.

Hitoshi cada vez estaba más interesado en la conversación y olvidaba su propio problema.

—Ella incluso pasó un tiempo en Londres y mi obsesión por agradecerle regresó —continuaba Emma, enfadada consigo misma—. En ese tiempo Richard no se apartaba de mí y a ella le agradaba al punto de presionarme para que aceptara su amor.

—Y cediste —afirmó Hitoshi odiándose una vez más por haberse alejado.

—Así fue —confirmó Emma—. Descubrí en Richard un compañero fiel y llegué a amarlo, aunque de una manera más bien amistosa. En cambio, al pensar en mi amor hacia ti, se me viene a la mente la palabra pasión. Cuando él regresó a Francia supe que nuestra relación había sido pasajera y que ambos lo vimos así desde el principio a pesar de que teníamos planes de boda, al final solo hacíamos lo que se esperaba de nosotros.

—Entiendo —dijo Hitoshi mirando el suelo—. Me sucedió igual con Ayame, intenté dar lo mejor de mí, complacerla y hacerla feliz, aunque no deseaba casarme con ella y nunca llegué a amarla.

El corazón de Emma dio un salto, al fin él contaba algo sobre sus sentimientos hacia su esposa.

—Cuando regresé para la ceremonia de mayoría de edad mi padre me dijo que pronto acudiría a un casamentero para el omiai, o elegiría él mismo

una esposa para mí. No quiero solucionar mi relación con Midori porque fue ella quien convenció a mi padre de que debía casarme —confesó Hitoshi—. Jamás les perdonaré haberme atado a esa serpiente disfrazada.

Emma se sorprendió al escuchar salir de su boca esas palabras tan duras, siempre creyó que Hitoshi no quería hablar de Ayame porque la había amado con locura y la extrañaba, no obstante ahora descubría que en realidad no hablaba de ella para no ser irrespetuoso con una persona fallecida.

Pensó que el hecho de que hablara aclararía las cosas y en realidad solo planteaba más interrogantes.

—Dejemos este asunto para después —dijo Emma, notando un temblor en las manos de él—. ¿Qué deseas hacer? Este será tu día.

Hitoshi deseaba regresar a Kioto, pero se negaba a salir huyendo de la esposa de su padre. Juntó la poca energía que tenía y se esforzó por despejar su mente para dedicarse por completo a Emma.

—Te llevaré a Corea —dijo Hitoshi intentando sonreír.

—No creo que debamos ir tan lejos. —Emma lo miró como si se hubiese vuelto loco.

—No te preocupes, podemos llegar caminando —dijo Hitoshi poniéndose de pie—. Te ves demasiado bella hoy, no tengo más alternativa que llevarte de paseo y presumirte.

Emma se sonrojó ante el cumplido, luego de la pelea no creyó que él notara su aspecto.

Caminaron hasta llegar a un barrio coreano. Hitoshi se notaba más alegre y la llevaba de la mano señalándole lugares que había visitado con su madre.

—Mi padre nunca supo que venía aquí con mi madre, él creía que era peligroso. Mi madre adoraba este lugar, decía que era como volver a su país por un instante. —Hitoshi paseaba observando todo con nostalgia—. Mi madre dejó todo para venir aquí con mi padre, incluso a su familia que le dio la espalda para siempre.

Emma se colgó de su brazo.



—Hoy daremos un paseo gastronómico —dijo Hitoshi sonriendo—. Degustarás deliciosos platos típicos.

Ingresaron a uno de los establecimientos con grandes carteles de letras coreanas y tomaron asiento, Hitoshi ordenó en idioma coreano. Emma sentía que se derretía al oírlo hablar en esos idiomas que manejaba tan bien. Hablaba también un poco de italiano y alemán que había aprendido en sus giras.

Hitoshi notó como lo observaba arrobada y le obsequió un guiño.

Ella volvió a sonrojarse y lanzó una risa tonta que la avergonzó aún más.

—Comenzaremos con unas piezas de *Gimbap* —explicó Hitoshi cuando trajeron la comida.

—Es sushi —contradijo Emma, observando el platillo.

—Es Gimbap —insistió Hitoshi riendo—. El arroz es cocido con ingredientes diferentes.

Emma sujetó una pieza con los palillos y la llevó a su boca. La masticó con deleite notando cada sabor.

—Es muy delicioso. —Calificó ella después de varias piezas—. Me gusta.

—Ya lo noté —dijo él, divertido.

Al terminar de comer allí, Hitoshi la guió hasta un lugar cercano.

—Esta vez probarás mi comida favorita —dijo Hitoshi—. *Bibimbap*.

Emma recibió un cuenco, en su interior podía apreciarse una porción de arroz, gran variedad de vegetales y un huevo frito que servían de colchón a una porción de carne.

Sostuvo un trozo de la carne que se veía muy apetitosa y pasándola por una salsa roja la llevó a su boca antes de que Hitoshi con cara de espanto pudiera detenerla.

Los ojos de ella comenzaron a enrojecer y también todo su rostro,

Hitoshi le acercó el plato de sopa y sirvió *soju* en su vaso. Emma acabó con todo en segundos.

—Santo cielo, es muy picante —dijo cuándo pudo al fin calmar el ardor—. Debiste advertirme.

—Ni siquiera me diste tiempo —se defendió Hitoshi, intentando contener la risa—. Tienes que mezclar todo antes de comerlo.

Él ya no pudo contenerse y rompió en carcajadas, la gente lo miraba como si estuviera loco. Ella sujetó sus palillos y repitió el procedimiento anterior, colocando la pieza dentro de la boca de Hitoshi, cortando de raíz su ataque de risa.

Él, de repente enmudecido, tragó sin masticar y bebió *soju* sin tener en cuenta que era una bebida alcohólica. En ese momento era Emma la que reía a carcajadas.

Terminaron el segundo plato, Hitoshi se aseguraba de pedir porciones pequeñas para que ella no se saciara tan pronto.

—Como último plato elegí *Bulgogi* —explicó él, entrando a otro sitio.

El aroma a carne asada atrajo la atención de Emma al instante, aunque sentía que no le cabía un bocado más.

Tomaron asiento y dispusieron la mesa.

—La carne vacuna se marina en una mezcla de salsa de soja, ajo, aceite de sésamo y azúcar —relataba Hitoshi mientras la cocinaba en la parrilla que había en el centro de la mesa—. Su nombre cambia según el tipo de carne que desees, para carne de cerdo su nombre es *Samgyeopsal*.

Cuando la carne estuvo cocida, Hitoshi tomó una hoja de sésamo, colocó un trozo de carne y vegetales, formó un pequeño rollo y lo acercó a la boca de Emma que lo recibió encantada. Ese gesto tan íntimo y las cantidades de *soju* ingeridas comenzaban a tener efectos secundarios. Estaban divirtiéndose, pero la tensión sexual iba en aumento.

Hitoshi hizo un rollo para él, lo remojó en una salsa y lo metió en su boca, dejando en su labio inferior una gota de salsa. Emma la quitó con su dedo, demorándose en una caricia al hacerlo.

—No sé cuánto más resista —murmuro Hitoshi.

Emma rio nerviosa, pese a que comprendía lo estúpido que era sentirse de esa forma teniendo en cuenta lo ocurrido en las pequeñas vacaciones, no podía evitarlo y la expectativa que sentía era casi insoportable.

—Lo siento, bebí demasiado soju —dijo riendo Hitoshi al notar la incomodidad de su compañera ante su sinceridad.

—Tampoco sé cuánto más resistiré —confesó Emma luchando por no evocar su imagen sin ropa—. Aunque sería injusto culpar al soju por pensar en sexo cuando estoy contigo, es algo frecuente.

Hitoshi la miró enarcando una ceja y luego rompió a reír de nuevo cuando ella notó lo que acababa de decir. Enrojeció por completo y se cubrió la boca con las manos.

—No te avergüences —dijo él con ternura—. Y no cubras esa deliciosa boca que me vuelve loco.

—No juegues conmigo —respondió Emma ante lo que creía una burla.

—No estoy jugando —aseguró él dejando la risa.

Se miraron a los ojos durante unos segundos, podían leerse los pensamientos y coincidían, estaban cayendo ante la tentación.

—Salgamos de aquí, hay un lugar que tiene un excelente café y debes probar el delicioso *Chapssal*, lo hacen con harina de arroz —dijo Hitoshi para distraer su mente.

En el exterior el cielo se cubría, al parecer llovería más tarde. Hitoshi miró y deseó que cayera un diluvio que calmara el calor que crecía sin control en su interior, mientras Emma hacía lo mismo. Sentía que la ropa se adhería a su cuerpo y solo podía pensar en tomar un baño, lo que le traía los recuerdos de esa mañana en el hotel de Kurama.

Acompañado de un delicioso café que logró aplacar sus espíritus, Emma degustó el pastel de arroz.

—Estoy satisfecha, creo que no comeré en tres días —bromeó Emma.

—Ha sido un día extraño, pero por ti también ha sido fantástico —

reflexionó Hitoshi—. Gracias por estar a mi lado a pesar de tantos inconvenientes y malos entendidos.

—Sabes con qué intenciones lo hago —dijo fingiendo exagerada sensualidad para bromear.

—No intentes restarle importancia —dijo él tomando sus manos sobre la mesa—. Eres una mujer increíble y valiosa.

Emma se removió en su asiento, intentando soltar sus manos con delicadeza.

—Sé que los halagos te ponen nerviosa, no obstante, debes aprender a recibirlos porque los mereces. —Hitoshi hablaba con voz grave, embrujándola.

—No soportaré mucho más de esta manera —confesó Emma mientras el calor de las manos de él se expandía por todo su cuerpo.

—Tampoco yo. —Estuvo de acuerdo él—. Creo que lo hicimos bien, y avanzamos mucho.

—Eso significa que... —Emma tragó en seco ante lo que creía entender.

—Que te haré el amor esta noche —susurró Hitoshi acercándose a ella.

Emma captó en su mirada el arrollador deseo que lo había invadido y que hacía lo mismo con ella en ese instante.

—Demos un paseo, necesitamos aire fresco —dijo Hitoshi con una sonrisa complacida.

Él detuvo un taxi y partieron hacia la torre de Tokio, Emma estaba emocionada, había visto magníficas fotografías y deseaba conocerla.

Hitoshi abonó el precio especial correspondiente y ascendieron hasta el mirador exclusivo a casi trescientos metros de altura.

Emma, con algo de temor, caminó aferrada al brazo de Hitoshi que la guiaba para que pudiera ver toda la ciudad que rodeaba la torre.

Las primeras gotas comenzaron a caer y las demás personas que

observaban se apresuraron a refugiarse. Emma estaba a punto de seguirlos, pero Hitoshi la detuvo y la estrelló contra su cuerpo, veloz pegó sus labios a los de ella y la besó con ansias.

Emma respondió al beso de forma voraz, también anhelando más, con el consuelo de que pronto recibirían lo que tanto deseaban.

Él se apartó con esfuerzo, temía que alguien subiera y los encontrara en esa situación tan íntima, pues sus manos se negaban a quedarse quietas y perder la oportunidad de recorrer las curvas de Emma.

Él le ofreció su mano para marcharse, ella tomándola aceptó la romántica propuesta de pasear bajo la lluvia.

Para acabar el día, Hitoshi decidió llevarla a una fábrica de sake. Cataron distintos tipos y acabaron algo más que mareados debido a eso y al abundante soju consumido durante las comidas coreanas.

Aunque no lo mencionaron, salieron con prisa. El nerviosismo por la expectación los hacía actuar de manera torpe. Hitoshi detuvo un taxi y le indicó su destino al conductor.

Cada quien miraba por la ventana de su lado, sin embargo sus manos descansaban unidas en mitad del asiento.

Cuando el coche se detuvo Hitoshi pagó la tarifa y descendieron. Emma se detuvo a un lado de la puerta a esperar que él abriera. Sin previo aviso la sujetó contra la pared y la besó. Un beso profundo, feroz.

Ella respondió de inmediato, superando la sorpresa inicial. Lo sujetó por el cabello, presionándolo para que no detuviera el beso. Él la tomó por el trasero, apretándola contra su cuerpo para hacerle sentir su hombría.

Hitoshi abrió la puerta con brusquedad por no separarse un milímetro de Emma. Perdidos en el remolino de pasión que los tenía cautivos, golpearon la mesa lacada del recibidor, y aunque no se detuvieron, intentaron no golpear más nada. Hasta que Hitoshi se apartó repentinamente. Ella abrió los ojos con esfuerzo descubriendo que alguien había encendido la luz.

Los gritos de Midori resonaron en toda la casa, atrayendo a los demás integrantes de la familia.

La mujer enfurecida al encontrarse con una escena indecente, se acercó amenazante a Emma con una mano en el aire, Hitoshi se interpuso entre ambas.

La bofetada resonó en la estancia al tiempo que Yumiko lanzaba una expresión de congoja.

Kai empujó a su hermana para pasar mientras le gritaba algo a su madre. Iwao reprendía a su hijo menor y a su esposa con nerviosismo, la situación se había salido de control. Hitoshi observaba la puerta debatiéndose entre abandonar la casa o subir las escaleras, se notaba la furia bullir debajo de su férrea quietud.

—Yumiko, por favor traduce a tu madre —dijo Emma, mientras le hacía frente a Midori—. Cuando era niño y tocaba el piano...

—¡Detente! —ordenó Hitoshi.

—Cuando Hitoshi tocaba el piano era porque la veía triste y quería alegrarla —continuó Emma ignorándolo—. Cuando su madre estaba triste la alegraba de esa forma y quería hacer lo mismo con usted, él nunca quiso molestarla.

Hitoshi permanecía de pie con los puños apretados a los costados de su cuerpo mientras Yumiko acababa de explicar a su madre. Midori miró con furia a Emma, dio media vuelta y se marchó a su habitación.

—Dile que mañana mismo buscaré un apartamento y me marcharé —dijo Kai a su padre y se retiró también.

Yumiko sujetó una mano de Hitoshi en señal de apoyo y también subió a su habitación.

—Ella pensará en lo que acaba de oír y reflexionará —dijo Iwao con poca convicción dirigiéndose a su hijo—. No culpes a tu amiga, hizo lo correcto, Midori necesitaba saberlo, debiste decirlo antes.

—Sabes que nada cambiará entre ella y yo —aseguró Hitoshi, pesimista—. En cuanto esté en condiciones de conducir, Emma y yo nos iremos a Kioto, dile que se acostumbre a ella porque no dejaré que se aleje de mí otra vez, sé que quería elegirme una nueva esposa que pudiera manejar a

su antojo, lamento echar sus planes por tierra.

Hitoshi tomó a Emma de la mano y la escoltó hasta la puerta de su habitación, la abrió y la empujó con suavidad dentro.

—No te revelé esa parte de mi pasado para que salieras en mi defensa como si fuese un niño —regañó Hitoshi.

Sin darle tiempo a replicar la dejó sola y se marchó a su cuarto. Afuera la lluvia arreciaba. Había planeado una velada muy distinta a aquella. Al menos las opiniones de cada uno estaban claras ahora. A pesar de que estaba furioso con Emma en esos momentos, reconocía que ella había contado su secreto con inocencia para ayudarlo, creyendo que Midori recuperaría la cordura al escuchar esa triste historia. Aun no la conocía. Al menos Kai escaparía de sus controladoras garras.

## 19

Emma y Hitoshi ya habían cargado su equipaje en el automóvil. Decidieron retrasar la partida hasta el atardecer para poder despedirse de Iwao que debió ir a su empresa para atender un problema urgente.

Todos se habían reunido para desearles un buen regreso excepto Midori que se negaba a verlos, culpando al hijo de su esposo por la mudanza de Kai.

La pareja emprendió el viaje, Hitoshi aún permanecía distante con Emma de manera que el inicio del viaje era silencioso una vez más. La lluvia no se había detenido desde la noche anterior y ella estaba inquieta.

—Deberíamos dormir en un hotel, comienza a oscurecer y la lluvia no se detiene —sugirió Emma.

—Acabamos de salir —respondió Hitoshi sin apartar la atención del camino—. Quiero regresar a mi casa, la pelea acabó con mi energía.

Emma encendió la música para no viajar en silencio, necesitaba relajarse.

—No te preocupes —dijo Hitoshi para calmarla—. Iré con cuidado.

Ella le agradeció con una sonrisa y continuó observando hacia el exterior, al menos él se fijaba en cómo se encontraba a pesar de su enojo.

Unos kilómetros más adelante, ella encontró en su chaqueta el papelillo con la predicción que habían comprado en el templo y nunca habían mojado. Como la lluvia no había cesado, Emma bajó apenas el vidrio e intentó mojarlo, a pesar de que creyó sostenerlo con firmeza se soltó de su mano.

—Quédate con el mío, está delante de ti en el compartimiento —dijo Hitoshi con una sonrisa ante su torpeza.

Emma lo tomó y esta vez pudo realizar su cometido con éxito. Los símbolos se dibujaron en el papel.

—¿Qué dice? —preguntó Emma acercándolo a Hitoshi.

—Dice que si aparto mi vista del camino podríamos tener un accidente —dijo Hitoshi riendo sin mirar el papel.

Su risa se cortó de forma abrupta y aferró con fuerza el volante.

—¡Sujétate! —gritó Hitoshi mientras una fuerte luz lo bañaba.

Casi cegado por las fuertes luces, Hitoshi intentó maniobrar para que el coche que acababa de cruzarse de carril no impactara contra ellos.



Giró el volante por instinto lanzándose a un lado de la carretera, rogando porque el terreno fuera parejo y firme.

Emma cerró los ojos con fuerza cuando Hitoshi gritó y los abrió con lentitud cuando el vehículo quedó inmóvil. Asustada, miró a Hitoshi que permanecía sosteniendo con fuerza del volante, sus nudillos blancos por la fuerza que ejercía.

—Cariño —dijo Emma intentando recuperarse—. ¿Te encuentras bien?

Él no se movía, Emma temía que estuviese en shock. Apoyó su mano en la de él con suavidad y repitió la pregunta, en esa oportunidad él giró su cabeza para verla.

—Amor mío —dijo él con voz entrecortada—. Temí lo peor.

Hitoshi se deshizo del cinturón de seguridad y la abrazó con fuerza. Emma rompió en llanto, si tenían una colisión a la velocidad que se había cruzado de carril el otro conductor, hubiesen resultado gravemente heridos o incluso habrían muerto. Se aferraron el uno al otro por un buen tiempo hasta que se convencieron de que todo había resultado bien.

—Necesito un momento —dijo Hitoshi y bajó del coche.

Él permanecía de pie bajo la lluvia, Emma lo dejó solo unos minutos, luego fue a su lado.

—Pude notar que el conductor no era oriental, probablemente era un turista que no quería tener problemas con la ley aquí y por eso no se detuvo a ver si nos encontrábamos bien —comentó Emma con nerviosismo.

Hitoshi volvió a abrazarla y ella pudo sentir como todavía temblaba.

—Acabamos de pasar un hotel, deberíamos regresar y descansar allí hasta mañana —dijo Emma preocupada.

—No puedo conducir —confesó Hitoshi soltándola y enseñándole el temblor de sus manos—. Si hubiese tardado unos segundos más en reaccionar, el coche en sentido contrario hubiera dado de lleno de tu lado del coche, en este momento podría estar lamentando...

—Todo está bien, cariño. No hay nada que lamentar. —Emma tomó

sus mejillas y notó sus ojos enrojecidos—. Lo has hecho magnifico y has evitado la colisión.

Al instante comprendió todo, además del terror que acababan de sufrir, él estaba relacionando este incidente con el fallecimiento de Ayame, que había sido de manera repentina, también involucrando a un vehículo fuera de control que la había arrollado.

—Yo conduciré, solo estaba asustada, ya me encuentro mejor — aseguró Emma.

Hitoshi dudó, ella se mostró fuerte y segura logrando convencerlo.

Emma condujo con cautela de regreso hasta el pequeño y acogedor hotel. Consiguieron un cuarto y por fortuna tenían una cafetería.

—Toma un baño para relajarte, traeré té y algo de comer. —Le dijo Emma con una sonrisa tranquilizadora.

Hitoshi asintió y entró al cuarto de baño, todavía llevaba el nudo en la garganta. Comprender que podría haber perdido a Emma por una tontería había destruido sus nervios. Debió haberla oído cuando le recomendó detenerse.

En la mente de Emma, la preocupación por el estado de Hitoshi había reemplazado el miedo que había sentido, aunque sabía que el accidente podría haber sido realmente grave, estaba agradecida de que solo había sido un gran susto.

En cambio, con Hitoshi era mucho más difícil por el desenlace sucedido en el caso de Ayame. El miedo lo atenazaba y se traslucía en sus ojos. Al bajar del coche había llorado.

Que no hubiera amado a su esposa no significaba que no le hubiese afectado su partida.

Luego de comprar el té y unas galletas, Emma regresó al cuarto. Hitoshi la esperaba sentado en un cómodo sillón que había en la habitación, su mirada perdida a través de la ventana.

—No puedo evitar pensar en cómo sería mi vida si no existieras —dijo Hitoshi sin mirarla—. Tan triste y vacía.

—Estoy aquí —dijo Emma sonriente, sentándose junto a él.

—No merezco tu cariño —afirmó él mirándola por fin—. He sido una persona espantosa.

—No digas eso —contradijo Emma—. Eres un buen hombre.

—Cuando supe que Sophie había muerto en ese terrible atentado... — La voz de Hitoshi se quebró, aunque continuó—. Lo lamenté, pero me alegré de que no hubieras sido tú. Estábamos tan lejos y, aun así, si algo te hubiese sucedido hubiera muerto de pena.

Emma lo observaba, su mirada expresaba tanto dolor.

—Richard me envió un correo poco después de que eso sucediese, confesándome que Sophie siempre me había amado en secreto, aunque sabía que yo estaba interesado en ti —recordó Hitoshi—. También me dijo que de manera inconsciente siempre estabas comparándolo conmigo.

—Yo no... —comenzó Emma.

—Él lo sabe —interrumpió Hitoshi—. Dijo que tú no serías capaz de dañar a nadie adrede.

—Pobre Richard —dijo Emma con ojos brillantes.

—Pregunté a los muchachos por qué nadie me dijo sobre lo que estaba pasando con tu padre y el desarrollo de su enfermedad —continuaba él—. Richard pidió que no lo hicieran, y ellos considerando su situación, accedieron. Se sentían culpables porque sintieron que te dejaban sola, por eso la comunicación fue cada vez menos frecuente.

—No tenía idea —dijo Emma sintiendo un poco de rencor hacia sus amigos.

—Eso no es todo —siguió Hitoshi—. Estaba furioso y me comuniqué con Richard ayer por la noche para pedirle explicaciones.

—Santo cielo —dijo Emma cubriendo su boca con una mano.

—Me gritó que sabía que acabaríamos juntos, él retrasó todo lo que pudo ese momento, incluso sabía mi número actual de teléfono cuando le preguntaste antes de viajar y lo negó intentando persuadirte para que no

dejaras Londres.

—Él tiene su propia familia ahora —dijo Emma dolida—. ¿Por qué no quería que fuera feliz también?

—Todos dijeron que el dolor por la pérdida de su hermana lo volvió en nuestra contra —explicó Hitoshi.

—¿Por qué disfrutaba de mi sufrimiento? Siempre fui amable y respetuosa con sus sentimientos —reprochó Emma.

—Debes entender y perdonar —dijo Hitoshi—. El terrible dolor que debió haber sufrido al perder a su hermana gemela debía ser expresado en alguna forma, ustedes estaban en crisis y él pensaba que tú me veías como el hombre ideal, según me dijo él mismo. Intenté convencerlo de que no era así, pese a ello nada lo hubiera hecho cambiar de opinión.

Emma reflexionó sobre lo que él acababa de decir y aunque creía que no era justo, podía comprender lo que se sentía perder a un ser amado, la soledad en la que uno caía.

—Lo entiendo, pero ya no hablemos del pasado —pidió Emma intentando apartar el rencor.

Hitoshi la abrazó de nuevo para consolarla y también buscar consuelo, las cosas que vivían esos días eran difíciles, sin contar que era la primera vez en muchos años que él hablaba tan abiertamente sobre sus sentimientos y emociones.

Emma sentía el calor que le brindaban los brazos de él y se sintió segura. Disfrutaron del té que obró como bálsamo, aquietando sus agitadas mentes y relajando sus cuerpos.

Hitoshi la miraba con intensidad, sus pensamientos podían leerse con claridad en sus ojos color café. Emma sentía la tensión sexual entre ambos, acrecentándose sin control.

Habían decidido volver a hacer el amor de forma más natural sin embargo la esposa de Iwao había cortado de raíz con eso. Solos en ese hotel, y a pesar de haber vivido un momento traumático, tenían la libertad de volver a pensar en ello. Esta vez únicamente debían actuar.

—¿Temes que volvamos a pelear luego? —La sorprendió Hitoshi.

—No es eso —respondió Emma sonriendo ante la empatía que él demostraba.

Ella giró en el sofá para verlo de frente.

—No quisiera que tomemos nuestra relación como un desahogo de las situaciones difíciles que atravesamos —confesó Emma. —Decidimos avanzar con cautela, estoy de acuerdo, pero no deseo planear cada paso, colocando fecha para hacer el amor o cualquier actividad en conjunto.

—Entiendo —dijo Hitoshi, pensativo—. Me he vuelto demasiado cauteloso por temor a perderte, y en algún punto la cautela se convirtió en terror y me he congelado, creyendo que la más mínima reacción fuera de lugar puede ocasionar tu partida.

—No soy la frágil flor que imaginas, soy una mujer que ha vivido y sufrido, y eso me ha hecho más fuerte de lo que crees —dijo Emma con sinceridad—. Si pude soportar tu partida cuando éramos jóvenes, puedo soportar cualquier cosa.

—Cásate conmigo —dijo Hitoshi en un impulso.

—No.

Emma soltó la palabra sin dureza, aunque de manera firme.

—Lo dices por las razones equivocadas —explicó Emma—. Has tenido una vida muy dura y temes que desaparezca, pero un papel no nos mantendrá unidos. Solo nosotros podemos lograr eso.

Hitoshi se sintió algo molesto ante la negativa pese a que no faltaba razón en lo que ella decía, intentó ocultar sus emociones y ser comprensivo.

—De acuerdo, intentemos solucionar tu primera inquietud —dijo él conciliador—. Dejaremos un poco de lado la cautela y seremos espontáneos.

Emma lo abrazó agradecida por su comprensión, aunque podía notar que estaba un poco molesto.

—Tomaré un baño antes de dormir —dijo ella poniéndose de pie.

—Por supuesto —respondió Hitoshi haciendo lo mismo.

Emma avanzó para pasar junto a él, que fue más rápido y se interpuso en su camino. Abrió sus brazos y la envolvió, besándola con ferocidad.

—¿Qué haces? —preguntó Emma con la respiración entrecortada en cuanto él la soltó.

—Estoy siendo espontáneo —respondió con sonrisa seductora.

Hitoshi se quitó la camisa provocando que Emma olvidara lo que estaba a punto de decir. Leyendo el deseo en sus verdes ojos, él introdujo su dedo índice en el pantalón de ella y tiró, atrayéndola hacia su cuerpo.

Ella se dejó llevar, entregándose por completo a esa arrolladora pasión que él encendía cada vez que la tocaba.

Hitoshi devoró su boca como si fuese un manjar exquisito, acariciando su cuerpo con el único propósito de enloquecerla y ella cayó rendida a sus encantos, su cuerpo musculoso pegado al suyo, ambos ardiendo en la hoguera que encendían y permitían que se descontrolara. Sin separar sus bocas, sus manos se movían incesantes entre caricias y tirones de prendas de ropa que separaban sus cuerpos.

Sin estar segura del cómo, Emma se vio sentada a horcajadas sobre él en el sillón, despojada de casi toda su ropa al igual que él, que permanecía solo con su ropa interior, aunque ya era notable su excitación.

Hitoshi sujetó sus manos detrás de su cuerpo y besó su cuello, siguió la clavícula y trazó un sendero húmedo hasta su ombligo. Emma dejó caer su cabeza hacia atrás por la oleada de placer que sintió. Deseaba tocarlo, acariciar sus pectorales, sus abdominales perfectamente marcados, él no se lo permitía y así la torturaba de esa manera devastadoramente sensual. Él parecía conocer cada debilidad suya y la usaba en su beneficio.

Emma movía la única parte de su cuerpo que podía, balanceaba sus caderas adelante y atrás, rozando la masculinidad de Hitoshi, provocando que él gruñera apretando los dientes ante cada contacto. Oírlo le producía una perversa alegría y la excitaba en gran manera.

—¿Es suficiente espontaneidad para ti? —preguntó él intentando

contenerse.

—No todavía —respondió Emma temeraria, mordiendo su labio inferior.

Él la miró intentando aclarar su mente para comprender a lo que ella se refería.

—Haz de mi lo que desees... —susurró ella y lamió su cuello.

Él perdió toda conciencia y se dejó provocar. Pasó la punta de su lengua por su labio inferior, aquel que ella siempre se mordía cuando algo la excitaba.

Emma sintió como si un rayo la atravesara, pese a que entregó su boca al contacto él se alejó, negándole lo que tanto anhelaba.

Él la miró de manera oscura, una que nunca le había notado antes, con una advertencia implícita, a lo que ella respondió con una sonrisa de lado, desafiándolo.

Hitoshi levantó una ceja y sus labios también se curvaron en una sonrisa demoniaca y perversamente sensual que provocó en ella una inmediata oleada de excitación.

Él la sujetó del trasero y la colocó de rodillas en el sofá para sacarse la ropa interior, liberándose. La tomó con una mano de la cintura y con la otra corrió su braga a un lado. Emma supo al instante lo que haría y eso la encendió aún más. Sin miramientos la presionó hacia atrás, entrando en su cuerpo en un solo movimiento.

Ella comenzó a mecerse con él, que había apoyado el pecho en la sedosa espalda femenina mientras la abrazaba sujetando los mullidos montículos al frente. Emma hizo su cabeza hacia atrás en un gesto de puro goce, Hitoshi capturó su boca, aturdiéndola con un beso que la hizo perder la razón por completo y estirando sus manos lo tomó de sus esculpidas nalgas para presionarlo contra ella.

Preso de la pasión, él la colocó debajo de su cuerpo en la mesa baja que tenían delante, arrojando a un lado los ornamentos y las tazas de té que habían consumido momentos antes.

Emma nunca lo había sentido así, él demostraba al fin toda la fuerza de su pasión. La reclamaba como suya en cada embestida y ella se entregaba por completo sabiendo que lo era, así como él era suyo.

Con su torso erguido, arrodillado en el suelo se impulsaba una y otra vez, las piernas de Emma atrayendo su cadera, acompañando cada delicioso movimiento.

Ella subió con sus manos acariciando el largo de los musculosos brazos masculinos hasta llegar a su cuello, lo atrajo hasta su boca y devoró sus labios, saboreando su cálida y sedosa lengua que la invadía sin piedad, bañándola de infinitas sensaciones de deleite.

Hitoshi se puso de pie sin separar sus cuerpos y la llevó hasta la cama, donde la presionó bajo su cuerpo, acariciándola, lamiéndola, besándola sin apiadarse de ella mientras invadía su cuerpo haciéndola arder en deseos.

Emma rogaba y gemía mientras Hitoshi también se hundía en esa devastadora y exquisita sensación del clímax.

Saciados y exhaustos, en un apretado abrazo, se entregaron al sueño con la paz de saber que estaban a salvo, uno junto al otro.



## 20

Hitoshi salió temprano para buscar el desayuno, quería agasajar a Emma con su pastel predilecto antes de continuar el viaje hacia Kioto.

Cuando regresó cargando café y pastel, encontró a Emma completamente arreglada para salir. Depositó su carga en la mesa que evocaba recuerdos por demás gratos de la noche anterior y se acercó a ella.

—Qué pena que hayas dejado la cama —dijo seductor, besándola apasionadamente.

Emma se sujetó de él, entregándose por completo.

—Debemos desayunar y marcharnos, pequeña golosa —dijo Hitoshi, apartándose con esfuerzo.

—Eres tan cruel —respondió Emma con un pequeño mohín.

Salieron sin prisa luego de haber disfrutado de los alimentos, el desgaste de la pasada velada los había dejado famélicos. Hitoshi tomó el asiento del conductor, ya repuesto del susto.

Poco después de haber emprendido el camino, Emma se durmió. No había querido admitir lo exhausta que se encontraba. Él permitió que descansara y de tanto en tanto desviaba su vista para admirar su pacífica belleza, sus largas pestañas, sus labios rojos y esa bella trenza suelta de cabello castaño.

—Cariño, despierta —llamó Hitoshi con suavidad.

Emma abrió un poco los ojos y le sonrió avergonzada.

—Lo siento, no resistí —se disculpó viendo que se habían detenido al costado del camino.

—No lo sientas, he disfrutado de lo increíblemente hermosa que te ves cuando duermes.

Ambos acercaron sus labios y se besaron largamente, ella sujetaba sus mejillas y él la fina cintura femenina.

—Agradezco cada día la decisión de haber venido yo misma a entregar la carta —confesó Emma apartándose, sin embargo, no retiró sus manos.

—También yo —reveló Hitoshi—. Aun no entiendo cómo no fui por ti.

Esta vez él tomó su cabeza y la besó con más pasión, para tomar distancia pronto, riendo. Sabían hacia donde llevaba ese comportamiento desatado y ese no era un lugar apropiado.

—Continuemos, quiero enseñarte algo —dijo enigmático.

Luego de unos minutos, Emma vio una señal distinta al costado de la carretera y algunos metros adelante distinguió notas musicales pintadas en el pavimento de un carril. Hitoshi bajó la velocidad e inició el tranquilo recorrido por allí.

Emma se maravilló como una chiquilla al oír la música que producía el coche en su andar.

—Es la carretera musical de *Shizuoka* —explicó Hitoshi—. Solo hay cuatro en todo Japón y cada una emite una melodía diferente. Al vibrar el coche con las rayas que crean cuidadosamente, produce el sonido de la música.

—Es increíble —dijo Emma, oyendo encantada.

A partir de ese momento, ella pasó animada todo el viaje. Haciendo planes en cuanto a Hitoshi y su música. Su administración en las redes sociales del concertista había sido un éxito, comentó orgullosa.

Faltando poco para llegar Emma se sumió en un profundo silencio, tanto que Hitoshi pensó que dormía otra vez.

—¿Qué sucede? —dijo preocupado al notarla despierta—. ¿Te encuentras mal? ¿Quieres que me detenga?

—Solo pensaba —respondió con un suspiro—. Mañana debemos enfrentar a Takumi Nakamura, me opondré a trabajar contigo, no permitiré que por mis errores debas trabajar para ese ser despreciable.

Hitoshi sonrió enternecido al oírla tan decidida planeando su defensa.

—No te preocupes por eso ahora, lo resolveremos —dijo restándole importancia, aunque en realidad lo inquietaba el asunto.

Hitoshi abrió la puerta de entrada de su casa. Aunque fingiera que la presencia de sus hermanos allí lo molestaba, había odiado esa casa y la sensación de soledad cada vez que regresaba de Tokio. Ese día en cambio, se alegraba de que estuviera desierta.

El momento había estado en sus planes desde poco tiempo después que Emma regresara a su vida.

Se giró y arrojando todas las maletas junto a la puerta tomó a Emma en sus brazos.

—Ni siquiera me has permitido cruzar la puerta, mi fogoso amigo —rio Emma al verse envuelta en el cálido abrazo.

—Quiero disfrutar cada momento a tu lado, nada es más urgente que saborear tu dulzura —dijo con voz grave, pegándola más a su cuerpo.

A pesar de que ella percibió la pasión en sus palabras, había cierta urgencia, una preocupación latente. Quizás fuera producto de su mente pues su juicio ya comenzaba a nublarse por el deseo y no pensó demasiado en ello.

—*Kimi wo zutto aishiteiru. Kono te wo hanasanaidekudasaide* —susurró Hitoshi junto al oído de ella.

Era la tercera vez que Emma oía esa frase, aunque esta vez sonó como un ruego. Preocupada se apresuró a mirarlo, sin esperar ver tal primitivo deseo en sus hermosos ojos, se sintió asaltada por un golpe de excitación que invadió todo su cuerpo, olvidando cualquier preocupación que hubiera pasado por su mente.

Él la besaba con ferocidad mientras tironeaba de su ropa, dejándola desnuda allí al pie de la escalera.

Ella no reparó en ese detalle porque también estaba en la tarea de desnudarlo a él.

Hicieron el amor en ese mismo sitio. Intercambiaron suspiros, caricias y besos. Emma se sentía encantada por el salvaje deseo que desataba Hitoshi al estar en la intimidad, tan distinto al hombre frío y controlado que mostraba a todas las demás personas. Se sintió privilegiada. Él hacía que ella se sintiera única.

Luego de haber culminado y retomado el aire unos instantes, Hitoshi se puso de pie y levantó en brazos de manera galante a su compañera.

—¿Qué significa la frase que has dicho? —preguntó Emma juguetona, besándole el cuello.

Hitoshi sonrió ante su curiosidad mientras ella despertaba su deseo nuevamente.

—Deja las preguntas para mañana —dijo él con una sonrisa diabólicamente sensual—. Tengo otros planes para ti ahora.

—¿Tan pronto? —dijo fingiendo sorpresa mientras acariciaba su espalda.

—Emma Reed, jamás me cansaré de hacerte el amor.

Hitoshi atravesó la puerta de su dormitorio y la depositó en la cama. Se dirigió al cuarto de baño y regresó con una botella de aceite para masajes con perfume a rosas, al igual que la fragancia utilizada por Emma.

—¿Desde cuándo planeas usar eso conmigo? —dijo Emma entre sorprendida y excitada.

—Las preguntas por la mañana, cariño... —repitió él y se puso manos a la obra.

## 21

Después de un rápido café matutino, partieron hacia Nakamura Corporation. Después de la apasionada noche pasada, faltó poco para que llegaran tarde a su cita.

Luego de bajar del coche, en la breve caminata hacia la oficina, Hitoshi aprovechaba cualquier acercamiento para acariciar o robar un beso a Emma. Lo hacía porque le gustaba y además para mantenerla en calma.

Una secretaria los atendió con amabilidad y les ofreció café mientras esperaban. Los habían guiado hasta la sala de espera frente al despacho de Osamu Nakamura, que estaba en una reunión con su hijo.

Hitoshi se sentía cada vez más molesto. Emma tomó sus manos con una disculpa gravada en sus ojos. Estaba a punto de decir algo cuando la empleada les anunció que serían recibidos en ese momento.

—Señor Kurosawa, al fin pone sus pies en mi empresa. —Osamu habló

en tono burlesco, sabiéndose dueño del control de la situación.

—Es bajo hasta para ti —soltó Hitoshi sin poder contenerse, recriminándole a Takumi—. Dejas que tu padre me enfrente en lugar de dar la cara por el engaño que has organizado.

—Me temo que mi hijo se ha encariñado con la señorita Reed y podría no ser capaz de hacer lo necesario para conseguir su firma, señor Kurosawa —dijo Osamu interrumpiendo la inminente respuesta de su hijo.

Hitoshi miró al hombre mayor entrecerrando los ojos y luego a su hijo, algo en su mirada de disculpa le hizo poner la piel de gallina. Recordaba algo hablado por su padre; decía que Osamu Nakamura era de temer en los negocios, se rumoraba que cuando las cosas no resultaban a su gusto, recurría a cualquier método para lograr su cometido.

En ese momento Emma salió de detrás de él y con una inclinación respetuosa se dirigió hacia el padre de Takumi.

—Señor Nakamura, me temo que, aunque Hitoshi acepte firmar un contrato, yo no trabajaré con él...

Osamu soltó una risa de superioridad.

—Inocente y torpe, usted es la menor de mis preocupaciones —dijo cambiando la expresión divertida a una malévola—. Tengo muchas maneras de obligarla a cumplir su contrato.

—No me importa la compensación que deba pagar o si ya no puedo trabajar de nuevo, solo deseo que Hitoshi no tenga que trabajar y enriquecer a personas tan despreciables.

—Kurosawa, firma y haz que trabaje contigo, acaben con esto, recibirán un sueldo magnifico de todas formas, nadie les pide que trabajen gratis. —Intentó apaciguar Takumi al ver el sacrificio que hacía Emma por su amigo y para evitar lo que sin duda llegaría de negarse.

—No insistas —respondió Emma, tajante—. Aunque Hitoshi acepte, yo no lo haré. Al demonio sus caprichos.

Ante la osadía de la mujer, Osamu golpeó con las palmas su escritorio al ponerse de pie.

—Está dispuesta a no volver a trabajar con la música que le apasiona por su amante —comenzó Osamu—. ¿Está dispuesta también a ir a prisión por él?

Hitoshi miró inmediatamente a Takumi.

—Lo lamento, solo quiero ser el próximo CEO para mantener a salvo la empresa de mi familia —dijo Takumi bajo la cruel mirada de su padre.

—No te justifiques y hazlo ya —apresuró Osamu.

Takumi tomó algo que descansaba sobre el escritorio, un objeto que hasta el momento había pasado inadvertido.

—Si firman, estas imágenes serán destruidas. Nada de su contenido ha sido copiado. Será como si nunca hubiese salido de la casa de Kurosawa. Esa información se incluyó en el contrato, de firmar estaría absolutamente a salvo.

—Esa memoria contiene las imágenes del drama de mi primer trabajo aquí, ni siquiera se ha estrenado aun —dijo Emma tomada del brazo de Hitoshi mientras sus ojos se anegaban en lágrimas.

—Trae los malditos contratos para que firmemos y nos podamos marchar —ordenó Hitoshi, parco.

Deseaba golpearlos, sin embargo eso solo ocasionaría más problemas y pondría en peor estado a Emma.

—No... —rogó Emma.

La súplica de la mujer se sintió como un fuerte golpe en el pecho de Hitoshi, verla tan afligida lo desesperaba.

Takumi se apresuró a acercarle los contratos y cuando le tendió el suyo a Emma murmuró una disculpa con la voz entrecortada.

—No lo hagas... —suplicó Emma por última vez con el rostro bañado en llanto.

—No tenemos opción —respondió Hitoshi forzando una sonrisa—. No puedo pensar en nada más maravilloso que pasar mi tiempo junto a ti componiendo como solíamos hacer.

Emma lo miró agradecida por el sacrificio que hacía por ella. Tomó decidida su contrato y ambos lo firmaron. Hitoshi recibió los papeles que le entregó Emma y los depositó sobre el escritorio de Osamu Nakamura.

Osamu recibió los contratos y le entregó una copia de la película para que pudieran utilizarla de guía, también un cuadernillo con las especificaciones del trabajo ya que debido a la tensión reinante no podrían captar la esencia de lo requerido.

—Les sugiero que se apresuren, debido a la tardanza de su firma, señor Kurosawa, no disponen de mucho tiempo. —Osamu los despidió con una sonrisa que desmentía con la mirada.

Hitoshi regresó junto a la mujer que más le importaba en el mundo y pasando de manera protectora su brazo por los delicados hombros la guío hacia la salida sin siquiera mirar a sus nuevos jefes.

Hitoshi continuó sosteniéndola hasta llegar al coche, ella no volvió a llorar durante el camino, pero aun sentía el leve temblor de su cuerpo.

Cada uno se situó en su asiento para el regreso, antes de que Hitoshi pudiera encender el motor, Emma lo abrazó.

—No debiste hacerlo —dijo compungida contra su hombro.

—Cariño... —susurró Hitoshi con ternura—. Debes entender que nada me importa más que tu felicidad. Soy capaz de todo por ver tu fantástica sonrisa.

Emma se apartó unos centímetros. Solo lo necesario para ver los bellos ojos rasgados y pegar sus labios a los de él. Hitoshi devolvió el beso con infinita dulzura y sensualidad, su aterciopelada lengua se paseaba saboreándola con lentitud.

Cuando se separaron, Emma se veía algo más apaciguada. Él entonces emprendió el regreso intentando mantener la calma.

—¿Cómo es posible que él tenga ese material? El drama ni siquiera se ha estrenado, arruinaría a ese estudio —mencionó Emma, sin poder apartar el asunto de su mente.

—Kai los siguió la noche que nos quedamos en el pueblo de Kurama,



oyó que Mei le entregó algo que le sería útil, al parecer fue la memoria que contenía esas imágenes. Y de ser así es solo responsabilidad mía por haberle abierto las puertas de mi casa a Mei —lamentó Hitoshi—. La dejé sola en el estudio en más de una ocasión mientras buscábamos partituras, tuvo tiempo de sobra para tomarla.

—No —dijo Emma furiosa—. No nos culparemos por el accionar de personas horribles y sin sentimientos que se aprovecharon de nuestra buena voluntad. Haremos este maldito trabajo y los mandaremos al infierno que es donde pertenecen.

—Superaremos esto cariño, luego trabajaremos en lo que nos plazca sin que nadie nos vuelva a molestar —afirmó Hitoshi al ver que ella abandonaba su consternación inicial.

La mente de él se abrumó con otra preocupación que había estado latente desde que ella apareciera frente a su puerta. Sabía qué lo detenía para crear música, era tiempo de afrontarlo y desahogarse diciendo toda la verdad a su amada, confiando en que ella sabría entender sus motivos. Con suerte ella podría perdonar sus constantes abandonos y desplantes.

—Algo más te preocupa —afirmó Emma, observándolo.

—Te lo diré al llegar a la casa.

Él tomó su mano y la besó para luego volver a concentrarse en el camino y meditando sobre cómo empezar la conversación.

Al entrar en la casa, Hitoshi tomó de la mano a Emma y la llevó al estudio.

—Por favor, siéntate, esto llevará tiempo —dijo Hitoshi, nervioso—. Quiero aclarar los malentendidos entre nosotros.

Emma asintió, contagiada por la inquietud que él demostraba y se sentó en la mullida alfombra sujetando sus rodillas.

—Sé que Ayame ha sido el mayor inconveniente que hemos tenido desde tu llegada, pero si me lo permites, empezaré desde que te abandoné en Londres —dijo Hitoshi.

Emma asintió una vez más, en ese momento un nudo atenazó su

garganta ante los dolorosos recuerdos que él evocó.

—Ya te he dicho que me fui por cobarde, porque además de tu abrupta partida luego de hacer el amor por primera vez, Mark habló conmigo para que no arruinara tu vida.

Hitoshi, que hasta ese momento se había paseado de un lado a otro de la habitación, se acercó a Emma y sentándose detrás de ella, la envolvió con su cuerpo, necesitaba su calor para infundirse el valor. Apoyó su mentón en el hombro femenino y aspirando el aroma de su cabello continuó.

—Cuando regresé a Tokio para la ceremonia de mayoría de edad fue un suplicio, no podía apartarte de mi mente, la preocupación por tu bienestar no me daba un minuto de respiro. En ese momento lo supe, ya no quería que volvieran a decir que éramos hermanos, quería que fueras mía. Y por eso me alejé de ti.

Emma se arrellanó más en su cuerpo en un intento de consuelo al descubrir cuánto había sufrido él también en aquellos años.

—Besarte luego de aquella fiesta fue lo mejor que me había pasado en la vida —continuó él—. En la mañana siguiente, cuando desperté y no te hallé a mi lado me sentí devastado. Había imaginado que despertaríamos juntos e iríamos a decirle cuán felices estábamos a tu padre, y él tomaría la noticia con gran alegría.

Ella notó en ese momento el tamaño de su error aquella mañana y supo al fin lo mucho que lo había herido. También entendió por qué él se había marchado tan repentinamente luego de ese incidente.

Él se había sentido rechazado toda su vida y ella solo empeoró ese sentimiento.

—Intenté hablar contigo, pero no me recibiste, en cambio fue tu padre quién habló conmigo. En su explicación mencionó que habías notado tu error de la noche anterior y te sentías arrepentida...

—¡Eso es una mentira! —interrumpió Emma—. Jamás me he arrepentido de haberme entregado a ti.

Hitoshi sintió como su cuerpo temblaba por la rabia.

—Ahora lo sé. —La tranquilizó él—. Es solo que en ese momento creía ciegamente en tu padre. Confiaba en que lo decía por el bien de ambos, que por su edad y experiencia estaba en lo cierto.

—También habló conmigo y me dijo cosas horribles de ti —confesó ella, llorando—. Me decepcionaba para ganar tiempo, hasta que dijo que tú jugabas con muchas mujeres al mismo tiempo. Me negué a creerlo y fue cuando intenté encontrarte y supe que habías regresado a Tokio con tu familia.

—Cuando regresé estaba destruido. Había perdido toda esperanza de un futuro contigo —recordó compungido—. Mi padre recurrió al omiai para concertar mi matrimonio, debo decir a su favor que pidió mi opinión y no me negué. Ayame parecía una mujer amable y respetuosa, me vi sediento de consuelo y pensé que ella podría ofrecérmelo. Había dejado de creer que el amor era una garantía para que una relación funcione.

—Planeé la noche en que nos volvimos a ver durante semanas —recordó Emma—. Cuando al fin te vi con Ayame sujeta a tu brazo mi corazón se rompió en mil pedazos. Fui decidida a explicarte todo lo que había sucedido. Enterarme en ese instante que tenías esposa...

—¿Enterarte en ese instante? —preguntó Hitoshi sin comprender—. Hablé con tu padre mucho tiempo antes, de hecho, nunca perdí el contacto con él hasta meses después, cuando al preguntarle por ti se negó a decirme. Me reprendió severamente diciendo que ya no estuviera pendiente de ti y que pusiera mis esfuerzos en el bienestar de mi esposa.

Emma se tensó al instante.

Con ese gesto involuntario Hitoshi descubrió la verdad de lo sucedido y la abrazó aún más fuerte, odiando a Mark con todas sus fuerzas.

—Cariño, cuánto lo siento —dijo Hitoshi compungido—. Debí decírtelo yo mismo. Imagino cómo debiste sufrir, cada vez que te imaginaba junto a Richard yo...

Él apretó su mandíbula y guardó silencio pensando en los amargos momentos que ambos habían vivido por causa de sus malas decisiones y de las personas que se habían entrometido.

Emma lloraba amargamente entre sus brazos. Debía distraerla, estaba descubriendo la personalidad egoísta que había tenido su padre.

Acarició su cabello hasta que se calmó.

—¿Recuerdas el botón de mi camisa? Aquel que te obsequié después de nuestro primer beso —susurró él junto a su oído.

—Dijiste que me dirías su significado algún día, si aun lo conservaba —respondió ella secándose las lágrimas.

—Te lo diré de todas formas.

Emma se puso de pie y le ofreció su mano. Él se la tendió y curioso por la reacción de ella se dejó guiar.

Ella lo llevó a su habitación.

—Siéntate —dijo Emma buscando algo en un pequeño estuche.

Al encontrar lo que buscaba se sentó junto a él en la cama y poniendo la mano frente a él abrió sus dedos. El pequeño botón, igual al día que se lo había entregado descansaba en la palma femenina.

—Lo conservaste todos estos años —murmuró él.

Emma solo asintió.

—En el último año de la escuela, los estudiantes de este país entregan a sus amadas el segundo botón de sus camisas, es el más cercano al corazón —explicó Hitoshi, conmovido—. Emma, cástate conmigo.

Ella lloraba, aunque esta vez de alegría. Sujetó las manos de él y comenzó a hablar.

—No todavía —dijo rechazando la oferta nuevamente—. Acabamos de empezar a revelar nuestros sentimientos. Cuando decidamos dar ese paso quiero que no haya nada que pueda interponerse entre nosotros.

Esta vez Hitoshi no pudo ocultar su molestia.

—Esta claro que nos amamos, estaremos viviendo bajo el mismo techo y acabaremos resolviendo las cuestiones que atañen al pasado. ¿Cuál es el impedimento para contraer matrimonio?

—Solo siento que no es adecuado hacerlo teniendo asuntos pendientes —explicó Emma.

—Te he confesado mi amor en mas de una ocasión y aun no lo he oído de tus labios —dijo Hitoshi—. Me digo una y otra vez que no tengo derecho por todo el daño que te he causado, puedo aceptarlo como castigo, pero no soporto tu rechazo.

—Lo siento tanto —se lamentó Emma sujetando su rostro—. Por supuesto que te amo, te he amado desde que era una niña.

Él vio la sinceridad en sus ojos y la besó. Sin apresurarse, degustándola. En cuanto el beso cambió a uno sensual y apasionado, se apartó.

—No pasarás más tiempo en este cuarto, tu lugar es a mi lado —dijo Hitoshi mientras la levantaba en brazos—. Luego mudaremos tus pertenencias.

Besándola recorrió el camino hasta su habitación.

La depositó sobre la cama y tomándola por las muñecas, le sujeto las manos sobre su cabeza.

—Serás castigada por haber rechazado mi propuesta por segunda vez.

Emma sintió una oleada de calor por todo su cuerpo ante la sensual amenaza y al instante mordió su labio inferior, expectante.

Hitoshi se quitó su camiseta enseñando su musculoso torso, usando la prenda para sujetar juntas las delicadas muñecas.

Emma quiso acariciarlo, pero él no se lo permitió, mirándola con ese brillo demoniaco en sus ojos, anticipando la tormenta de placer que la azotaría.

Él levantó la camisa de ella hasta descubrir su cuerpo y acabar cubriendo sus ojos. Con su lengua recorrió desde su bajo vientre hasta el cuello. Emma se arqueó acompañando la aterciopelada sensación.

Rápidamente Hitoshi retiró el sostén y sus prendas inferiores, dejándola desnuda por completo.

—Por favor, déjame tocarte —rogó Emma excitada.

—Por supuesto que no —respondió Hitoshi travieso.

Quitándose también sus prendas restantes, rozó su cuerpo con el de Emma de manera fugaz, dejándola ardorosa por recibir más.

Emma sintió frío al percibir que el cuerpo de Hitoshi se alejaba. Cuando lo oyó regresar sintió un líquido derramándose en su plano estómago y al instante la fragancia de rosas. Con ambas manos lo esparció masajeando desde los muslos que descansaban contra la cadera masculina hasta los mullidos senos, mientras que con su masculinidad estimulaba el centro femenino, enloqueciéndola y provocando que ella presionara hacia abajo buscando alivio para esa tortura exquisita.

—Aun no, cariño —dijo él con voz grave, apartándose.

Con ágiles movimientos la volteó colocando su espalda hacia arriba, masajeando a continuación su espalda y glúteos, mientras continuaba excitándola con su virilidad en el lugar mas sensible.

Ella no notaba que con sus constantes movimientos hacia él, también estaba haciéndolo perder la razón.

Loco de deseo, Hitoshi la volteó nuevamente y quitándole las prendas que le impedían mover las manos y ver, se sumergió en su cuerpo disfrutando del placer que ella expresaba con gemidos y brindaba con caricias y besos en la piel que quedaba a su alcance.

Se dejaron arrastrar por la pasión y disfrutaron del liberador clímax entre gruñidos de puro placer de él y gemidos extasiados de ella.

Se abrazaron, colocándose en una cómoda posición para recuperar el aliento.

—No he rechazado tu proposición, solo la he pospuesto —aclaró Emma mientras acariciaba el pecho de Hitoshi.

Él rio con suavidad y besó su cabeza.

—Lograré convencerte —afirmó.

## 22

Luego de una abundante cena compuesta de ramen instantáneo para reponer la energía por la agotadora actividad física, se dirigieron al estudio decididos a crear la más maravillosa música.

Que estuvieran obligados a hacerlo, no era excusa para hacer piezas de mala calidad, a pesar de las atípicas maneras de contratación, un trabajo para una prestigiosa empresa siempre era la llave para el siguiente.

Hitoshi leyó el cuadernillo de las especificaciones mientras Emma tomaba algunas notas sobre lo que debían desarrollar.

—Sonido de fondo para escenas de amor, misterio y drama, algo que indique felicidad. También sexo —mencionó Hitoshi guiñándole un ojo a Emma.

Emma rio y se mordió el labio inferior para provocarlo.

—Será todo un reto colocar mis manos en el piano y no en ti —dijo Hitoshi con voz grave, abrazándola un instante.

—Debemos trabajar —dijo Emma alegre—. Temo que si no cumplimos, el perro rabioso de Osamu Nakamura podría mordernos.

—Creo que podríamos inspirarnos en él si necesitáramos musicalizar al villano —concluyó Hitoshi.

Dejando las bromas a un lado, colocaron la película en el portátil. Ambos tomaban notas y marcaban escenas determinadas que necesitaban especial atención.

Era un filme de época; de romance, suspenso y acción llamado

«Prisionera», donde una dama de sociedad y un pirata luchaban por su amor.

Convencidos de que podrían hacer un gran trabajo, ambos acordaron en comenzar por las melodías de acción ya que les habían resultado grandiosas con los efectos que habían utilizado en la edición.

Trabajaron casi sin descanso durante una semana y lograron su toque mágico en la primera selección de tema. Enviaron de inmediato las pistas para su aprobación. Sabían por el cuadernillo que la grabación final sería en sus estudios.

Satisfechos se marcharon a la habitación ya de madrugada y sin elegir el siguiente tema. Se acurrucaron en la gran cama para dormir, pero el calor comenzó a crecer entre sus cuerpos.

Emma fue quien tomó la iniciativa esta vez.

Moviéndose a gatas sobre el recio cuerpo de Hitoshi, lo acarició con su lengua en los lugares más sensibles. Descubrió con enorme goce que podía volverlo loco con solo mover sus dedos apenas rozando su virilidad de arriba abajo. De manera pausada se recorrieron mutuamente, como volviendo a conocerse por primera vez. Examinando el cuerpo del otro. Brindando placer y tomándolo.

Al concluir permanecieron abrazados, cada experiencia era única.

—Debo bajar a... —dijeron al unísono.

Se sonrieron y Emma corrió escaleras abajo envuelta en una sábana, Hitoshi la siguió colocándose apresurado solo la ropa interior.

Sin hablarse siquiera ambos tomaron una hoja en blanco y crearon partituras.

Ya entrada la mañana, finalmente se retiraron a descansar, quedaba pendiente la revisión y prueba de ambas piezas, la de Hitoshi para las escenas de alto voltaje y las de Emma para el romance.

Después de arduas semanas de trabajo terminaron la musicalización completa de la película. Cada una de sus creaciones había sido aprobada al instante.



El revuelo creado alrededor del filme gracias a la presencia de Hitoshi en la banda sonora había sido de gran ayuda a la publicidad, haciendo que muchos más periodistas se interesaran en el tema.

Aunque también había comentarios que sembraban la duda, encabezados maliciosos que preguntaban si Hitoshi podría crear música de calidad luego de tanto tiempo de inactividad o si Emma estaría a la altura de acompañar adecuadamente a un gran compositor como él, incluso mencionaban su condición de extranjera.

Hitoshi se mostraba extrañamente calmo ante todos los comentarios, aunque era una costumbre que Emma había notado en la mayoría de japoneses. Sus maneras eran más pacíficas, evitaban los conflictos a toda costa.

Esa misma tarde era la última sesión de grabación a la que tenían que asistir y al fin se verían liberados. También les entregarían las imágenes que habían utilizado para extorsionarlos.

Llegaron de buen ánimo y dieron su mejor esfuerzo para que el trabajo quedara excelente, logrando el mejor resultado. Habían compartido por semanas esa sala equipada con lo último en tecnología y el resultado había sido fantástico. También se habían comportado maravillosamente los demás músicos, el equipo de sonidistas y técnicos que se habían mostrado deslumbrados por tener la presencia de Hitoshi en el lugar.

Mientras él conversaba en su idioma con todo el equipo, se les unió el director de la película.

Hitoshi intentaba que Emma no se sintiera excluida explicándole la conversación que mayormente se trataba de cumplidos hacia él. Ella se disculpó con amabilidad para marcharse a una cafetería contigua, diciéndole a Hitoshi que allí lo esperaba.

Sentada junto a la ventana, Emma degustaba su café y apreciaba la soleada tarde de otoño a través del cristal. Las hojas coloreadas en diferentes tonalidades se soltaban de los árboles por la suave brisa y caían en vaivén.

—Emma, te he traído tus imágenes —dijo Takumi, temeroso.

Emma dirigió su vista hacia él. Estaba dispuesta a descargar su rabia,

no obstante, la pena que vio en sus ojos la hizo dudar. Nunca antes había notado esa expresión, todo en el pasado había sido burla y seguridad.

—Gracias —dijo Emma dirigiendo su vista hacia afuera nuevamente.

—¿Podría sentarme un momento? —preguntó Takumi con humildad.

Emma deseaba negarse, sin embargo, ese tono que utilizó la dejó sin opciones. Centró su atención en él y asintió.

—Quiero disculparme contigo, realmente no pretendía utilizar las imágenes en tu contra, me vi acorralado por mi tío y acabé entregando esa valiosa información a mi padre. Él no dudó en hacerlo, debí saber que sucedería y callar. —Takumi se veía en realidad compungido.

—¿Cómo obtuviste la memoria? —preguntó Emma.

Él se mostró esquivo, estaba claro que no quería revelar ese dato.

—Si en realidad te encuentras arrepentido, deberías confesármelo —presionó ella.

—Mei, Kurosawa, y yo nos conocemos desde la infancia —dijo a regañadientes—. Aunque ella me manifestó luego que creyó que no la utilizaría. Por poco nos cuesta nuestra incipiente relación, resultó que estaba probándome y fracasé.

Emma lo observó asombrada.

—Comprendo que tú solo querías distraerme para que acabara el tiempo del contrato, pero ella parecía realmente interesada en Hitoshi —dijo intentando no crear un conflicto, sin embargo, necesitaba respuestas.

—Entiendo tus dudas —dijo Takumi sonriendo, sintiéndose en presencia de una amiga—. Mei estaba encaprichada con Kurosawa, desde niña, fue el efecto que causó él por rechazarla siempre, y ella lo tomó a modo de desafío. El viaje a Kibune le abrió los ojos, allí fue nuestro primer acercamiento.

—Donde te hizo entrega del objeto robado —mencionó Emma sin poder guardárselo.

—Así es —respondió Takumi, avergonzado—. Quisiera que no nos

guardes rencor. Solo intentaba hacer lo mejor para quedar al mando de la empresa familiar y que no se fuera a la ruina por el mal manejo de mi tío, ahora veo que no es lícito salvar algo a costa de lo que sea, en este caso el sufrimiento de personas que considero mis amigos. Espero que algún día puedas perdonarme y aceptar mi amistad.

—Ya veremos —dijo Emma sonriendo a medias.

La había conmovido con su discurso, pero temía que no fuera sincero, ya diría el tiempo si en realidad podía confiar. A pesar de ello, y por lo descubierto recientemente sobre su padre, comprendía lo que eran las presiones familiares y la empatía hizo el resto. Había disfrutado de su amistad con él.

Takumi se despidió apresurado al ver que Hitoshi se dirigía al lugar.

—¿Por qué te siguió hasta aquí? —preguntó Hitoshi de manera protectora.

Emma le enseñó la memoria que le había devuelto.

—Además quería disculparse, me pareció sincero —confesó.

—No hay una fibra sincera en todo su miserable cuerpo —respondió desconfiado Hitoshi.

—¿Lo perdonarás algún día? —preguntó Emma algo triste imaginando la respuesta.

—No hablemos más sobre Nakamura —dijo Hitoshi tomándola de la mano—. Ahora somos libres.

## 23

Todo se había calmado en la vida de Hitoshi y Emma excepto su deseo

por el otro. Ya ni siquiera se preocupaban por los temas del pasado.

Hitoshi había pensado que no podría componer hasta no decirle toda la verdad a Emma, pero solo su presencia había bastado para acabar con su bloqueo y por eso ya no había querido tocar el tema. Emma tampoco preguntaba, lo descubierto sobre su padre acabó con su curiosidad

El estreno de la película fue poco después de acabar su trabajo y obtuvo gran éxito, las propuestas laborales llovían y por esos días estaban examinando cuál era la que más les atraía.

Emma había logrado reestablecer su amistad con Takumi y ocasionalmente se enviaban textos, aunque sin que Hitoshi lo supiera. Continuaba repitiéndose que esperaba el mejor momento para contarle al respecto.

Por la noche Emma había recibido un texto de Takumi y a punto estuvo de ser descubierta por Hitoshi. Aunque no le respondió en ese momento, permaneció preocupada. Algo le sucedía y él no quería involucrarla.

Llevó días de constante insistencia que Takumi le expresara su inconveniente. Se reunieron en la cafetería de un centro comercial para conversar al respecto.

—Decidí dejar la compañía de mi padre y él en base a amenazas ha logrado cerrarme todas las puertas —dijo Takumi desesperado—. Mei dejará su trabajo en Estados Unidos para comenzar una vida aquí conmigo. ¿Cómo voy a costear un matrimonio? ¿Cómo haré para formar un hogar, una familia? Lo único que sé hacer es manejar una empresa fílmica y mi padre me ha quitado hasta la mínima posibilidad.

—Mei te ama lo suficiente como para dejar su vida en otro país, estoy segura que de ser necesario trabajará para cumplir su sueño en común —consoló Emma.

—Emma, sé que después de todos los problemas que te he causado no debería abusar de tu amistad, pero si tú y Kurosawa dirían que solo trabajarían conmigo, todos requerirían mis servicios, y aunque la paga no sería comparable con la que les ofreció mi padre, podrían ser mis socios.

—Ni siquiera le he dicho a Hitoshi que somos amigos nuevamente —

dijo Emma compungida.

—Comprendo —respondió Takumi borrando la sonrisa que había dibujado en su preocupado rostro—. No debí pedírtelo, ya has hecho suficiente por mi ofreciéndome tu amistad luego de lo que te hice. Además, Kurosawa no me perdonará jamás y no puedo culparlo por eso.

—Hablaré con él —decidió Emma—. Espera unos días y comunícate conmigo para que te dé una respuesta.

Los días pasaron y Emma continuaba sin encontrar el momento adecuado. Su móvil sonó y agradeció que Hitoshi estuviera en el piso superior.

—Aun no he podido confesárselo —dijo Emma al teléfono—. Se lo diré pronto, lo prometo.

—Emma, no sientas que es tu deber, si no puedes hacerlo o les causará cualquier clase de problema, por favor guarda silencio —recomendaba Takumi.

—Takumi, él debe saberlo, yo debí decirle hace mucho tiempo...

Un ruido a su espalda la asustó y colgó de inmediato.

Hitoshi, al pie de las escaleras, oía la voz de Emma a lo lejos. De pronto se sintió en una pesadilla. Algo que no había podido confesarle, algo que pronto le diría. Algo que debía saber hace tiempo.

Los recuerdos de Ayame se mezclaban con el presente. Su pasado, ese que recientemente creía haber vencido, caía sobre él con la fuerza destructora de un huracán.

Mareado, negándose a creer que lo que había oído era cierto, recorrió los pasos que lo separaban de Emma que permanecía ajena a todo en la cocina.

—Cariño, debo... —Emma comenzó a hablar, pero él la interrumpió estrujando sus labios contra los de ella.

Hitoshi la presionó con su cuerpo contra la nevera, besándola de manera devastadora. Ella sintió que su cuerpo entero ardía en llamas de deseo.

Y de pronto él se apartó y la miró con ojos brillantes. Emma no comprendía que sucedía, estaba atontada por el beso que acababa de recibir, pero estaba claro que estaba conteniendo la rabia que bullía en su interior.

—Sé mi esposa —soltó Hitoshi como en un jadeo.

—Aún no, cariño —comenzó a explicar con dulzura—. Ya te he dicho que...

—Te perdonaré cualquier cosa si aceptas ser mi esposa ahora —interrumpió Hitoshi apretando la mandíbula al hablar.

—Hitoshi no entiendo qué te sucede —dijo Emma sorprendida al ver como actuaba él.

—¿No entiendes? —dijo sin dejar de apretar su mandíbula, acercando su rostro al de ella—. Es la maldita tercera vez que me rechazas.

Emma se asustó ante el suspiro furioso que soltó.

—Yo solo quiero... —intentó explicar Emma.

—¡Tu solo quieres jugar conmigo mientras te revuelcas con Takumi Nakamura! —gritó al fin él—. ¡¿Cuándo demonios pensabas confesarme que me estabas traicionando?!

Emma se horrorizó ante lo que él pensaba que era capaz de hacerle, llevó las dos manos al centro de su pecho y comenzó a llorar.

—¡De nada te servirá llorar! —Continuaba él también llorando—. ¡¿Desde cuándo rayos tienes una aventura con él?!

Emma no podía hablar, no comprendía cómo de repente él podía mostrarse tan irracional.

Estiró su mano para tocarlo, pero Hitoshi se alejó con brusquedad, como si ella fuera el mismísimo demonio.

—No te atrevas a tocarme, eres una mujer perversa.

Hitoshi dio media vuelta y salió con rumbo a la puerta principal, Emma fue tras él y lo vio tomar las llaves del coche.

—Hitoshi, si te vas sin darme la oportunidad de explicarte, no estaré aquí cuando regreses —advirtió Emma sollozando.

—Será lo mejor... —concluyó él con la voz grave entrecortada.

## 24

Hitoshi se colocó detrás del volante y comenzó a conducir. No había decidido el rumbo, solo se alejó lo mas que pudo de la casa.

En su mente giraban los recuerdos del fin de su matrimonio con Ayame. Su mente y su corazón libraban una batalla cruenta, uno en contra y otro a favor de Emma. Lo que había alcanzado a oír era bastante contundente.

Sin siquiera notarlo había llegado a Tokio, cansado de conducir se detuvo y buscó un bar. No podía ir a casa de su padre, no soportaría una pelea con Midori en ese estado.

No importaba cuánto bebiera, no lograba quitarse el sabor de la traición. Cuando el cantinero ya no quiso servirle más, Hitoshi se vio obligado a llamar a su hermano para que fuese a recogerlo, apenas podía mantenerse erguido.

Kai llegó y tomó las llaves del auto de su hermano. Viajaron en silencio, Hitoshi solo dijo que había peleado con Emma y que esta vez era definitivo.

Kai llevó a su hermano hasta su habitación y lo dejó descansar. Por la mañana hablaría con él.

Emma empacaba sus pertenencias, aquellos objetos que habían llevado hacia el cuarto de Hitoshi cuando creyeron que podrían afrontar la relación.

El timbre de la puerta sonó.

Por un momento se alegró enormemente, pero luego razonó, si en realidad fuera Hitoshi, hubiera utilizado su propia llave para abrir.

Al comprobar que era Takumi, le permitió pasar. Preparó té y se dispuso a explicarle lo sucedido.

—Me preocupe por ti cuando cortaste la comunicación de manera tan abrupta —dijo él tomando asiento en la sala—. Imaginé que algo no iba bien y decidí hacerme responsable frente a Kurosawa. Por favor llámalo y le explicaré todo en este instante.

Takumi se interrumpió al ver una maleta y unas cajas junto a la puerta.

—Te explicaré —dijo Emma luego de seguir su mirada—. Hitoshi escuchó lo que dije al teléfono, pensó que lo engañaba contigo.

La voz de Emma se quebró y tomó una caja de pañuelos de la mesa.

—Emma, le explicaremos —intentó consolarla Takumi—. Kurosawa es un hombre testarudo, pero todos pueden notar cuánto te ama.

—Cuando dejó Londres me quitó toda esperanza de luchar por él —reveló Emma—. Ha vuelto a hacer lo mismo. La última vez regresó junto a una esposa. No volveré a dejar que me haga daño.

—Ya te ha hecho daño, mírate —señalo Takumi—. No le hagas daño tú a él.

Emma lo miró sin comprender.

—Has viajado hasta aquí y luchado por recuperarlo —razonó Takumi—. ¿Lo dejarás ahora cuando más te necesita?

—¿Qué es lo que sabes sobre él? —preguntó Emma, enjugando sus lágrimas.



Takumi dudó unos instantes.

—Bien, no creo que Kurosawa me odie menos si guardo silencio — comentó Takumi—. Te lo diré.

Emma se puso tensa, no quería enterarse sobre lo sucedido a Hitoshi de esa forma, pero parecía ser la única manera en la que podría saberlo.

—Ayame engañó a Hitoshi durante años —soltó Takumi sintiéndose un poco mal en nombre de su género—. Ella organizaba las extensas giras de su esposo. Eso fue parte del arreglo matrimonial, Ayame solo acepto a Hitoshi porque gozaría de una excelente posición y tiempo a solas.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Emma, inundada de pena.

—Tal vez nadie lo sepa, pero Midori ha usado cada oportunidad que ha tenido para humillar al primogénito de su esposo. Como sabes fuimos vecinos en Tokio, Midori y mi madre son amigas.

Emma notó que Takumi ocultaba algo.

—Si sabes algo más, dilo ya —presionó.

—Hay algo más, sin embargo, no puedo asegurar que sea verdad — aclaró Takumi.

—Entiendo —dijo Emma asintiendo.

—Hitoshi se encontraba en Japón en el momento que Ayame murió porque ella le había expresado su deseo de divorciarse. Su familia lo sabía incluso antes, ella les había advertido que llevaría a cabo la separación y se marcharía junto a un occidental.

Emma se llevó las dos manos a los labios. Estaba pasmada.

Takumi se puso de pie, temía estar allí si regresaba Hitoshi, no pretendía empeorar más la situación.

—Intenta calmarte y esperarlo —aconsejó Takumi—. Lo han humillado una y otra vez y me arrepiento muchísimo de ser uno de los culpables de ello.

Takumi se marchó y Emma subió a recostarse.

Se odiaba a sí misma por no haber sido mas comprensiva con Hitoshi y haber armado todo ese alboroto por no haberle confiado su amistad con Takumi a tiempo.

Hitoshi despertó sin saber en que lugar se encontraba. Al aclarar su mente reconoció su habitación en la casa de su padre.

Kai entró sin tocar con una taza de café en su mano.

—Ten, papá te espera en su estudio, anoche en cuanto llegamos lo llamaste a gritos y pediste su ayuda —dijo su hermano menor tendiéndole la bebida caliente.

—Me marcharé en cuanto acabe el café —respondió Hitoshi sin recordar nada de lo que acababa de escuchar—. No quiero enfrentar a tu madre.

—Mi madre esta en casa de una tía, por eso aún estoy aquí —aclaró el menor.

Hitoshi bebió apresurado, se dio un revitalizante baño y se reunió con su padre y su hermano en el estudio.

Kai se despidió y se marchó rumbo al trabajo, Yumiko estaba en la escuela, lo que les permitía privacidad a padre e hijo.

—¿Qué sucedió con Midori? —preguntó Hitoshi para iniciar conversación.

—He decidido que nos distancieemos —explicó Iwao.

—Espero que no haya sido por mi causa —expresó Hitoshi.

—Ella debió comprender tus desgracias y consolarte como hubiera hecho una madre, debí tomar esta decisión hace mucho tiempo.

Hitoshi se lamentó en silencio, pero su padre parecía tranquilo y determinado.

—Kai mencionó que pelearon con la señorita Reed —confrontó su

padre.

—Creo que me engaña —soltó Hitoshi con desesperación.

—Crees que te ha engañado —dijo su padre con seriedad—. ¿La señorita Reed qué dijo al respecto?

—No le permití explicarse —respondió Hitoshi sintiéndose torpe.

—Debí hablar sobre el tema contigo mucho antes —dijo Iwao apenado—. Lamento haber elegido para ti una esposa tan inadecuada, pero por favor no permitas que mi error pasado marque tu brillante futuro. Ayame Yoshida fue una mujer que solo buscaba su beneficio, no pienses que todas las mujeres se comportarán igual. ¿Por qué no permitiste que la señorita Reed te explicara?

—Estaba aterrado de que confesara la traición —reconoció Hitoshi.

—Hijo, me emociona que vengas a pedirme consejo, pero es el momento más crucial de tu vida. ¿Qué buscas aquí realmente? ¿Volver a escapar de tu destino? —preguntó Iwao.

—Siento que Emma es mi destino y aunque escapar de ella es lo último que quiero hacer, siempre termino haciéndolo. Le dije cosas horribles, incluso que se marchara. Tal vez ni siquiera este en Japón. ¿Qué haré si en realidad renuncia a mí?

Iwao rio y sus ojos se humedecieron.

—Pasé por algo así con tu madre, mi querida Hye Rhee —recordó Iwao—. Sentía que si la dejaba acababa mi vida, y, por otro lado, si le pedía matrimonio y me rechazaba, también.

Hitoshi conservó en secreto que ya le había propuesto matrimonio tres veces a Emma.

—Amé a tu madre más que a nada en este mundo, y te amo a ti, estoy muy orgulloso de lo que has logrado con la música —confesó Iwao cada vez más emocionado—. Y mi alma se partió de pena al ver el sufrimiento que delataban tus ojos e ignorándolo te obligué a casarte pensando que esa mujer sabría llevar felicidad a tu vida. Mis acciones descuidadas repercutieron en tu futuro.

Miró a su padre de una manera distinta al oírlo hablar de ese modo.

En un impulso Iwao fue hasta su hijo y lo abrazó, por un momento Hitoshi no supo qué hacer. Sin embargo, al sentir las lágrimas de su padre, sus manos se levantaron y también lo abrazó.

Después de unos instantes su padre lo apartó con brusquedad, sonriéndole.

—¿Qué esperas? —dijo comenzando a reír—. Ya ve a solucionar tu vida.

Hitoshi le sonrió, le dio un último apretón y salió corriendo.

—Si te caes siete veces, levántate ocho —dijo Iwao siguiéndolo con la vista y rogándole a sus ancestros que intervinieran para darle al fin la dicha que merecía.

Emma despertó y al instante se sintió desolada. Se encontraba sola en la enorme cama y comenzaba a dudar de que podría arreglar la situación. Tal vez Hitoshi regresara y le pidiera que se marchara.

Dejó la cama y se dio un baño. Sentía mucha pena por Hitoshi, por las difíciles situaciones que había tenido que atravesar. También estaba devastada por la frustración, de haber tenido la información con la que ahora contaba, hubiera manejado la situación de otra manera.

Entendía como los rechazos de las propuestas matrimoniales lo habían afectado y sumido en la duda, y aun así había insistido en su relación, apostando a ella, aunque se sintiera un náufrago aferrado a una tabla en un mar embravecido.

Tomó un almuerzo rápido mientras observaba su móvil sin que llegaran novedades sobre Hitoshi. Quería respetar el tiempo que él necesitara para serenarse. Quizás así habría una leve posibilidad de que él quisiera escucharla.

Por la tarde, Emma había perdido toda esperanza de que Hitoshi regresara con ánimos de solucionar el conflicto. De todas formas, esperaría su llegada y si él insistía con que ella se marchara, las maletas aguardaban listas a un lado del recibidor.

Su violín descansaba sobre el equipaje, abrió el estuche y lo sacó. Caminó con pesar hasta la sala de música. Ocuparía su mente en algo o corría serio peligro de enloquecer.

Observó unos minutos la tarde soleada a través de la ventana, el clima se mostraba adorable como burlándose de su triste estado. Cerró los ojos y dejó que sus sentimientos fluyeran mediante su instrumento. Una agridulce melodía se esparció por las habitaciones de la casa vacía.

Hitoshi atravesó la entrada y oyó una dulce melodía proveniente de su estudio, caminó con pasos vacilantes, no sabía cuál sería la reacción de ella, sin embargo, se sentía inmensamente feliz de que no se hubiera marchado.

Cruzó la puerta mientras Emma permanecía de espaldas tocando su canción, sus ojos estaban cerrados y su rostro era pacífico. Sin poder resistir estar un minuto más apartado de ella y a pesar de cualquier horrible posibilidad, la abrazó por la cintura, sin molestar su interpretación.

—Deja que mi música cure tu alma —susurró ella al sentir el corazón de él latiendo acelerado en su espalda—. Solo tus brazos me quitan la amarga sensación de soledad.

Hitoshi cerró sus ojos, apoyó su mentón en la cabeza de ella y escuchó la melodía, relajante como una canción de cuna, aunque con tonos algo tristes.

Emma tocó por algunos minutos más luego de los cuales empezó a fallar las notas, la tensión le había ganado la partida. Bajó sus brazos sosteniendo el instrumento como podía mientras el llanto comenzaba a sacudirla.

Hitoshi le quitó el violín y el arco de las manos para apoyarlo sobre el piano y abrazarla. Ella se dejó conducir hasta los fuertes brazos que la estrecharon con firmeza.

Emma descargó todo el miedo que había sentido contra el pecho de Hitoshi, que no dejaba de acariciar su cabello para consolarla mientras susurraba palabras dulces.

—Amor mío, te contaré todo y voy a creer en todo lo que tú me digas, pero por favor ya no sufras por mi culpa. Te amo —confesó él embargado por la emoción.

—Juro que jamás te engañé, ni lo haría —dijo intentando controlar los espasmos—. Te amo, te he amado siempre y nunca dejaré de hacerlo.

—*Kimi wo zutto aishiteiru. Kono te wo hanasanaidekudasaide* —murmuró Hitoshi trémulo.

—¿Qué dices? —preguntó Emma decidida a saber al fin el significado de aquella frase—. Llevas diciéndolo desde la primera vez que hicimos el amor.

—Prometo amarte para siempre, por favor no sueltes mi mano —reveló

Hitoshi.

Emma lo miró entre lágrimas, completamente conmovida por la confesión que le había hecho hacía tantos años y ella ni siquiera se había percatado.

—Así es cariño —dijo él tomando el rostro femenino entre sus manos—. Y aun no he roto mi promesa, ni lo haré.

Emma lo abrazó, sintiendo en el pecho la magnitud de su amor por él. Hitoshi levantó su mentón para besarla con ternura y delicadeza. Luego besó su frente y la tomó de la mano para guiarla hasta la banca frente al piano.

Sentados uno junto al otro, se sentían cómodos y en confianza, al igual que cuando creaban las fantásticas melodías. Era el lugar y el momento perfecto para acabar con los misterios que los alejaban.

—No me alcanzan las palabras para disculparme por lo necio que he sido —comenzó Hitoshi—. Intentaré explicar lo sucedido de la mejor manera posible, para que entiendas cuán difícil ha sido para mí esta situación y tal vez así logres perdonarme.

Emma tomó su mano entre las suyas de manera comprensiva.

—Todo ha sido perdonado en el momento en que regresaste a mi lado, lo único que quiero ahora es descubrir que te hizo tanto daño para poder ayudarte a superarlo —explicó ella, afectuosa.

—Reconozco que si callé todo este tiempo fue en gran parte por orgullo masculino, sin embargo, debes estar preparada para una verdad que te afectará a ti también —advirtió Hitoshi con preocupación.

—Podré superar cualquier cosa si permaneces junto a mi —afirmó Emma, decidida.

Hitoshi pasó su brazo por detrás de Emma y la situó mas cerca de su cuerpo. Ella inmediatamente apoyó su cabeza contra el hombro masculino.

—Al contraer matrimonio, Ayame tomó el lugar de mi representante, sus estudios le permitían desarrollar esa tarea de manera impecable —explicó Hitoshi—. Las giras que me organizaba eran cada vez mas extensas. No la culpo en absoluto, ella no me quería a su lado, ni yo quería permanecer en la

casa.

Él guardó silencio un momento recordando esos penosos años.

—Cuando regresé después del llamado de Ayame, informándome que solicitaría el divorcio, en realidad estaba dispuesto a luchar para salvar el matrimonio si ella también se decidía a hacerlo. Llevaba casi medio año de gira.

Hitoshi soltó una risa amarga al recordar.

—Llegué a mi casa para levantar el teléfono y ser informado sobre su accidente; seguía con vida, pero había perdido su embarazo de dos meses —explicó Hitoshi.

Emma lo observó para esperar que corrigiera su error, él solo le devolvió la mirada para que supiera que no había tal equivocación.

—Si hacía medio año que no estabas en Londres, y ella solo hacía dos meses que... —Emma cubrió sus labios con una mano.

Ella al fin entendió la magnitud de los temores y desconfianzas de Hitoshi, comprendió su furia cuando le expresó su pésame por la pérdida. Quería consolarlo, no obstante, no quería darle la sensación de que sentía pena por él.

—¿Conoces la identidad de quien fue su amante? —preguntó consternada.

Hitoshi se puso de pie en silencio y se dirigió hasta un jarrón, extrajo una pequeña llave con la que abrió un cajón de un mueble cercano. Tomó el sobre amarillento y se lo tendió.

Emma supo exactamente porque le entregaba la carta escrita por su padre justo en ese momento, sintió que su estómago se revolvía, pero se obligó a ser fuerte para acabar al fin con todos los secretos que los separaban.

Hitoshi se sentó en la banqueta nuevamente y sentó a Emma en su regazo, abrazándola para infundirle fuerzas.

Emma sostenía con manos temblorosas el papel que acababa de sacar del sobre y con esfuerzo comenzó a leer:



«Querido Hitoshi:

He deseado comunicarme contigo de mil maneras y no he tenido el valor de concretarlo después de nuestra pelea. Aunque crees que todo el inconveniente fue a causa de Emma, estas equivocado.

Necesito explicarte. Mereces conocer la verdad completa.

Primero déjame rogarte por mi hija, vela por su seguridad, aunque antes me haya negado a aceptar una relación entre ustedes. Que mi confesión no te sirva de pretexto para dejarla a la deriva. Considero mi más grave pecado haber separado a dos jóvenes que se amaban sinceramente, espero que mi hija y tú, algún día puedan perdonarme y hallar la felicidad.

Estoy muy enfermo y tengo escasos momentos de lucidez, te explicaré lo más rápido que pueda lo sucedido.

Fui el amante de Ayame, el padre de su hijo. No planeaba herirte, constantemente desde que iniciamos nuestro romance le insistí con que te dijéramos lo que sucedía. Ella demoraba el momento, sé que estaba cómoda con su posición de esposa de un talentoso pianista, aunque también comprendo las presiones que tenía por las creencias japonesas.

Nada fue premeditado, durante tus ausencias la ayudé a aprender el idioma y costumbres de su nuevo país de residencia, incluso le di consejos para llevar un buen matrimonio contigo, pero acabamos enamorados.

Lo que he hecho es imperdonable, te he separado del gran amor de tu vida y luego robe a tu esposa».

Emma dejaba caer sus lágrimas, lamentaba el sufrimiento de su padre, pero no podía evitar sentir ira al ver de lo que había sido capaz. Juraba haber amado a Ayame, aunque nunca le había contado sobre su relación. Sus desvaríos sobre una mujer y un hijo en realidad habían sido una revelación.

Continuó leyendo con esfuerzo:

«Dejaré muchas deudas al morir, por favor cuida a Emma, haz lo que yo no pude, protégela, una vez me prometiste con tu vida que lo harías. Cumple tu promesa.

Ayame siempre decía que no eras feliz con ella, te veía en tu estudio observar el número de Emma sin que te atrevieras a llamarla.

Ayame y yo íbamos a tener un hijo, por favor no odies a Emma por lo que yo te he hecho. Ella a pesar de estar en una relación con Richard aun te ama, lo sé.

Los obligué a alejarse porque temí que terminarían como la madre de Emma y yo, fui egoísta. Te quise como a un hijo y no podía permitir que acabarán odiándose.

Emma aun te ama, por eso ha acabado la relación con Richard, ven por ella. Acompáñala porque pronto dejaré este mundo».

Emma bajó el papel, era imposible continuar la lectura, su padre mezclaba situaciones, repetía lo mismo una y otra vez y apenas podía descifrar su caligrafía.

No podía negar el hecho de que su padre había previsto su fallecimiento y preocupándose por ella, había tenido la intención de que Hitoshi estuviera presente para contenerla en ese difícil momento, sin embargo, todo aquello había quedado solo en buenas intenciones, había perdido por completo el enfoque de la realidad y la carta se había extraviado entre sus notas sin sentido.

—Quería evitar que supieras esas cosas —dijo Hitoshi—. Mi alejamiento con tu padre se debió a que discutí con él por habernos manipulado, mediante esta carta que me entregaste, descubrí quién era el amante de Ayame. Su familia sabía que era un hombre occidental que vivía en Londres, siempre supuse que era un amigo común entre tu padre y ella. A pesar de que me alejó de ti y comenzó a actuar de forma sospechosa, no desconfié ni por un segundo de él.

—Lo lamento tanto, amor mío —murmuró Emma—. A pesar del dolor siento que he perdido un gran peso. Nada se interpondrá entre nosotros a

partir de ahora si puedes perdonarme.

—No tengo nada que perdonarte —respondió Hitoshi sintiendo furia hacia Mark—. Hemos sufrido demasiado por las demás personas. Es momento de disfrutar nuestra relación.

El corazón de Emma dio un salto, estaba libre para aceptar la propuesta matrimonial de Hitoshi, ya nada los separaba.

—Emma... —dijo Hitoshi—. Te invito a cenar.

Ella lo miró con la decepción dibujada en sus ojos.

—¿Pensaste que te propondría otra cosa? —preguntó Hitoshi con buen humor—. Cariño, me rechazaste tres veces, no lo volveré a ofrecer por un buen tiempo.

Emma se avergonzó de que sus emociones pudieran leerse tan fácilmente y aunque se sintió decepcionada, estaba dichosa porque ambos sabían que comenzaban una nueva etapa en sus vidas.

## 26

Habían pasado días sin que Takumi supiera sobre la situación de Emma y se encontraba preocupado.

Sin poder esperar más y con temor de empeorar la situación si se contactaba por teléfono, decidió presentarse en casa de Hitoshi de improviso.

Tocó en varias oportunidades el timbre, hasta que Hitoshi en persona le abrió la puerta de calle.

—Nakamura. Adelante, estaba a punto de comunicarme contigo — saludó el dueño de casa.

—Kurosawa, solo vine para...

—Hablemos dentro —interrumpió Hitoshi.

Takumi se sentía inquieto, el imperturbable rostro de quien lo guiaba no le daba ningún indicio de qué era lo que había sucedido entre él y Emma.

Hitoshi se acomodó en un sillón de la sala de estar e invitó a su acompañante a que hiciera lo mismo.

—Imagino que deseas saber sobre Emma —dijo Hitoshi—. Ha regresado a Londres, en cuanto regresé le dije que se marchara.

Takumi lo miró espantado.

—¡Eres un imbécil! —gritó sin poder reprimirse—. Rompiste su corazón...

—¿Qué sucede?! —dijo Emma corriendo escaleras abajo con el cabello envuelto en una toalla.

Ambos miraron a Hitoshi que rompió en risas. Takumi se sorprendió al ver tan radical cambio en su antiguo vecino, siempre tan taciturno. Emma lo miraba con una sonrisa enamorada.

—Lo lamento —dijo Hitoshi sofocando mas risas—. Lo noté tan preocupado que no pude reprimirme de jugarle una broma.

—Cariño, no seas cruel —reprendió Emma con dulzura, sentándose a su lado.

—Me has dado un terrible susto —confesó Takumi soltando todo el aire de una vez.

—Emma me ha relatado cómo la aconsejaste después de nuestra pelea y que por tus palabras decidió quedarse —dijo Hitoshi hablando con seriedad—. Quiero agradecerte.

—Me has tomado por sorpresa —respondió Takumi—. No hay nada que agradecer...

—Además admiro el hecho de que decidieras dejar atrás la comodidad del empleo con tu padre para conseguir logros con tu propio esfuerzo y de manera honesta —continuó Hitoshi—. Emma también me ha dicho los problemas que enfrentas y por ello hemos decidido ayudarte.

Takumi abrió sus ojos como platos.

—Trabajaremos contigo y juntos llevaremos tu compañía a ser la mejor y mas justa del país —agregó Emma sonriente.

—No tengo palabras para expresar mi agradecimiento —dijo Takumi con emoción—. Después de todo lo que les he causado deciden brindarme su ayuda...

—Emma confía en ti —dijo Hitoshi al notar la voz quebrada de Nakamura—. Confiaré en ti también. Nos comportaremos como los adultos que somos y dejaremos atrás nuestras rivalidades. Ambos hemos pasado por situaciones difíciles y a pesar de todo triunfamos en nuestras áreas, ahora aunaremos esfuerzos.

Emma lo besó en la mejilla por sus bellas palabras y le sonrió a Takumi que la miraba con ojos brillantes.

—Ahora podré ofrecerle a Mei un buen futuro —dijo con esfuerzo.

La época de fiestas en Japón era digna de contemplar. Todo se llenaba de luz y color. Aunque daban mas importancia al final de año, todo se llenaba del espíritu navideño.

—¿No es adorable que Mei haya adelantado su viaje porque extrañaba a Takumi? —dijo Emma mientras tomaba una esfera brillante que le ofrecía Hitoshi y la colocaba en el árbol de navidad.

—Así es —acordó él—. Intuyo que pronto contraerán matrimonio.

Emma no comentó nada al respecto, había esperado que Hitoshi volviera a proponérselo, pero no había sucedido. Tampoco podía reprochárselo.

—Mira —dijo Hitoshi mirando a través de la ventana—. Ha comenzado a nevar. Demos un paseo y cenemos fuera.

Emma se apresuró a ponerse ropa de abrigo, pantalones gruesos, botas, un abrigo largo, gorro de lana y bufanda. Hitoshi hizo lo mismo, de pie junto a la puerta le colocó a Emma unos abrigados guantes. Ella luego ajustó mejor la bufanda gris de él y acomodó su gorro que estaba algo torcido. Se dieron un beso rápido y salieron, Emma estaba emocionada por ver la iluminación nocturna.

Pasearon admirando las decoraciones con formas típicas de la navidad, pero también las luces colocadas en los árboles sin hojas, se veía en realidad hermoso.

Para Hitoshi no había iluminación mas hermosa que la de los ojos chispeantes de felicidad de Emma.

Ella notó en varias ocasiones la ternura que él le prodigaba al mirarla y lo premiaba con dulces besos fugaces.

—Vayamos a cenar —dijo Hitoshi besando la frente de Emma—. Tu nariz se ha puesto roja.

Emma lo tomó de la mano y lo siguió.

Hitoshi llegó a un restaurante pequeño de ramen, se detuvo e hizo pasar primero a Emma. Ella caminó varios pasos hasta notar que estaban allí los familiares de Hitoshi incluidos Iwao y Midori, que, si bien no sonreía, intentaba mantener su neutralidad. También estaban Takumi y Mei y algunas personas mas que trabajaban en la misma compañía y con las cuales comenzaban a tener una amistad.

Emma se llevó las manos a los labios ante la sorpresa. Se dio la vuelta para preguntar a Hitoshi qué era lo que sucedía.

—Los he invitado para que esta vez te sientas presionada a aceptar — bromeó Hitoshi con una rodilla apoyada en el suelo y ofreciéndole un brillante anillo dentro de un estuche—. Emma Reed. ¿Aceptas ser mi esposa?

—Claro que acepto —respondió conmovida arrojándose a sus brazos.

Él la mantuvo abrazada unos instantes mientras todos aplaudían el feliz desenlace. Cuando la soltó le quitó el guante y le colocó la sortija.

Se sentaron a festejar con sus seres queridos, cenaron entre risas y al terminar brindaron con cada uno. Hasta Midori les deseó felicidades por intermedio de Iwao que actuó como interprete.

—Tengo su regalo de bodas —dijo Kai sentándose junto a ellos.

Les entregó una copia de su manga. Hitoshi y Emma la tomaron sorprendidos y lo miraron al instante.

Era una recapitulación de los últimos tiempos, desde que Emma había llegado a Japón y además se había adelantado hasta la boda. La página final mostraba a la feliz pareja con los trajes tradicionales de novios en ese país, brindando con los invitados.

Bajo esa última ilustración, había unas palabras de Kai dedicadas a la pareja:

«No hay melodía más hermosa que la que crean dos corazones latiendo al mismo ritmo».

Hitoshi y Emma agradecieron conmovidos y se miraron el uno al otro con amor.

La música había logrado que se acercaran una y otra vez. Al separarse, ninguno pudo encontrar las notas adecuadas para ser feliz. Pero al unir sus vidas para siempre encontraron la sinfonía de la dicha eterna.







